

---

**EDICIONS INTERNACIONALS SEDOV**

**Serie: Documentos históricos**

**Grupo Germinal**

**germinal\_1917@yahoo.es**

---

**Hacia la República Socialista  
Por el Partido de la IV Internacional**

---

**Resolución estratégica del  
II Congreso de la Liga Comunista Revolucionaria  
(I Congreso de la Liga Comunista, organización  
simpatizante de la Cuarta Internacional en el Estado  
español)**

**verano 1973**

## Introducción

Con la aparición de este primer volumen, iniciamos la publicación de los TEXTOS Y RESOLUCIONES DEL II CONGRESO de nuestro Partido.

Hemos seleccionado la RESOLUCIÓN ESTRATÉGICA, para este primer volumen porque creemos que es en ella donde, de una forma global y más comprensible para la vanguardia que lucha contra la dictadura, se expresa la línea aprobada por nuestro Partido.

En efecto, si ha sido necesario asumir la rica experiencia del movimiento obrero internacional, e insertarnos en la lucha por la construcción de la IV Internacional, para sentar las bases marxistas sólidas = que nos permitirán emprender la lucha contra la dictadura franquista = desde un punto de vista leninista; es a través del análisis de la perspectiva estratégica y táctica de la lucha contra la dictadura, y de las tareas que esta lucha exige para la construcción del Partido revolucionario, que los luchadores obreros y revolucionarios apreciarán = más fácilmente, la justeza de nuestras posiciones.

En la RESOLUCIÓN que hoy editamos, hemos recogido las lecciones fundamentales de la rica experiencia histórica del proletariado del Estado español, fundamentalmente en los momentos decisivos que culminaron en la guerra civil revolucionaria de 1.936-39 (Ptos. I, II.), para hacerlos vivir a través de las distintas fases de recomposición del movimiento obrero bajo el franquismo (Ptos. III y IV), y que toman su máximo vigor en la actual fase de crisis de la dictadura y en la dinámica = que abrirá su derrocamiento (Ptos. V y VI) para abordar en el último = punto, las tareas que tenemos planteadas los comunistas en el período = de la HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA, inscritas en la lucha por forjar = un PARTIDO LENINISTA DE COMBATE, a través del impulso consecuente de una línea de movilización de masas que, apartándolas de las direcciones ligadas a la burguesía, se muestre capaz de unir las fuerzas proletarias, aglutinar en torno a ellas a las más amplias masas oprimidas y marchar hacia la victoria final.

En próximos volúmenes publicaremos las resoluciones que notificábamos en el "COMBATE" nº 15 habían sido aprobadas: RESOLUCIÓN SOBRE LA ESCISIÓN "EN MARCHA", RESOLUCIÓN PRINCIPISTA, CONSTRUIR EL PARTIDO SOBRE LA BASE DEL PROGRAMA DE TRANSICIÓN (Porqué nos adherimos a la IVª Internacional), RESOLUCIÓN SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL EN EL ESTADO ESPAÑOL. y RESOLUCIÓN SOBRE LAS CORRIENTES DE ORIGEN LAMBERTISTA.

### sumario:

1.- LA TAREA ESTRATÉGICA CENTRAL DEL PERIODO.....	PAG. 5
2.- EL FRENTE POPULAR ABRIÓ LAS PUERTAS A FRANCO.....	PAG. 6 - 11
3.- LA DICTADURA MILITAR - FASCISTA DEL GRAN CAPITAL.....	PAG. 12 - 16
4.- LA LARGA MARCHA DE LA RECONSTRUCCIÓN DEL PROLETARIADO.....	PAG. 17 - 25
5.- LA CRISIS DE LA DICTADURA.....	PAG. 26 - 41
6.- LA PERMANENCIA DEL PROCESO REVOLUCIONA RIO Y LA CRISIS DE LA DIRECCION COMUNIS TA.....	PAG. 42 - 57
7.- CONSTRUIR EL PARTIDO SOBRE LA BASE DEL PROGRAMA DE TRANSICIÓN.....	PAG. 58 - 73

## 1) La tarea estratégica central del período

A través de la dislocación de la correlación de fuerzas que imperialistas y burócratas habían pretendido congelar en sus acuerdos contrarrevolucionarios tras la Segunda guerra Mundial, la actualidad de la revolución proletaria cobra perfiles políticos concretos en un número creciente de países, entre ellos el nuestro. Desde fines de la pasada década, el ascenso mundial de las luchas reúne condiciones más favorables que en cualquier período del pasado para que la clase obrera puede resolver sus tareas históricas.

Hoy, sacudidos por la agudización de la crisis capitalista y el auge de las luchas obreras, los Estados burgueses de Europa son, como decía Trotsky, “asesinos amarrados a una misma cadena”. A esta cadena deben aferrarse las burocracias herederas de Stalin, para desmovilizar una oleada de luchas cuyo impacto amenaza la dominación burocrática sobre las masas de la URSS y los países del Este.

El Estado español constituye uno de los eslabones más débiles de esa cadena, golpeada por un combate de masas que, dirigiéndose al derrocamiento revolucionario de la dictadura, proporcionará un potente impulso a más amplios y agudos enfrentamientos. Pondrá cara a cara, para el duelo decisivo, a las dos fuerzas fundamentales de la sociedad: el gran capital y el proletariado.

La envergadura y radicalización apuntadas en las luchas actuales, así como las contradicciones que corroen a uno de los exponentes más degenerados de los partidos de la decadencia stalinista, el PCE, anuncian las posibilidades favorables a la victoria del proletariado del Estado español, mediante un impulso que deberá insertar la instauración de la República Socialista dentro del combate internacional por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Pero la tarea que nos incumbe no es la de entretenernos ensalzando las condiciones objetivas favorables, o lanzando parrafadas sobre la combatividad revolucionaria de las masas. Ningún proceso de agravación de las contradicciones capitalistas, ningún paso adelante en el desbordamiento de los aparatos por el movimiento de masas, concederá a los trotskystas la bula que dispense por un solo segundo en la lucha consciente por liberar al proletariado de las direcciones sobre las que recae la responsabilidad de la prolongación de la putrefacción capitalista. Una

direcciones que se disponen, de nuevo, a desarmar a los trabajadores en la víspera de los mayores combates de la historia.

Hoy, más que nunca, la tarea estratégica central del período es la construcción de la sección de la IVª Internacional en el Estado español, configurada como partido leninista de acción de masas, capaz de decidir a favor del proletariado la disyuntiva que, como en 1936, se abrirá con la caída del franquismo: socialismo o barbarie. Sin duda, la correlación de fuerzas de clase a escala internacional y bajo el Estado español será, en ese momento, mucho más favorable a la victoria del proletariado que lo era en 1936. Pero esa correlación de fuerzas más favorable, con la potente movilización de masas que hará posible, y las profundas tendencias dislocadas de los aparatos que empujará, será tan incapaz por sí sola como lo fue la existente en 1939 para dar cuenta de los obstáculos interpuestos por la crisis de la dirección revolucionaria. Esta debe ser superada construyendo la IVª Internacional, en el combate por ayudar a las masas a colmar el foso entre su actual nivel de conciencia y la que les exigirá realizar su propio programa, el programa de la revolución permanente. Fuera de ese combate, no ha garantía de que las movilizaciones que emprende hoy el proletariado puedan culminar alcanzado el grado de independencia de clase respecto de la burguesía y sus agentes que requerirá la destrucción del Estado burgués y la instauración de la República Socialista.

El incumplimiento de esta tarea, se entrelaza con la necesidad de la construcción del partido revolucionario sobre la base del “Programa de Transición”. En él, se integra la experiencia de la revolución bajo el Estado español, confirmación dramática de la afirmación que preside el documento de fundación de la IVª Internacional: “La situación política mundial en su conjunto se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado.”

\*\*\*

## 2) El Frente Popular abrió las puertas a Franco

2. En 1936.37 culmina el proceso revolucionario abierto con la caída de la dictadura de Primo de Rivera y de la monarquía borbónica. Caídas cuya hora venía marcada por la repercusión de la gran crisis mundial del 29 sobre las estructuras de un capitalismo tardío, incapaz de barrer las lacras de la vieja sociedad y que, desde el principio, había respaldado su implantación en una alianza con las castas tradicionales.

La oligarquía terrateniente había entrado prácticamente intacta en el siglo XX, en estrecha simbiosis con la finanza madrileña. Ambas presidían unas cortes ultrarreaccionarias de grandes funcionarios, militares y dignatarios del clero. Todavía en 1931, el régimen agrario semifeudal pauperizaba el 70% de la población activa, constituida por los jornaleros y el campesinado pobre. Asfixiada dentro de este estrecho marco interno, la industria apenas había salido de la manufactura.

Cataluña y Euskadi habían tomado históricamente la delantera del desarrollo fabril, por caminos distintos. En la primera, se trataba de un proceso de evolución “clásica”, ligada a la industria ligera. Más orgánico que en el resto del país, había creado una amplia gama de pequeña y mediana burguesía en la que se acolchaba un gran capital relativamente débil.

En cambio, en Euskadi, al amparo de la exportación de mineral de hierro de Vizcaya, la metalurgia alcanza, hacia 1900, un desarrollo importante junto con la industria extractiva en general, la naviera y la ferroviaria. Este proceso, lejos de seguir la evolución anterior de los países capitalistas avanzados, revestía la forma de un desarrollo combinado. Incorporaba directamente las conquistas más modernas del capitalismo internacional, saltando por encima de etapas técnico-industriales que en el Europa desarrollada habían exigido decenios. De aquí que la fusión entre el capital industrial y el capital bancario y su vinculación al imperialismo, se diesen desde el principio, y en proporciones avanzadas, sobre la espalda de las masas vascas y españolas.

Así, en medio del más profundo atraso y apoyándose en él, desde principios de siglo había hecho aparición la forma más avanzada y abstracta del capital: el capital financiero. Salvo en Euskadi, no se apoyaba en el proceso de concentración industrial, cuyos ritmos eran en general, lentísimos, sino también en los depósitos de latifundistas, la Iglesia y órdenes religiosas, en la “repatriación” de las ganancias del pillaje colonial, etc.

La neutralidad durante la primera guerra imperialista favoreció una ampliación de los mercados exteriores. Sobre esta base tuvo lugar el crecimiento de los textiles, la minería del carbón, la construcción de centrales hidroeléctricas... Pero el fin de la contienda reintegró al país a las agudas contradicciones propias de su situación semicolonial, agravadas por el ciclo largo de estancamiento dominante en el imperialismo de entreguerras.

La dictadura de Primo de Rivera impulsó la elevación de imponentes barreras aduaneras. La intervención del estado y la represión del proletariado. Con ello se anticipaba el tipo de industrialización monopolista que años después haría posible el franquismo. Pero aquel ensayo resultó inviable dentro del marco de una dictadura rápidamente descompuesta por el peso de contradicciones explosivas.

**3.** La gran revolución francesa había erigido sobre los escombros de las particularidades feudales a la Nación burguesa, única e indivisible. Pero en la corona española el proceso de asimilación y centralización que las burguesías europeas habían impulsado, se vio zancadilleado por la fragilidad de los lazos de interdependencia tejidos por los distintos grupos burgueses en su desigual desarrollo. La pervivencia de las trabas semif feudales les incapacitaba para competir internacionalmente y conseguir dominios y mercados coloniales, cuando acaban de perder los últimos restos del imperio. Las aventuras marroquíes lejos de sentar bases de un desarrollo imperialista, pusieron en carne viva las contradicciones de la vieja España: arruinaron el país, elevaron el descontento del pueblo, y reforzaron al ejército de la reacción. León Trotsky escribiría: “el estancamiento económico, al mismo tiempo que no permitía que se formara la nueva sociedad burguesa, descomponía a las viejas clases dominantes”. En pleno siglo XX, la monarquía era el reflejo del poder de unas castas tradicionales en avanzada descomposición y, al mismo tiempo, de unos grupos capitalistas en ascenso, pero desunidos y descentralizados, incapaces de regir al país en nombre propio.

En este contexto se alzaba un proletariado joven, sometido a una cruel sobreexplotación y opresión, con una extraordinaria disposición de combate. Los grandes hitos de su ascenso (“semana trágica” de 1909, conato de Huelga General Revolucionaria en 1911, revolución frustrada del 17, etc.) le destacaron como única fuerza capaz de dirigir una alternativa frente al poder la oligarquía terrateniente y financiera.

El creciente predominio económico del gran capital y el peso político tempranamente adquirido por el proletariado, arrebatában a las clases medias (la inmensa mayoría de la población) toda posibilidad de constituirse en el eje de una transformación del país. Y, sen embargo, las brutales oscilaciones de las clases medias tenían una importancia desorbitada en el marco de la doble crisis de las clases fundamentales de la sociedad. Por un lado, la dura crisis de la dirección del bloque de magnates de la industria, banqueros, latifundistas, obispos y generales, devorado internamente por todo tipo de conflictos. Por otro lado, la crisis de dirección del proletariado, condenado por la política menchevique del PSOE y la impotencia del anarquismo a servir de apéndice a las camarillas republicanas. Así las masas pequeñoburguesas, atraídas primero por el movimiento revolucionario de 1917-20, desengañadas a continuación por el retroceso del proletariado, sustentaron con una neutralidad benévola el advenimiento de la dictadura del Primo de Rivera, para decepcionarse rápidamente de la misma, y lanzarse al paroxismo republicano. El impulso de unas masas sin dirección proletaria y la crisis de los viejos partidos del gran capital, dieron paso a todas las esperanzas pequeñoburguesas, en la redención “democrática” del país.

El advenimiento de la República ponía a la orden del día, con una violencia inaudita, las tareas pendientes de una revolución democrática siempre abortada: la reforma agraria, el desarme económico y la política de la Iglesia, el quebranto del poder de las castas militares, la emancipación de las nacionalidades. Pero esta revolución democrático-burguesa había abortado una y otra vez fundamentalmente por el terror de la burguesía ante la amenaza del proletariado. Siguiendo esta trayectoria, la IIª República (“de trabajadores de todas las clases”) no era en realidad sino el régimen de defensa “democrática” del gran capital y los terratenientes, sostenido precariamente por la pequeña burguesía y, sobre todo, por las ilusiones pequeñoburguesas infiltradas en el proletariado a través de las agencias republicanas para obreros: la anarquista y la socialista. Muy pronto, los políticos republicanos demostraron que su papel no era poner a la cabeza de “la Nación”, en la lucha contra la “España negra”. Su función era agitar desesperadamente el señuelo de un imposible capitalismo “democrático”, libre de trabas semif feudales, y de la amenaza de la reacción clerical-militar, para tratar de encauzar la creciente acción “extraparlamentaria” de las masas, desmoralizarlas y desmovilizarlas.

Entretanto, la dirección socialista afirmaba: la revolución es burguesa, la tarea del proletariado es ayudar a la burguesía, protagonista de la revolución. Después de haber sostenido con el ala derecha a la dictadura de Primo de Rivera, pasaron a respaldar, mediante el ala izquierda, a la

impotencia pequeñoburguesa republicana. Lo esencial para ellos era participar en un gobierno burgués.

La dirección anarquista llegaba, en última instancia, a los resultados de desarme ideológico y político del proletariado. Su cretino “antipoliticismo” cedía a cada momento el paso a la política burguesa. El PCE tempranamente stalinizado, constituía una secta que, fiel a las directrices del “tercer período” de la Internacional Comunista, en 1931 preconizaba “todo el poder a los soviets”. Pero al mismo tiempo, alzaba la perspectiva ultraoportunistamente de lucha por una dictadura “democrática del proletariado y del campesinado”: un estadio “intermedio” tan diferente del poder de la burguesía como de la dictadura proletaria, en cuyo nombre había sido ya estrangulada la revolución china en el período 25-27.

Mientras la República, impotente frente a la exacerbación de todas las contradicciones, veía minados vertiginosamente sus iniciales soportes, mientras debía lanzar una represión creciente contra los sectores radicalizados del proletariado y del campesinado pobre, el gran capital y los terratenientes iban preparando su futuro mediante la fuga de capitales, el aliento a los pronunciamientos militares y la evolución filo-fascista de partidos con base pequeño-burguesa como la CEDA, un creciente interés por el minúsculo partido falangista, etc.

La cuestión agraria es particularmente significativa, como muestra de la incapacidad de la burguesía para abordar consecuentemente las tareas centrales de “su” revolución. Las estructuras dominantes en el campo bloqueaban las posibilidades de un desarrollo capitalista sustancial. Pero tras la fusión de la oligarquía territorial con el capital financiero, constituía la única forma de explotación capitalista del campesinado. Los piadosos intentos reformadores de la República no podían en modo alguno suponer un ataque a fondo contra las relaciones sociales semif feudales en la agricultura, inseparable de una incursión profunda en las mismas bases de la dominación capitalista e imperialista sobre el país. En definitiva, el coronamiento del proceso revolucionario sólo podía tener como protagonista al proletariado, en lucha por su dictadura, arrastrando a las grandes masas oprimidas de la ciudad y el campo. Pero la dictadura revolucionaria del proletariado, apoyada en su alianza con el campesinado pobre y las capas oprimidas de la pequeña burguesía urbana, llevando hasta el fin el cumplimiento de las tareas democráticas, iniciaría dentro de la misma etapa la transformación socialista del país.

Frente a las políticas divisoras que ponían al proletariado a rastras de la pequeña burguesía, León Trotsky contraponía ya el 24 de enero de 1931:

“Los comunistas opondrán la divisa del Frente Único de los obreros, a la práctica de la coalición de los socialistas y parte de los sindicalistas con la burguesía. Sólo el Frente Único revolucionario hará que el proletariado inspire la confianza necesaria a las masas oprimidas de la ciudad y del campo. La realización del Frente Único es concebible sólo bajo la bandera del comunismo”. Toda la estrategia revolucionaria de nuestro tiempo se condensa en esa frase.

El proletariado estaba dispuesto a marchar por ese camino. Ante el triunfo de Hitler en Alemania y la subida al gobierno de la República de la CEDA, las masas obreras forzaron a sus direcciones a admitir un Frente Único de todas las organizaciones obreras contra la reacción: las Alianzas Obreras. Estas tuvieron realidad muy distinta en cada zona. Mientras en Madrid las paralizó la dirección del PSOE, la actitud sectaria de la CNT en Cataluña las dejó en un montaje que el nacionalismo trató de utilizar. Sólo en Asturias constituían el marco de un verdadero Frente Único, capaz de unificar a la clase y aglutinar a las masas oprimidas en torno suyo.

Así se hizo posible la Comuna asturiana de 1934. Pero las direcciones del proletariado iban a “olvidar” muy pronto las lecciones de la heroica insurrección asturiana, aunque se viesan obligadas a retomar con frecuencia el grito de las masas: “Uníos, hermanos proletarios”. En febrero de 1936 esas mismas direcciones renegaban de aquella orientación sustituyéndola por el “Frente Popular”, que continuaba la triste historia de subordinación del proletariado y las masas oprimidas a los agentes republicanos del gran capital.

Sin embargo, en julio del mismo año, el proletariado se veía emplazado a asumir sus responsabilidades históricas. El alzamiento reaccionario, encubierto por la impotencia del Frente Popular, deba la puntilla al cuadro descompuesta de la República y situaba a la vanguardia proletaria ante una clara disyuntiva. O empujar la revolución hacia la dictadura del proletariado o, pretendiendo detenerla en un estadio previo, “democrático”, “antifascista”, dejarla sucumbir hasta la dictadura militar fascista.

**5.** Pero el golpe militar reaccionario precipitó lo que, precisamente, pretendía evitar en un principio: el torrente de la revolución proletaria. De modo que tras aquel 19 de julio obrero, las clases dominantes, en el intento de arrastrar por el terror al movimiento revolucionario de masas, no podían limitarse ya a la destrucción de las organizaciones de la clase obrera y a la aniquilación de su vanguardia, como había sido el caso de los fascismos italianos y alemán. La imposición de la dictadura fascista exigía el

exterminio de sectores enteros del proletariado y de las masas oprimidas, a lo largo de tres años guerra civil y la represión masiva posterior.

Esta derrota no era la resultante de una pura correlación de fuerzas sociales o militares adversas al proletariado, con algún que otro error “táctico” por medio, como explican los stalinistas vergonzantes de nuestros días y algunos renegados del trotskismo. El proletariado fue, ante todo, vencido en el plano político por la traición de sus direcciones.

León Trotsky pudo afirmar, en enero del 39 con ocasión de la caída de Barcelona: “El proletariado español ha dado muestras asombrosas de una extraordinaria capacidad de iniciativa y heroísmo revolucionario. La revolución ha sido condenada al fracaso por dirigentes despreciables y completamente corrompidos. La caída de Barcelona es, ante todo, la caída de la II y III Internacionales. Así como el anarquismo, corrompido hasta la médula.”

**6.** La política más coherente en el interior del bloque dirigente ha sido seguida por los stalinistas. Han jugado el papel de vanguardia combatiente de la contrarrevolución burguesa republicana. Querían eliminar la necesidad del fascismo, demostrando a la burguesía española y mundial que ellos eran capaces de estrangular la revolución proletaria bajo la bandera de la “democracia”. He aquí la esencia de su política”. (León Trotsky, “Clase, partido y dirección”, 1939)

La casta burocrática del Kremlin, vitalmente interesada en sofocar una revolución que escapaba en principio a su batuta, en aras de un acercamiento al imperialismo “democrático”, hizo jugar al PCE como el más eficaz peñón contrarrevolucionario. Esta fue la función de la línea del Frente Popular, de “ganar primero la guerra” en nombre de la “defensa de la República frente al fascismo”, para afrontar después las tareas de una “revolución democrática de nuevo tipo.”

La línea del Frente Popular se presentaba como una táctica contra el fascismo, definida tras las cabri8olas ultraizquierdistas y el sectarismo que habían aislado al PCE del grueso del proletariado en los primeros años de la República. En los años treinta se acompañaba aún de cierta propaganda por la dictadura del proletariado. Sin embargo, esta “táctica” tenía una vigencia universal. Era un paso decisivo en el proceso de revisión del leninismo que, a partir de la teoría stalinista de la “construcción del socialismo en un solo país”, se había iniciado ya en el [Vº Congreso de la Internacional Comunista](#) (1924), preconizando para los países coloniales y semicoloniales la “dictadura democrática del proletariado y del

campesinado” y el “bloque de las cuatro clases”. La “táctica” de los Frentes Populares era, en realidad, la expresión estratégica del paso definitivo de la Internacional Comunista del lado del orden burgués. Sería más tarde prolongada por las vías de “democratización” del estado burgués para destruir al socialismo.

Su justificación por la dirección stalinista era la “ampliación del frente de las luchas”. A ello respondía León Trotsky, reivindicando la orientación leninista del Frente Único de clase: “El bloque de los distintos grupos políticos de la clase obrera es absolutamente necesario para resolver las tareas comunes. En determinadas circunstancias históricas, semejante bloque es capaz de atraer hacia sí a las masas pequeñoburguesas oprimidas cuyos intereses son próximos a los del proletariado. La fuerza común de este bloque se hace mayor que la resultante de las fuerzas constituyentes. Por el contrario, la alianza del proletariado con la burguesía, cuyos intereses en los referente a las cuestiones fundamentales forma un ángulo de 180 grados, por regla general, sólo puede paralizar la fuerza revolucionaria del proletariado.”

“La guerra civil, en la que le eficacia exclusiva de la violencia no basta, exige de sus participantes una devoción suprema. Los obreros y los campesinos sólo son capaces de asegurar la victoria en el caso de que luche por propia emancipación. En estas condiciones, someterlos a la dirección de la burguesía equivale a asegurar por adelantado la derrota en la guerra civil.”

“(…) la historia moderna de las sociedades burguesas está llena de Frente Populares de todo tipo, es decir de las combinaciones políticas más diversas para engañar a los trabajadores. La experiencia española no es sino un eslabón trágico en esta cadena de crímenes y traiciones”. (Lección de España. Última advertencia, 1939)

Pero había que añadir que si la alianza con los políticos burgueses republicanos no podía introducir más que la división en las filas del proletariado y entre éste y el resto de las masas oprimidas, tampoco la burguesía se comprometía en esta alianza. En el Frente Popular español “el lugar de la burguesía ha sido ocupado por su sombra. A través de los stalinistas, socialistas y anarquistas, la burguesía española se ha impuesto al proletariado, sin ni siquiera tomarse la molestia de participar en el Frente Popular. La aplastante mayoría de los explotadores de todos los matices se había puesto al lado de Franco. Desde el inicio mismo del movimiento revolucionaria de las masas y sin necesidad de ninguna teoría de la revolución permanente, la burguesía española comprendió que, cualquiera

que fuese el punto de partido, ese movimiento iba dirigido contra la propiedad privada de los medios de producción, que era absolutamente imposible acabar con él a través de las medidas democráticas”.

“Por ello sólo quedaron en el campo republicano los restos insignificantes de la clase poseedora, Azaña, Companys y sus semejantes, abogados políticos de la burguesía, pero en modo alguno la burguesía misma. A la vez que depositaban su entera confianza en la dictadura militar, las clases poseedoras supieron, al mismo tiempo, utilizar a sus representantes políticos de ayer para paralizar, disgregar y luego sofocar al movimiento socialista de las masas en territorio “republicano””

“Habiendo dejado de presentar por completo a la burguesía española, los republicanos de izquierda representaban aún menos a los obreros y a los campesinos, no representaban nada sino a ellos mismo. Sin embargo, gracias a sus aliados socialistas, stalinistas y anarquista, estos fantasmas políticos han desarrollado un papel decisivo en la revolución. ¿Cómo? Muy simplemente, en tanto que encarnación del principio de la revolución democrática, es decir de la inviolabilidad de la propiedad privada” (ídem)

En su empeño por mantener con firmeza esta línea, los stalinistas se apoyaron cada vez más en las capas de la pequeña y media burguesía aterrorizada por las reivindicaciones de los campesinos y obreros. Se enajenaron de éstos y “se encontraron de éste modo aliados al ala más derechista, más abiertamente burguesa del Partido Socialista. Dirigieron los golpes a la izquierda, es decir, contra los grupos centristas que aún muy limitadamente, reflejaban la presión de las masas revolucionarias.”

“(…) Los intereses de la burocracia bonapartista ya no coincidían con el hibridismo del centrismo. En su afán de buscar acuerdos con la burguesía, la camarilla stalinista es capaz de hacer alianzas únicamente con los elementos más conservadores de la aristocracia obrera mundial. De aquí que el carácter contrarrevolucionario del stalinismo en la arena mundial quede definitivamente establecido.” (Ídem)

La IV Internacional se fundaría precisamente contra la línea de los Frentes Populares, en defensa de la línea del Octubre soviético: “La IV Internacional no tiene ni quiere tener lugar en ninguno de los Frentes Populares. Se opone irreductiblemente a todos los agrupamientos políticos ligados a la burguesía. Su tarea es derribar la dominación del capital. Su objetivo es el Socialismo. Su método, la revolución proletaria.” (“Programa de Transición”).

**7.** La socialdemocracia llevó su consustancial menchevismo hasta las últimas consecuencias. Esta vez lo hacía de la mano de Moscú, que permitió a los dirigentes del PSOE “recobrar la confianza en sí mismo” tras el “despiste” que le había producido “la marcha de la lucha de clases. (“Lecciones de España. Última advertencia”, 1939) Todos los dirigentes del PSOE aceptaron a Stalin como guía, porque bajo su responsabilidad podían velar hasta el último momento el cadáver putrefacto de la democracia burguesa. En la primera fase de la guerra, cuando del fervor revolucionario de las masas estaba en auge, fue Largo Caballero, representante de la fracción del PSOE más ligada a la aristocracia obrera y más expuesta al impulso de las masas, el encargado de presidir los primeros pasos en la liquidación de la ofensiva revolucionaria. Los golpes decisivos de 1937 contra la revolución comportando el desplazamiento del “Lenin español” por la alianza del stalinismo con los líderes del ala derecha del PSOE.

La bancarrota patética del anarquismo alcanza una trascendencia proporcional a la influencia que esa ideología pequeño-burguesa había alcanzado en el proletariado de vanguardia. Antes que ayudar a las masas revolucionarias a destruir el estado burgués y construir un estado obrero, los anarquistas “antiparlamentarios” de principio, prefirieron ocupar los ministerios de la República y amarrar el hombro a su reconstrucción, a costa de estrangular la revolución proletaria y demoler la obra revolucionaria que los militantes de la CNT habían sido los primeros en impulsar. Toda la labor de esos dirigentes, que aún hoy afirman con ridículo orgullo que habrían podido tomar el poder pero no quisieron, es la mejor confirmación de la teoría marxista sobre anarquismo. La transformación del anarco-sindicalismo en anarco-ministerialismo, en cómplice “contestario” de la contrarrevolución stalino-burguesa y del aplastamiento de la vanguardia obrera, incluida la base revolucionaria de la CNT, es un hecho ante el que aún siguen perplejos los dirigentes de la CNT-FAI en el exilio.

**8.** Con Trotsky defendemos la memoria de Andrés Nin y de los mártires del POUM, como la de los más honestos militantes y dirigentes obreros asesinados por la contrarrevolución stalino-burguesa. Pero con León Trotsky afirmamos también que “el destino trágico de Nin no puede cambiar nuestras apreciaciones políticas”, especialmente en un momento en que la IV Internacional debe construirse, más que nunca, en lucha implacable contra el centrismo, “a expensas de las formaciones centristas, evitando toda supresión de fronteras entre ellos y nosotros”. Por ello

hacemos nuestro, punto por punto, el balance de la actuación del POUM establecido por Trotsky, como una de las bases fundamentales de la LC.

Apenas fundado, ese partido firmó el pacto del Frente Popular. Poco antes León Trotsky había escrito: “La cuestión de las cuestiones es actualmente el Frente Popular. Los centristas de izquierda tratan de presentar esa cuestión como una maniobra táctica, e incluso técnica, a fin de llevar adelante sus operacioncitas a la sombra del Frente Popular. En realidad, el Frente Popular es la cuestión central de la estrategia de clase proletaria en esta época. Ofrece el mejor de los criterios para distinguir al bolchevismo del menchevismo.” (“La sección holandesa y la IV Internacional”, 1937)

En teoría, el POUM intentó apoyarse en la fórmula de la revolución permanente (por esta razón los stalinistas trataron a los del POUM de trotskystas), pero “la revolución no se contenta con simples reconocimientos teóricos” y, tras participar en el bloque electoral “popular”, “formó parte del gobierno que liquidó a los comités obreros”, e incluso emprendió luego “la lucha por reconstruir aquella coalición gubernamental”.

Estaban a “la izquierda de los demás partidos y contaban sin duda alguna en sus filas con elementos revolucionarios”. Pero “desempeñó un papel nefasto en la revolución. No llegó a ser un partido de masas porque para lograr tal cosa es necesario derribar antes a los antiguos partidos y porque sólo era posible derribarlos mediante una lucha irreconciliable, una denuncia implacable de su carácter burgués. Sin embargo el POUM, al mismo tiempo que criticaba a los antiguos partidos se subordinaba a ellos en todas las cuestiones fundamentales”. Como consejero de las direcciones traidoras, “en vez de movilizar a las masas contra los jefes reformistas, incluidos los anarquistas, el POUM trataba de convencer a esos señores de la ventaja del socialismo sobre el capitalismo. A partir de ese diapasón se concertaban todos los artículos y discursos de los líderes del POUM.” Capitulando en todo momento ante la dirección anarquista, “para no separarse de sus jefes anarquistas, se abstuvieron de organizar sus propias células en la CNT y, en general, no realizaron ningún trabajo en el ejército republicano”. Ese oportunismo ante la dirección anarquista, que les impedía incidir eficazmente sobre los militantes anarquistas revolucionarios y adquirir influencia de masas, se completaba, como es típico en las direcciones centristas, con las “apariciones” como “vanguardia revolucionaria”. “En lugar de esto edificaron sus “propios sindicatos” y sus “propias milicias”, que defendían sus propios edificios o se ocupaban de sus propios sectores del frente. Al aislar a la vanguardia revolucionaria de

la clase, el POUM debilitaba a la vanguardia y dejaba a las masas sin dirección.”

Cuando en mayo del 37 la provocación stalinista planteaba la batalla decisiva contra la vanguardia obrera, la “actitud vacilante y no revolucionaria” del POUM coronó aquella constante adaptación y abrió paso a la liquidación física de las filas plumistas por la GPU.

“Políticamente, el POUM ha permanecido incomparablemente más cerca del Frente Popular, cubriendo su izquierda, que del bolchevismo. Si el POUM ha sido víctima de una represión sangrienta y falaz, es porque el Frente Popular solamente podía cumplir su misión de ahogar la revolución socialista destruyendo trozo a trozo su propio flanco izquierdo.”

La desertión de Nin de las filas del trotskismo privó a éste de cualquier posibilidad seria de intervenir en el proceso revolucionario del 36-37. En cambio significó la constitución de un obstáculo centrista que, en nombre de frases revolucionarias y “trotskystas”, desviaría hacia sendas de ineficacia la voluntad de ruptura con el stalinismo, el anarquismo y la socialdemocracia, de franjas valiosas de militantes revolucionarios.

“A fin de cuentas, a pesar de sus intenciones, el POUM ha constituido el principal obstáculo en el camino de la construcción de un partido revolucionario (...). La revolución no se acomoda al centrismo. Lo desenmascara y aniquila (...). Esta es una de las lecciones de la revolución española”. (Esta y las anteriores citas de éste apartado corresponde a “Lecciones de España. Última advertencia” y “Clase, Partido y dirección”).

El balance del POUM, balance del centrismo, sigue teniendo la máxima vigencia. Andrés Nin, a la cabeza de la mayoría de los comunistas de izquierda, se había unificado tras innumerables oscilaciones a derecha e izquierda con el bloque Obrero y Campesino de Maurín, sobre la base de un programa típicamente centrista: fraseología revolucionaria cubriendo un contenido oportunista. Su primer paso fue formar parte del Frente Popular en nombre de las “condiciones particulares de España” y contra el “dogmatismo”. Con ello “los antiguos “comunistas de izquierda” españoles se convirtieron simplemente en la cola de la burguesía de “izquierda”, pasando a formar un partido de “unificación marxista” con la burguesía”. (“La política del POUM español”, 22 de enero de 1936). Ello había exigido a Nin un proceso de ruptura con el Secretariado Internacional, consumada de hecho con la fundación del POUM, y que implicó su aproximación al Buró de Londres, agrupación centrista decididamente adversaria de la idea de la IVª Internacional.

Cuanto más revolucionaria es una situación, más necesario es el combate encarnizado por la formación del partido comunista, trabando lazos cada vez más profundos con las masas en combate y delimitándose a sangre y fuego con todas las variantes del reformismo y del centrismo, como dos tareas inseparables. Después de haber producido durante años análisis correctos sobre la concepción de la base de los Frentes Populares, en el momento decisivo, aterrorizado por la situación, Nin, tomó el camino del fatalismo optimista, característico de todos los centristas de izquierda: la esperanza de una “evolución” hacia la izquierda de los dirigentes oportunistas, bajo la presión de los acontecimientos. En particular, la dirección del POUM “se había adaptado a los jefes anarquistas, con la esperanza de que entrarían automáticamente en la vía de la revolución proletaria” (“La verificación de las ideas y de los individuos a través de la revolución española”, 1937)

La misma concepción objetivista impregnaba el fondo mismo del pensamiento de Nin: “puesto que esta revolución es una revolución socialista “por esencia”, nuestra entrada en el gobierno no puede hacer otra cosa que ayudarla”, interpretaba Trotsky (“Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular”, 1937).

**9.** “De ese modo se constituyó la coalición compuesta por los imperialistas, los republicanos españoles, los socialistas, los anarquistas, los stalinistas y en el ala izquierda por el POUM. Todos juntos paralizaron la revolución socialista que el proletariado español había comenzado efectivamente a realizar.” (“Clase, partido y dirección”, 1939).

No fue tarea fácil. Cuando los stalinistas y sus comparsas quisieron congregar bajo un programa de Frente Popular, democrático-burgués, a las masas “democráticas”, apenas consiguieron hallar otra cosa que un puñado de politicastros republicanos preparando el exilio. En cambio, en toda una parte del país, la clase obrera se hallaba armada, había constituido sus milicias, procedía a un armamento más completo, establecía patrullas de control y vigilancia, enarbolaba la bandera roja de la revolución socialista. Hastiada de “programas mínimos” quería “obrar como en Rusia”. Esta ola revolucionaria desencadenada por el alzamiento fascista ponía a la clase obrera y a sus partidos y sindicatos en primer plano, atrayendo las simpatías de una amplia fracción de la pequeña burguesía, mientras otros sectores de la misma, neutralizados, soportaban la situación como un “mal menor”.

En estas condiciones, la revitalización del estado burgués, arrinconado, pero no destruido, tuvo que pasar por la asfixia de las medidas de expropiación [“explotación”, a todas luces un error de mecanografía en el original, N d. E.] y colectivización en el campo y en la ciudad, la liquidación de los instrumentos de ascenso insurreccional del proletariado (comités, milicias, patrullas de control y vigilancia). La represión sangrienta desatada contra la vanguardia obrera hizo precisa la actuación más acabada y cínica del PCE como campeón a ultranza de la propiedad privada, como gendarme de una legalidad republicana que había perdido la confianza y los subsidios de la burguesía.

El proletariado sólo podía ganar la guerra en la medida que unificase sus filas y aglutinase al campesinado y a las masas oprimidas en la lucha contra el franquismo, por su emancipación social, vinculando íntimamente las condiciones estrictamente militares a las condiciones político-sociales de su victoria. La guerra sólo podía ser victoriosa como guerra revolucionaria por la revolución socialista. Una vez desarmado el proletariado políticamente era inexorable el triunfo de Franco.

Aplastada la revolución en el Estado español, revolución cuya victoria hubiese significado un impulso decisivo para el proletariado de toda Europa, y en particular para el alemán y el italiano, las repercusiones no se hicieron esperar. La clase obrera internacional sufría otro golpe terrible, que se añadía a la liquidación del auge revolucionario en Francia en 1936-37, de nuevo bajo la bandera traidora de los Frentes Populares. El avance sangriento del fascismo, favorecido por la política socialdemócrata y stalinista, no podía ya ser detenida por lamentaciones ni con un pacto Stalin-Hitler. Las burguesías que habían erigido el fascismo como recurso supremo contra la actualidad de la revolución obrera, se enardecieron en la marcha hacia la catástrofe. Los antagonismo imperialistas, agudizados hasta el límite, estallaron en el incendio mundial.

\*\*\*

### 3) La dictadura militar-fascista del gran capital

**10.** En una zona, los dirigentes del gobierno de la República pretendían rivalizar con Franco como tenderos con el competidor de la esquina: no sólo en el terreno de la conservación de la propiedad privada, sino incluso multiplicando los esfuerzos por superar en chovinismo a los fascistas. Alimentaban la esperanza utópica de quitarles clientela burguesa por esa vía. Como decía José Díaz en sus discursos: “Nuestra guerra es una guerra nacional por la independencia”.

Entretanto, en la otra zona, se operaba una jerarquizada cristalización política de todos los intereses reaccionarios frente al enemigo de clase. Se conseguía en algunos casos el apoyo fanático o, cuando menos, la neutralización de sectores brutalmente oprimidos como eran parte del campesinado pobre castellano y gallego. ¿Qué razones les había dado la República para defenderla?

Tras las jornadas de mayo del 37 en Barcelona, triunfante la provocación stalinista contra la vanguardia obrera, se afirmaba la supeditación definitiva del proletariado al fantasma democrático de la burguesía, por el intermedio de las organizaciones obreras. El Decreto de Unificación franquista también en 1937 constituí a la Falange, a las órdenes de Franco y del Ejército, en la agencia de subordinación de las masas pequeñoburguesas a la minoría de grandes capitalistas y terratenientes para el aplastamiento de los trabajadores.

Esta santa alianza para la salvación del capitalismo se hallaba preñada de contradicciones. Por ello, el amasijo de terratenientes, pequeña burguesía encuadrada por la Falange, el carlismo, y los curas de la cruzada, a los que se añadían sin cesar sectores de la pequeña burguesía desmoralizada, desertores del ideal republicano, etc., necesitaba un Estado Mayor capaz de hacer la síntesis de todos los intereses resabiados por el auge revolucionario del 36-37 y, al mismo tiempo, de imponer disciplina en los mismo. Las clases medias no podían ya postular a este papel. El latifundio, por sí solo, tampoco. Sólo el gran capital aparecía potencialmente capacitado para constituirse en eje de la nueva “unidad de destino en lo universal”, para articular el compromiso reaccionario con una perspectiva de futuro, asignando un porvenir a cada uno de sus componentes.

**11.** En este sentido, la instauración del franquismo suponía la cancelación definitiva de las viejas diferencias nacionalistas entre los grupos dominantes. La dictadura militar-fascista se alzaba con el capitalismo

catalán, la finanza y la industria vasca, la banca madrileña y el latifundio del sur, integrados en una misma oligarquía, arrastrando a la burguesía case en su conjunto. Fuera del compromiso quedaban los sectores nacionalistas de las clases medias de Cataluña y Euskadi.

Con ello se cerraba completamente un prologando período de mixtificaciones protagonizadas por el capitalismo catalán.

Éste había comenzado enfrentándose a un poder central archirreaccionario, que no reflejaba en su seno la nueva correlación de fuerzas en gestación: aún a principios de siglo, la oligarquía agraria seguía jugando un papel importante dentro del bloque del Estado español. Para la burguesía de Cataluña, el nacionalismo constituyó un medio de presión sobre el Estado a favor de ventajas proteccionistas, fiscales, de acceso a mercados, y, por otra parte, un instrumento de división del movimiento obrero. Pero el desarrollo del capital financiero y los avances de la industrialización se acompañaron de un rápido ascenso de luchas obreras que, sobre todo desde 1917, fueron poniendo sordina a las proclamas nacionalistas del capital catalán, que terminó apoyando plenamente el advenimiento de Primo de Rivera.

Por lo que al gran capital vasco se refiere, tenía motivos para haber sido centralista desde un principio. En 1934 no sólo controlaba toda la industria de Euskadi sino que exportaba capital hacia todo el Estado español, invirtiéndolo en ferrocarriles, metros, minas, instalaciones eléctricas y construcción de todas clases. Las grandes compañías de ferrocarriles Norte y MZA dependían en su mayor parte del mismo. A su tutela no habían escapado ni los pequeños ferrocarriles de provincias, ni los metros de Madrid y Barcelona. En la hidroeléctrica, el 48% de la potencia instalada y el 57% de la producción, le pertenecían.

El temor de las clases dominantes a la brusca desarticulación de su frágil bloque frente al creciente embate proletario y la renuncia definitiva de los gobiernos de principios de siglo a barrer la herencia semifeudal, terminaron de apelonar a todo el gran capital en torno al viejo centralismo español, apoyado en los aparatos burocráticos más retrógrados (Ejército, iglesia) empeñados en la lucha contra toda expresión de particularismos nacionales. En su día, las burguesías europeas habían proclamado: “a cada nación, su Estado”. El capitalismo vasco y catalán, perfectamente apátridas percibieron en cambio con mayor rapidez uno que otro, que sus intereses de clase en la fase imperialista pasaban por la unidad “internacional” del capital. Así, el Estado español respaldaba la explotación de toda la península mediante las armas de la opresión tradicional, añadiendo a las mismas la violencia desenfrenada del capital financiero, contra unas

reacciones nacionales desesperadas por la brutalidad el proceso de asimilación. La gran burguesía vasca y catalana asumía el chovinismo nacionalista español como factor de imperialismo reaccionario sobre las masas populares de Cataluña y Euskadi y, simultáneamente, como medio de intoxicación y corrupción de los trabajadores.

Con la República, la cuestión nacional se puso de nuevo en primer plano. Sólo el proletariado hubiera podido resolverla, a través de un combate fundado en el programa internacionalista enfrentando a todas las divisiones nacionalistas la solidaridad de clase del proletariado de todos los pueblos. Pero esto exigía rechazar una actitud “internacionalista” abstracta, condenada a hacer le juego al centralismo despótico. Exigía oponer claramente a la unidad forzada impuesta por el centralismo, la unidad libre de los pueblos. Y esto pasaba inexorablemente por el decidido reconocimiento del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, incluso el derecho de separarse de aquel Estado. Solamente sobre esta base hubiera sido posible evitar la división del proletariado por la ponzoña nacionalista y, al mismo tiempo, permitirle explotar una contradicción explosiva del enemigo de clase.

La inexistencia del partido leninista capaz de desarrollar esta política, dejaba el espacio libre para que la resistencia a la opresión nacional emergiese en manos del nacionalismo de la pequeña y la media burguesía vasca y catalana. Eso no dejaba de representar un factor progresivo frente al nacionalismo centralista. Negar este hecho, como hizo el PSOE, significó optar por la política socialchovinista española; en realidad, por la política nacional del gran capital, y entregar con ello al nacionalismo clerical de Aguirre a la mitad del proletariado vasco.

Pero ese nacionalismo de la Izquierda y del PNV era la envoltura ideológica interclasista del intento utópico y reaccionario de combatir al gran capital en nombre de los intereses del pequeño. En Cataluña, en Euskadi y en Galicia, el nacionalismo pequeño-burgués no fue más que una agencia del republicanismo de Madrid y, en definitiva, del mismo gran capital. Completó con un segundo filo el cuchillo nacionalista de división clavado entre los diversos pueblos y en el seno de cada uno de ellos por el capital financiero. Claudicó inmediatamente, aceptando la “solución” centralista burocrática de los estatutos de autonomía, que no eran otra cosa que la negación del derecho de los pueblos, gallego, catalán, vasco, a decidir sus propios destinos. Y tras ello, fueron peones eficacísimos, en colaboración con las direcciones reformistas y bajo el mando del gobierno central y de Moscú, en el aplastamiento de la revolución proletaria.

El nacionalismo pequeño y medio burgués, pues, jugó un papel destacadísimo en la preparación de la victoria de Franco, actuando como la más celosa fuerza pretoriana de contrarrevolución stalinista. Al final, el triunfo del franquismo terminó integrando a buena parte de las capas que lo habían protagonizado en su papel. Tras demostrar que ni siquiera teniendo como lacayo al proletariado le resultaba posible volver al capitalismo de competencia, debieron conformarse con oficiar de monaguillos en la gran misa monopolista dirigida por Franco.

Con la retórica fascista de la “la unidad de las tierra y los hombres de España”, se expresaba la voluntad del capitalismo de remachar a sangre y fuego la unificación del mercado interior bajo una dictadura terrorista, de cara la período de sobreexplotación y acumulación que se avecinaba. El Ejército, la Iglesia, la Guardia Civil y la Falange, se hicieron los ejecutantes de una política sistemática y feroz de opresión nacional contra todo lo “rojo-separatista”. Las más inofensivas manifestaciones folklóricas adquirieron una profunda carga política. La insigne labor de los tradicionales “teóricos” del chovinismo españolista (los Balmes, Unamuno, Maeztu, etc.) se vio enriquecida con nuevo lemas como el josentoniano “todo separatismo es un crimen que no perdonaremos”.

**12.** El franquismo son suponía, por tanto, una suspensión de la dialéctica de la lucha de clases. No significaba ni el entronizamiento de un “poder personal”, ni la dictadura de una élite aristocrático-financiera “sobre todo el pueblo”. Se trataba (se trata) de una dictadura de clase. Una dictadura burguesa, en cuyo seno el gran capital apuntaba la hegemonía que ha ido destacando hasta nuestros días, en interés general de todas las fracciones del capitalismo y en particular beneficio propio.

“Orden”, en el lenguaje capitalista, significa dominación del gran capi8tal sobre la mediana y pequeña burguesía, para lo dominación de toda al burguesía sobre el proletariado y los sectores oprimidos que lo rodean.

La dictadura militar-fascista, como extrema expresión de dicho “orden” no era la resultante de la ambición de una camarilla oligárquica, ni el capricho totalitario de una parte del mismo capital. Producto directo del capitalismo en su fase de descomposición, el fascismo constituye su expediente supremo tras el fracaso de regímenes democráticos para contener la lucha del proletariado, radicalizado por las convulsiones del capitalismo agonizante y, al mismo tiempo, desviado del único camino de salvación, la revolución socialista, por la traición de sus direcciones.

Es a Trotsky a quien debemos los análisis más lúcidos sobre esta cuestión.

El fascismo canaliza con temas demagógicos la exasperación de las clases medias ante la parálisis del gobierno burgués y ante la impotencia del proletariado para dar salida a la crisis. Es, de este modo, el precio impuesto al proletariado por el fracaso de su alternativa, la única capaz de liberar a las masas oprimidas. Mediante el fascismo, el gran capital desvía la decepción y el enfurecimiento de las clases medias contra sus auténticos enemigos, el gran capital y los terratenientes, y transforma a la “polvareda humana” que constituyen esas capas, junto con el lumpen, e incluso sectores de trabajadores desmoralizados, en una fuerza de choque contra el “responsable del caso y la anarquía”, el proletariado. Esta base popular organizada, lo diferencia, por ejemplo, del clásico pronunciamiento militar apoyado en la apatía, máxime en la simpatía, de la pequeña y media burguesía. En efecto, los trotskistas caracterizamos al fascismo por un conjunto de elementos que diferencian esta forma de dictadura del gran capital de cualquier otra:

- a) su tarea histórica: “la tarea histórica del fascismo no consiste solamente en destruir la vanguardia proletaria, sino también en mantener a la clase obrera entera en un estado de fragmentación forzada. Para ello es insuficiente la exterminación física de la capa obrera más revolucionaria. Es preciso destruir todas las organizaciones independientes y libres, aniquilar todos los puntos de apoyo del proletariado y exterminar todos los resultados del trabajo de tres cuartos de siglo de la socialdemocracia y los sindicatos.” (L. Trotsky, “¿Y ahora?”). “El fascismo significa, ante todo y sobre todo, destruir las organizaciones obreras, reducir al proletariado a un estado amorfo, crear un sistema de organismo que penetra profundamente en las masas y que se dirige a impedir la cristalización independiente del proletariado”.
- b) “Pero este fin no puede ser alcanzado por medios policiales solamente. La única salida para ello es oponer al ataque del proletariado (en el momento de su debilitamiento) el ataque de las masas pequeño-burguesas ofuscadas. Es particularmente este sistema de reacción capitalista el que ha entrado en la historia con el nombre de fascismo”. (“¿Y ahora?”)
- c) Como tal, el fascismo expresa y se dirige a mantener una determinada “correlación entre las tres clases fundamentales de la sociedad: el gran capital se apoya sobre la pequeña burguesía que destruye las organizaciones del proletariado”. (“¿Y ahora?”).

Por esta vía se hace posible un nuevo período de sobreexplotación de los trabajadores y de aumento de la tasa de plusvalía, de acumulación del capital y, con ello, de reproducción de las relaciones sociales.

Ya hemos destacado los factores específicos determinantes de la instauración de la dictadura de Franco, como dictadura militar-fascista.

Una vez frustrada la salida revolucionaria del proletariado, sólo el gran capital, apoyado en la reacción de sus primos hermanos los latifundistas, podía aspirar a la dirección del salvamente capitalista, intentado aplazar la explosión de de las contradicciones existentes. Sólo mediante un cambio radical en la correlación de fuerzas sociales, manteniendo una dictadura de hierro, el gran capital podía aspirar al remodelamiento de las bases económicas tradicionales que condenaban al capitalismo español a una crisis crónica y que habían hecho imposible su dominación política.

**13.** La Falange protagonizaba la conformación ideológica e institucional del nuevo Estado, representando ante el mismo a las masas pequeño-burguesas sometidas a los prejuicios más reaccionarios. Pero, a diferencia de sus congéneres europeos, durante el período republicano nunca había llegado a constituir un partido de masas. Las clase dominantes, temiendo tras la victoria electoral del Frente Popular un rápido ascenso revolucionario, depositaron su confianza en un instrumento contrarrevolucionarios tradicional, el Ejército. Rápidamente supeditado a éste, la Falange fue prontamente despojada de sus milicias y de los puntos más “antifeudales” y “antimonopolistas” de su demagogia inicial. Tras contribuir de modo decisivo, junto con el carlismo y la Iglesia, a la ampliación de la base pequeño-burguesa del la “Cruzada”, y junto con el Ejército a la “purificación” del país en un baño de sangre, pasó a cumplir su función esencial, según el modelo propio de todos los fascismo: la incrustación de unos apéndices burocráticos del Estado dentro de las masas, para impedir cualquier cristalización independiente.

La Iglesia, utilizada desde el principio como elemento de contrapeso frente a las veleidades residuales del falangismo “utópico”, justificaba con los aromas espirituales de la “Cruzada” las cárceles y pelotones de ejecución, rescatando a cambio su histórico privilegio de educar sanamente a la juventud el brazo del “nacional-sindicalismo”.

El Ejército asumía el papel de instrumento político fundamental de los grupos dominantes que se había acostumbrado a desempeñar

históricamente, ante la crisis de dirección de éstos. En su cúspide, la camarilla franquista se erigía en supremo poder de mediación entre las diferentes fracciones políticas del Estado: como última instancia a la que éstas podían recurrir en sus conflictos, para ser arbitradas en función de los intereses del gran capital (y de los específicos de la camarilla en tanto que tal) a tenor de los bandazos de la lucha de clases en el estado español ya escala internacional.

En suma, tanto las tareas de consolidación del triunfo sobre el proletariado, como la necesidad de desarrollar, sobre las bases acumulativas facilitadas por aquel triunfo, los resortes de una total hegemonía sobre el conjunto de fuerzas reaccionarias, impedían al gran capital una concreción política directa de su liderazgo. Hacían necesario al bloque dominante una delegación del poder político a un aparato represivo-burocrático, disciplinado bajo el caudillaje de un dictador “genial”, “ungido por la providencia divina”.

**14.** Desde este punto de vista, la autarquía y el proteccionismo no constituyeron, simplemente, una orientación impuesta por la reconstrucción y la coyuntura internacional y teorizada por los delirios aislacionistas de la Falange. En esta coyuntura, la autarquía significaba la única vía de desarrollo de la primacía del gran capital dentro del bloque burgués, a casota de las masas explotadas y oprimidas: una política de alianzas del gran capital dirigida al ensanchamiento de la base burguesa del Régimen y a su unificación contra unas masas expoliadas hasta el límite.

Mientras el crecimiento industrial fue prácticamente nulo hasta el 50 (año en que vuelven a alcanzarse los niveles anteriores al 36), la inflación del aparato administrativo y de los servicios contrastaba con el abandono de la agricultura, dominada por la dualidad latifundio-minifundio. Una de las primeras medidas del franquismo había sido la devolución de las grandes propiedades confiscadas durante la guerra a sus “legítimos propietarios”.

En un principio, la débil tasa de crecimiento económico, al no aumentar visiblemente la demanda de productos agrícolas, así como la disminución de mercados exteriores, permitieron a la pequeña explotación seguir malviviendo sin grandes trastornos. Por otro lado, la política proteccionista del “Servicio Nacional del Trigo”, gestionado por la burocracia falangista, a la vez que permitía a los grandes propietarios mantener sus beneficios, pretendía el afianzamiento del Régimen entre el campesinado de ciertas zonas. La concentración parcelaria comenzaba lentamente a propiciar el surgimiento de capas campesinas ricas y medianas, numéricamente débiles, pero “adictas al Régimen”.

La represión y el encuadramiento de las masas obreras aseguraron una reducción implacable de los salarios, garantizada por las reglamentaciones estatales. La sobreexplotación del proletariado, en el marco del mercado negro y los negocios fáciles de la autarquía, junto con la inflación en aumento, favorecieron la proliferación de pequeños establecimientos industriales y comerciales, por debajo de toda rentabilidad económica pero con una rentabilidad política inmediata evidente. Sobre todo, tal situación aceleró la concentración financiera. La banca fortaleció sus posiciones tradicionales, centralizó sus efectivos (los cinco grandes bancos), ampliando sus posibilidades de atraer el pequeño ahorro o controlar, desde el principio, el surgimiento de las grandes plantas industriales. El Estado estimuló la concentración técnica a través de la empresa pública (concebida, en el caso del INI, dentro de unos iniciales esquemas intervencionistas de corte fascista) y mediante su intervención en la esfera de los suministros y las concesiones de cupos de importación.

La burocracia estatal y de servicios pasó de contar con medio millón de componentes en el 30, a incluir más de millón y medio en el 50. Particularmente, la burocracia que hinchaba las nóminas de los organismos de control político e intervención económica, dirigidos por la jerarquía falangista (Sindicatos verticales, Servicio Nacional del Trigo, Instituto Nacional de Previsión, etc.), desempeñaba una doble función de importancia decisiva: por un lado, el control de los salarios y la represión de los trabajadores; por otro, proporcionaba una importante masa de consumidores. Este aparato burocrático de extracción pequeño-burguesa, aparecía ante las clases medias como un canal de promoción y constituía para los jefes falangistas el medio de respaldar sus posiciones en el Estado.

**16.** Así, en el interior del país, cada fracción del capitalismo encontraba en los beneficios que estaba obteniendo la justificación para seguir arrojándose a la sombra de Franco, frente al “gran miedo” que seguía inspirando un proletariado superexplotado y sometido a una represión sistemática.

Mientras, en la Europa de la inmediata postguerra, los equipos dirigentes de numerosos países se hallaban debilitados y desacreditados. La clase obrera era la única fuerza organizada, con las armas de las luchas contra el fascismo en la mano. En el Estado español, las guerrillas, integradas por contingentes de combatientes lanzados a la lucha armada por las masas

del franquismo, recibieron un potente estímulo con la caída de Hitler y Mussolini.

Pero la “coexistencia pacífica” sacrificó la posibilidad revolucionaria europea, de nuevo reconstruida, en el altar de la colaboración de clases. En Yalta, Stalin había participado en el reparto del mundo. Los PC, junto con la socialdemocracia, desarmaron las milicias, disiparon las ilusiones y, desde lo alto de sus sillones ministeriales, llamaron a la clase obrera a incrementar la producción y reconstruir el capitalismo. La oleada revolucionaria que, de Francia a Yugoslavia, de Italia a Grecia, recorrió Europa, acabó estrellándose contra la mesa de negociaciones de Yalta. Cuantas “excepciones” pudieron turbar el mapa de las zonas de influencia, ya fueran victoriosas, como en Yugoslavia, o derrotadas como en Grecia, lo hicieron en contra de la voluntad del Kremlin, que no sólo no hizo nada para facilitar la victoria, sino que hizo todo para asegurar su aplastamiento. La burguesía reconocía estos servicios. Aplaudía al oír decir a Mauricio Thorez, el líder máximo del PCF, que “la huelga es el arma de los truts”.

En el clima de euforia de la victoria aliada, la lucha guerrillera en el Estado español fue utilizada por la dirección stalinista como medio de presión sobre sectores de la gran burguesía (los orientados hacia la monarquía y más ligados al capital británico) con vistas a la constitución de un gobierno reconocido por las democracias imperialistas. Las reiteradas concesiones de la dirección del PCE hacia los socialdemócratas y republicanos en el exilio, revelaban el interés en evitar que la lógica de la resistencia armada pudiese ir un solo paso por delante de las propuestas de “Gobierno provisional” planteadas a la burguesía.

Una vez asegurado el “orden” capitalista de Europa occidental, una vez reestructurado con ayuda de los dirigentes del proletariado, el capitalismo les mostró la más negra ingratitud despojándoles de sus prebendas ministeriales. Por lo que se refiere a nuestro país, Stalin había incidido ya en el 47 un giro que se tradujo en el desmantelamiento de los núcleos guerrilleros, en el abandono de toda ayuda a la lucha armada, con trágicas consecuencias para la misma. Con el estallido de la guerra fría, las alianzas del exilio se rompían estrepitosamente y el PCE era relegado al ostracismo, mientras sus antiguos compadres del Frente Popular actuaban como puntas de lanza de las campañas antisoviéticas atizadas por Washington. Una sorda lucha se desencadenaba en el aparato del PCE. Mientras tanto, la burguesía se apretujaba en torno a una dictadura que iba a ser muy pronto rescata al “concierto de las naciones libres” por el imperialismo Iñaki, que reconocía en Francia el “centinela de Occidente”.

El franquismo obtenía un respiro decisivo. Si hasta 1953 el excedente creado apenas había sido reinvertido en la producción (los patrióticos capitalistas lo utilizaban en la especulación, o la transferían a bancos extranjero) la firma del pacto militar con los EEUU cambió fundamentalmente la situación. Los hombres de negocios obtuvieron la seguridad que les había faltado hasta entonces. El futuro estaba más claro y la inversión podía desarrollarse.

## 4) La larga marcha de la reconstrucción del proletariado

El último período de la guerra civil había acelerado el deterioro de las relaciones entre el proletariado y las direcciones que le habían derrotado políticamente. Pero este proceso, en ausencia de una alternativa revolucionaria suficientemente encarnada en cuadros templados e influencia de masas, había dado paso inmediato a una trayectoria de desmoralización.

El resultado (hemos podido verlo en el transcurso de los últimos dos años) ha sido la desconfianza y el odio creciente de los campesinos y obreros hacia las pandillas republicanas. La desesperación, o una triste indiferencia. “Las masas han vuelto la espalda a quienes les habían pisoteado o engañado”. (León Trotsky, “La tragedia de España. La caída de Barcelona”).

En menor escala, tenía lugar la maduración de sectores de la vanguardia obrera anarquista o poumista hacia algunas de las posiciones fundamentales preconizadas por los bolchevique leninistas de la IVª Internacional.

Pero, en cualquier caso, la disgregación de las filas proletarias al final de la contienda, la destrucción de las organizaciones, el exterminio masivo de los cuadros, el exilio de centenares de miles de militantes, interrumpieron brutalmente las más elementales condiciones para que la vanguardia obrera en su conjunto pudiese sacar conclusiones de la dramática experiencia.

La instauración del franquismo no supondría ya, para el proletariado, un simple aplastamiento del juicio definitivo de las direcciones que lo habían conducido a la más terrible de las derrotas.

En lo sucesivo, tal juicio debería desarrollarse a lo largo de numerosos combates contra la sobreexplotación y la opresión: como resultado de la puesta a prueba de las direcciones traidoras en esos combates que, con el derrocamiento de la dictadura, plantearán de nuevo la cuestión del poder, y de la forja de los mismo de una organización comunista capaz de incorporar las lecciones del período revolucionaria 1931-37 y del balance de la derrota, a la preparación del proletariado para enlazar la destrucción del franquismo con la lucha por la demolición del Estado burgués.

Y todo ello debía empezar en las peores condiciones. La puesta a prueba de los programas y las organizaciones, sólo posible plenamente en la acción

de masas, iba a ser entorpecida al máximo por la atomización del proletariado bajo aparatos fascistas y por la diezma continua de su vanguardia bajo los golpes de la represión.

Pero la contradicciones de un capitalismo débil y aislado no podían dejar de exacerbarse bajo la dictadura, empujando a la clase obrera a organizar su resistencia. Bajo el impacto de ésta comenzaría una desigual trayectoria de crisis de los aparatos burocráticos.

**17.** Con la gran huelga de 1951 y, más claramente, con las luchas obreras y estudiantiles de 1956-57 y 1958, se apuntaba un cambio en la correlación de fuerzas parcialmente despojado de las heridas de la guerra civil.

La represión obstaculizaba gravemente la renovación de los cuadros. Pero no podía detener la incorporación de la clase obrera a combates que expresaban el enfrentamiento elemental con los bajos salarios, las condiciones de trabajo infrahumanas, la represión (vgr. Manifestaciones contra el hambre) o de mayor politización global (grandes huelgas de Euskadi en 1947) propias de los años inmediatos de postguerra.

Las primeras convocatorias de enlaces y jurados, con las que los “sindicatos” verticales iniciaron su largo y frustrado proceso de intentos de adaptación “horizontal”, eran el claro reflejo del cambio de la correlación de fuerzas en gestación: una presión de masas que pugnaba por transformarse en acción de masas.

Por otra parte, la Universidad, concebida como lugar de conformación de “minorías inasequibles al desaliento”, de acuerdo con el patrón de la reacción católica-falangista, se perfilaba como otro polo de oposición permanente a la dictadura.

La derrota del Eje había comenzado a mellar los instrumentos falangistas de control sobre la juventud. La progresiva apertura al exterior acentuaba entre los estudiantes una triste conciencia de diferenciación que, inmediatamente enfrentados al aparato falangista del SE4U, constituía el punto de partida de movilizaciones tras objetivos democráticos generales.

Los esfuerzos del ministro Ruiz Gimenez por insuflar “espíritu liberal” en las estructuras reaccionarias, para canalizar la rebelión estudiantil, no hicieron sino acelerarla, al tiempo que movilizaban a los altos jerarcas del “movimiento”.

**18.** Los primeros préstamos imperialistas habían alimentado un estirón del crecimiento industrial. Pero este primer intento de “desarrollo burocrático” precipitó la crisis de los mecanismos de la autarquía que aún lo encuadraban.

La tibia ruptura del aislamiento ponía al descubierto el atraso de las estructuras económicas y la baja productividad mantenidos por el proteccionismo y régimen de explotación extensiva de la autarquía. Sus secuelas eran profundísimas, tanto en la agricultura como en la industria (minifundismo industrial; hipertrofia de sectores no competitivos a escala internacional; situación de la minería y de la siderurgia, en los que la posibilidad de realizar una alta tasa de beneficios con inversiones reducidas había fomentado unos sistemas de producción arcaicos, caracterizados por la atomización y el retraso técnico, etc.).

Con un mercado fuertemente contraído por el régimen imperante en la agricultura y los bajos salarios, cualquier intento de crecimiento debía sustentarse en la provocación de una carrera inflacionista desde el Estado. Pero la inflación, si bien permitió intensificar la acumulación (operando como una forma de ahorro forzoso de los trabajadores) puso en breve espacio a todo el sistema al borde del colapso, en el preciso momento (1957) en que el capitalismo europeo, en una fase acelerada de concentración y centralización internacional de capitales, fundaba el Mercado Común.

Por otra parte, la progresiva sustitución, desde 1946, de los mitos nacistas más estridentes por los de la democracia cristiana, los discretos cambios de decorado en la fachada del Régimen, a expensas de la Falange y a favor de la derecha cristiana, resultaban del todo insuficientes para que la superestructura levantada en 1939 pudiese ajustarse mínimamente a las exigencias de la nueva situación.

La crisis política de 1956-57 fue una neta expresión de las graves dificultades del gran capital. Frente a un proletariado que despertaba con lentitud, los grupos dominantes seguían dando la espalda a las propuestas de la amorfa “oposición democrática”. Pero el peso de la burocracia falangista en la gestación del Estado y en la orientación de la política económica, en un contexto de concurrencia exacerbada en el marco de los monopolios europeos, empujaba al país hacia la catástrofe. En esta perspectiva, el renacimiento de las luchas obreras, pese a todas las limitaciones iniciales, debidas a su nucleamiento por el PCE y los sindicalistas cristianos, principalmente, auguraba las más grandes explosiones sociales y políticas.

De aquí la necesidad, para el gran capital, de acelerar una trayectoria de aumento de control directo sobre el Estado, a costa de un proceso de desplazamiento del resto de fracciones que se movían en la escena política, ante todo de la burocracia falangista. Se imponía dar el paso desde una fase de explotación extensiva, a un aumento de la productividad del trabajo y de las inversiones de capital constante: desde el aislamiento relativo a la competencia en el mercado mundial. Este paso, con el que se inició el ascenso de la secta del OPUS, aureolada de “eficiencias tecnocráticas”, no podía prescindir de las andaderas fundamentales de la dictadura. Gracias a las mismas, los trabajadores pagaron con el Plan de Estabilización, el precio del relevo político y del cambio de rumbo económico exigido al capitalismo para seguir manteniendo su dominación. Ciertos sectores de la pequeña-burguesía, uno de los pilares fundamentales del Régimen, resultaron también víctimas de la operación. Frente a la misma, la política de “Reconciliación Nacional” del PCE, ya predominante en la vanguardia proletaria, no hizo sino acentuar la desorientación y desarme de los trabajadores.

**19.** La integración económica y política en la CEE era la perspectiva más favorable para los grupos dominantes. Pero es claro que algunos sectores burgueses, y también algunos sectores que se calificaban como de “extrema izquierda”, subestimaron la contradicción entre esa perspectiva, que proyectaban linealmente en el plano “puramente económico”, y los intereses inmediatos sociales y políticos de los grupos dominantes. Ya en este período, las contradicciones de clase eran demasiado agudas para permitir audaces “reformas neocapitalistas de estructura” o el desmantelamiento en frío de la dictadura.

Ciertamente, la acumulación financiera amasada a lo largo del período del sobreexplotación extensiva de la autarquía, la penetración del capital extranjero, el turismo y las remesas de más de un millón de trabajadores emigrados, la combinación de nueva tecnología con el mantenimiento de estructuras arcaicas y fundamentalmente, la explotación intensiva de la clase obrera, permitieron un crecimiento rápido.

Pero esta “prosperidad” (marginal respecto al capitalismo europeo) no podía enmascarar que, una vez más en su historia, el gran capital prefería arriesgarse a un suicidio lento antes que correr el peligro de un asesinato a corto plazo. Año tras año fue aplazada toda reestructuración a fondo y a tiempo en los sectores desfasados de la economía.

Con ello, tras despegarse de la fraseología “imperial” de la autarquía el capitalismo debía renunciar de hecho a la tan anhelada “integración con pie de igualdad”, como perspectiva inmediata. Debía resignarse a la espera de un relajamiento de las tensiones sociales y de la creación de bases económicas de mayor solidez competitiva, capaces de servir de soporte a cierta “democratización”, a una inserción más completa en el consorcio monopolista europeo. Espera que también se ha frustrado.

**20.** Las grandes transformaciones sociales del pasado período han consagrado la apoteosis del pillaje del capital financiero, cada vez más ligado al imperialismo europeo y yanqui.

Surgido en la historia como el compañero plutocrático del latifundio, ha consolidado bajo la dictadura su superioridad sobre el mismo. La mayor parte de camarillas de terratenientes ya vinculados a la banca, ha desarrollado un proceso de metamorfosis burguesa. La parte menos integrada del latifundio sufre una dinámica de desplazamientos, compensada por el mantenimiento del proteccionismo sobre ciertos cultivos.

Una reducida coalición de grupo financieros, alzada en la cúspide de estructuras de propiedad extraordinariamente polarizadas, concentra en sus manos los resortes decisivos de la economía, a través de monopolios y grandes cadenas de comercialización y su control sobre los campesinos ricos.

No se trata en modo alguno de la oligarquía cipayo de los países atrasados, mezcla de terratenientes semif feudales y burguesía compradora, a la que se enfrenta una “burguesía “nacional” (si bien los roces de ésta con el imperialismo no le impiden ver en los obreros el enemigo fundamental). El capital financiero ha brotado directamente del atraso semicolonial, en simbiosis con el latifundio. Pero, entre su temprano surgimiento y la acometida revolucionaria del proletariado, no ha quedado ocasión para el desarrollo de capitalistas “nacionales” y “antioligárquicos”. El caso de la burguesía catalana antes de la guerra muestra claramente esta imposibilidad. El capital financiero se ha respaldado en las castas más reaccionarias de la sociedad contra el proletariado y las masas oprimidas, utilizando el franquismo para impulsar la única industrialización capitalista posible en esta época histórica, bajo el signo de los monopolios asociados al imperialismo, hasta convertirse él mismo en imperialismo de tercera categoría. Para ello ha debido crear, entre otras cosas, la parte fundamenta de la burguesía media existente hoy en día.

Las transformaciones realizadas debían abrir contradicciones con el pasado semifeudal y las petrificaciones del período autárquico. Primero fue la necesidad de reducir a una porción limitada (a costa de la burocracia falangista) un sector estatal que no podía consolidarse más que en condiciones de autarquía y proteccionismo extremos. Más recientemente, ciertos “jóvenes cachorros” del patronato, han presionado a favor de le desmantelamiento de la industria de base y extractiva, de un ataque a fondo contra las estructuras agrarias arcaicas, de una política agresiva contra las pequeñas empresas marginales. Seguimos sin hallarnos ante los intereses de ningún capitalismo “nacional” ni “antioligárquico”. Se trata de propuestas de una parte del gran capital, que ve la única salida en aventurar la superespecialización de sectores más precisos de cara a la competencia internacional. Dada la aceleración tecnológica sólo podrían ser sectores de vanguardia de la industria manufacturera, ubicadas en regiones muy preparadas (y a costa del abandono del resto). Una orientación más “prudente” ha prevalecido en lo fundamental sobre estas propuestas, que ya en la década anterior amenazaban con precipitar un trastorno peligroso en las relaciones entre los trabajadores y las clases dominantes y en el seno de éstas.

Resulta innegable una cierta renovación de la clientela burguesa y pequeño burguesa del gran capital. Junto con los grandes terratenientes en reconversión, el peso de los campesinos ricos no ha dejado de incrementarse. En las ciudades ha surgido una delgada capa de medianas empresas, sin olvidar el desarrollo de una pequeña empresa “auxiliar”, subordinada desde el principio a las grandes plantas.

Pero, en conjunto, el fortalecimiento del capital financiero y de los sectores capitalistas medianos y pequeños apéndices del mismo, se ha realizado en el curso de un proceso más amplio de debilitamiento del bloque de fuerzas reaccionarias, que en 1939 apoyaron el alzamiento militar-fascista.

En primer lugar, ha impulsado un resquebrajamiento continuo de la base popular de masas de la “Cruzada” y del Régimen (base del carlismo y de la Falange entre los campesinos pobres y medios de Navarra y Castilla, etc.; núcleos fascistizantes de la pequeña burguesía tradicional en el centro). En segundo lugar, mientras la gran propiedad agraria entraba en una crisis de transformación y las pequeñas economías campesinas en una crisis e muerte, el eje de las alianzas del capital financiero debía desplazarse hacia las ciudades. Ello obligaba a replantear sus relaciones con la pequeña burguesía industrial y comercial en condiciones muy distintos a las que permitieron la sumisión de esas capas en el invernadero de la autarquía. Al mismo tiempo, le confrontaba con un heterogéneo conglomerado de

“nuevas clase medias”, desarrollado notablemente por el crecimiento industrial, de los servicios y superestructuras, que acentuaba el problema de la falta de cauces políticos de expresión del Régimen.

**21.** Ya desde mediados de la década de los 50, el combate proletario parecía como elemento motor directo de la agudización de los enfrentamientos de los diversos sectores oprimidos por la dictadura del gran capital. A partir de 1962 esto se manifestará de forma contundente.

Formando parte de un impulso mundial de la lucha de clases, que incluye el impacto de la revolución cubana y el despertar del proletariado europeo, con las huelgas de 1962 se abría a grandes sectores proletarios el paso de la presión de masas a las acciones de masas. Este salto cualitativo en la lucha de clases introducía un cambio fundamental en la correlación de fuerzas. Lejos de inaugurar el capítulo del perfeccionamiento democrático burgués del capitalismo español lo iba a crispar cada vez más en torno a una dictadura abocada a un largo proceso de descomposición.

Nuevas capas de combatientes proletarios se incorporaban a la lucha emergiendo de una clase renovada de pies a cabeza por emigración. Por una parte, estas generaciones se hallaban desligadas de toda tradición política anterior (en muchos casos, incluso anterior a la guerra civil). Con ello, el franquismo profundizaba hasta el límite el corte introducido en la experiencia histórica del proletariado, constituyendo a grandes sectores de su vanguardia en una auténtica “página en blanco”... Pero, al mismo tiempo, un formidable fortalecimiento numérico de la clase, rejuvenecida y mucho más concentrada en grandes plantas, destacaba a grandes franjas de luchadores libres de los traumas de la derrota de la guerra civil, cada vez más combativos, cuyo ascenso coincidía con una remodelación profunda del cuadro de influencia de las organizaciones tradicionales.

La incorporación de masas frescas a la acción y la maduración de nuevas franjas de vanguardia proletaria dejaron de lado, ya en los inicios de la década de los 60, al anarquismo y la socialdemocracia del PSOE. El primero quedaba sumido en un marginamiento casi total, mientras el segundo ha conservado desde entonces influencia en unos pocos sectores de escasa movilidad en el empleo.

En última instancia, es el propio proceso de concentración monopolista lo que ha quebrantado la espina dorsal del anarcosindicalismo como corriente fundamental del movimiento obrero que fue hasta los años 30. Sin embargo, de ello no se deriva una explicación inmediata de su pérdida de influencia en la clase durante las primeras décadas del franquismo. Se trata

del justo precio que ha debido pagar, junto con el PSOE-UGT, por la larga lista de capitulaciones de que ambos son responsables. La sustitución de todo trabajo serio de organización de la clase por las esperanzas depositadas en la iniciativa “anti-franquista” de las democracias imperialistas. La voluntad sectaria de encarrilar el ascenso proletario por el estrecho canal de unos sindicatos “históricos”, reducidos a puras siglas esqueléticas. El anticomunismo al que se había lanzado, junto con sus congéneres europeos, desde el comienzo de la guerra fría. A todos ello, la gran mayoría del ala “sindicalista” del anarquismo añadiría, ya a mediados de los años 60, un pacto con los jefes fascistas contra las CCOO.

La reducción a la clandestinidad de las organizaciones obreras, junto con el comienzo de la crisis de la Iglesia de la Cruzada, explican que numerosos trabajadores hubiesen tratado de servirse de diversos organismos dependientes de la Acción Católica como centros de reagrupamiento elemental. Encontraban en ellos algunos medios materiales para impulsar una cierta actividad “sindical”. Parte de la jerarquía eclesiástica, presionada por la base, se apoyaba en tales organismos para ensayar un distanciamiento del Régimen, sin previsión de la crisis de éste. No obstante el carácter concurrente con la CNS que adquirirían estas actividades, contaban con el beneplácito del gran capital, que valoraba la utilidad de esos “apostolado”, de la introducción de la política clerical para dividir a la clase y combatir la influencia del grupo como el PCE.

Así, cuando el despertar del proletariado adquiere carácter masivo, el sindicalismo católico aparece como la segunda gran corriente con influencia en el movimiento obrero. Se fortalecen y proliferan las agencias “sindicales” vaticanas. Todas ellas tienen en común:

- a) Una visión humanística-utópica de la lucha de clases (que reducen a un conflicto obrero-patrono), mientras desprecian la vertiente política de toda lucha proletaria.
- b) El carácter de todas estas direcciones, aspirantes a burocracias sindicales amarillas de recambio, en el momento en que al gran capital le resulte imposible seguir apoyándose en la burocracia verticalista de la CNS.
- c) El carácter de su base, proveniente en su mayoría de las organizaciones de Acción Católica o estructuras afines, y teñida con un fuerte anticomunismo. Por sindicalista y anticomunista, esa corriente recurre a menudo a los aspectos más reaccionarios del

anarquismo, en un intento de falsificarse un carnet de identidad en el movimiento obrero.

Pero ese mismo ascenso de las luchas obreras, dando lugar al surgimiento de CCOO, entrañaría la primera crisis del socialcristianismo. Una parte de éste se aferraba a las estructuras “sindicalistas clandestinas”, dedicándose fundamentalmente y por encima de la intervención, a la promoción de futuros “cuadros sindicales”, quedando arrinconada al igual que el viejo sindicalismo tradicional anarquista, socialista o nacionalista-cristiano. Otra parte, encarnada por grupo como AST, cedía a las presiones de sus militantes, siendo componente fundamental de la estructuración de las CCOO, junto con el PCE: el propio carácter del movimiento y la falta de alternativas políticas de esta corriente, facilitaron al PCE cubrir e instrumentar todo su “trabajo de base”. La agravación de la crisis del stalinismo y de la Iglesia, facilitarán el paso posterior de franjas importantes de militantes sindicalistas hacia grupos como las organizaciones FRENTE (y hoy BANDERA ROJA) o forzarán un proceso en “enrojecimiento” con colorete maoizante en la misma AST (hoy ORT).

Si por primera vez en el Estado español, adquiría influencia importante en el proletariado una corriente de origen socialcristiano, mucho más profundo es el significado de que las capas más amplias y combativas de la vanguardia obrera (y estudiantil) se orientasen hacia el PCE. Esta era la única organización obrera que, en el período precedente, se había dedicado a una reconstrucción de sus cuadros en el interior. La dictadura centraba contra él el grueso de su propaganda “antisubversiva”. A esta organización se orientó la parte principal de la vanguardia, y no por que fuese reformista, sino por considerarla comunista. Pero, al mismo tiempo, surgían organizaciones nuevas, centristas (FLP), o nacionalistas radicales (ETA), expresando la radicalización de sectores de la juventud intelectual, así como el impacto de la revolución cubana o vietnamita, y la aparición de fermentos de crítica al PCE.

Sin embargo, el máximo exponente de esta fase decisiva de reconstrucción del proletariado, en ruptura total con las divisorias políticas heredadas de la guerra civil, fue la extensión de las CCOO a los principales núcleos fabriles del país, respondiendo a exigencias de la lucha de clases bajo el franquismo que no han dejado de agudizarse desde entonces.

Los trotskystas hemos analizado las razones objetivas de esta experiencia.

Cada avance de las luchas, manifestándose a través de un proceso de ruptura de crecientes sectores obreros con la CNS, abre un vacío a la vez

que potencia la dinámica dirigida a cubrirlo mediante la formación más o menos embrionaria, de organismos independientes de la patronal y la dictadura, unitarios y masivos, que tienden a calcar el lugar de trabajo sobre la base de las asambleas.

Ya desde la segunda mitad de los años 50, tenía lugar el surgimiento de reagrupamientos representativos a escala de empresa, que desaparecían con el fin de la acción que les había dado vida. Teniendo como animadores principales a los militantes de organizaciones clandestinas, se mostraban capaces de abarcar a sectores más amplios de luchadores. Las comisiones obreras aparecidas en las huelgas de Asturias de 1962, significaron la generalización de esta experiencia de organización unitaria y democrática del movimiento de masas, al margen de la CNS, adoptando formas diversas de designación (pro elección o de manera más informal) y coordinación, a partir de las asambleas de pozo. Mina, etc.

Pero estos organismos sólo podían desarrollar plenamente su vocación masiva al calor de una profundización del desbordamiento del aparato burocrático-represivo que contribuían a impulsar: un desbordamiento forzosamente transitorio mientras se mantenga en pie la dictadura. Por ello, la necesidad de levantar formas estables de dirección del movimiento de masas arrancado desde 1962, impulsó a los obreros más combativos a empeñarse en la construcción, expansión y coordinación de las Comisiones Obreras como agrupamientos de tipo permanente de la vanguardia amplia de la clase, sobre bases unitarias y democráticas.

Esta experiencia era una clara muestra del repudio de la CNS por los trabajadores; de la orientación de estos hacia la organización independiente de clase, cimentada en la democracia obrera.

Al mismo tiempo, expresaba el poderoso impulso unitario del proletariado, rubricando el certificado de quiebra de los “sindicatos clandestinos” socialdemócrata y anarquista, así como de los embriones de sindicatos “paralelos” propiciados por un ala de la Iglesia. La rápida adaptación a la originalidad de esta experiencia por parte del PCE (desechando una “oposición sindical obrera” que no había conseguido ir más allá de AST, fue una de las razones principales de su arraigo entre los nuevos sectores de luchadores obreros.

Estos organismos no han podido ni pueden ser suplidos por ninguno de los grupos políticos o proyectos “sindicales”. Precisamente, constituyen una muestra del desbordamiento por el ascenso proletario de todas y cada una de las organizaciones obreras, reducidas a la clandestinidad por una

dictadura que impide la cristalización estable de instrumentos políticos y organizativos de masas, y afectadas por una extraordinaria fragmentación.

**22.** Alentado por las huelgas de 1962 se había puesto en pie en la Universidad un potente movimiento estudiantil masivo a escala de todo el Estado. Desde entonces será una de las componentes esenciales de la lucha de masas contra la dictadura (como ya habían apuntado anteriormente las movilizaciones del 59).

En la lucha por la destrucción del SEU y tras la misma, en los años 63-65, el movimiento universitario se extendió con un neto carácter de movimiento político de masas. Si el soporte de este proceso de radicalización el auge de las luchas obreras, su dinámica política inmediata venía definida por su necesidad de oponerse a todos los intentos de encuadramiento franquista, desembocando rápidamente en el enfrentamiento con la dictadura y en la comprensión de la necesidad de llevarlo adelante al lado de la clase obrera. Desde fines de la década se expresa también la incorporación progresiva de formas de combate proletarias.

Los actuales intentos corporativistas de poner en pie estructuras sindicales estudiantiles, pretenden ignorar que el movimiento universitario de los años 60 no se puso en marcha a partir de la consecución del sindicato democrático. El SEU fue derribado por un movimiento conformado unitariamente sobre la base de asambleas libres y tras la exigencia central de libertades democráticas, ante todo las relativas a su autonomía organizativa (exigencias que, tamizadas por las políticas stalinista y liberal dominantes en la vanguardia, se expresaron en la reivindicación del sindicato democrático en tanto que objetivo). La puesta en pie de un sindicato, en tanto que organización, fue, precisamente, el comienzo de la ruina del movimiento.

La constitución del SEU, como estructura sindical de masas, obedeció a la orientación stalinista dominante: a su concepción de los estudiantes como capa homogénea empeñada en una lucha por la “reforma democrática de la Universidad” que, en lo inmediato, debía insertar su lógica reivindicativa dentro de la política de “Reconciliación nacional”. Los SDEU representativos de una de las dive4raas “capas democráticas” que se coordinaban con el proletariado den CCOO, eran representadas por los dirigentes stalinistas como anticipo de la pronta legalización que abarcaría a todas las organizaciones del movimiento obrero y popular.

Los SDEU pudieron capitalizar, a través de un corto período de movilizaciones, la inercia de las grandes luchas contra el SEU y el desconcierto momentáneo de la burguesía. Pero inmediatamente bloquearon al movimiento estudiantil, operando como una pesada máquina burocrática al servicio de un juego legalista y testimonial. En una segunda fase, entregarían desarmada a la represión a una amplia vanguardia.

**23.** Durante los años 60, la expansión inflacionista, el carácter moderado de la ruptura con el proteccionismo y las limitaciones de las luchas obrera, amortiguaron el filo de las contradicciones de la pequeña burguesía tradicional con la dictadura. Estas contradicciones pudieron ser contenidas en el cuadro de una alianza en el terreno de la política económica, cuya factura pagaba los trabajadores: política de convenios, reconversiones, etc. El europeísmo pseudos-liberal con el que el Régimen intentaba un recambio ideológico, halló cierto eco en el tecnocratismo y profesionalismo de sectores de las nuevas capas medias: otros sectores de las mismas se constituían en caldo de cultivo de todo tipo de ilusiones democráticas y “evolucionistas”.

Sin embargo, aún en este período debe destacarse el reiterado fracaso de la burocracia falangista en rehacer su mermada base social, atizando la “revancha” de la pequeña y media burguesía contra la política del OPUS. Asimismo se ampliaba la resistencia ofrecida por parte de las clases medias de Cataluña y Euskadi, aunque con alcance desigual.

Mientras en la primera las ilusiones democráticas, alimentadas por la influencia del PCE y la impotencia de otras corrientes, permitían que algunas concesiones culturales frenaran cualquier movimiento de masas serio, en Euskadi no sólo se desarrollaban movilizaciones masivas, sino que el PNV fue desbordado por el activismo nacionalista y radical de ETA.

**24.** Pese a las limitaciones subjetivas del movimiento de masas, a mediados de los años 60 el balance de la dictadura no era muy halagüeño. La década se había iniciado entre pregones a bombo y platillo de la “liberalización”, de la “apertura” mirando hacia Europa, la marcha hacia el Mercado Común. En definitiva, sectores del gran capital consideraban la posibilidad de una evolución muy prudente y controlada hacia formas de “Estado fuerte” que modificasen algo el estatuto de la dictadura. Sin embargo, la “liberalización” se redujo al ensayo de una operación muy descoordinada de cirugía estética del Régimen. En particular, la formalización de cierta opinión pública burguesa con la Ley Fraga y un

arrinconamiento mayor de la burocracia falangista, obstáculo para la orientación económica del OPUS.

La campaña burguesa de los convenios y los enlaces y jurados, que tuvo sus puntos más altos en las elecciones sindicales del 63 y 66, se proponía agilizar los mecanismos burocráticos de control y división de la clase para afrontar la marea reivindicativa desatada desde el 62, e imponer sustanciales aumentos de la productividad.

El gran capital, frente a las propuestas de la oposición “democrática” y de sectores de la Iglesia a favor de unos sindicatos “libres”, con los que “integrar” y dividir a la clase, optaba por unos [“nervos”, sic, en el original, N de E] cambios de fachada de la CNS. Intentó flexibilizar sus eslabones “representativos” para que enlaces y jurados pudiesen jugar con mayor eficacia un papel “mediador” en el “diálogo” y la “conciliación laboral”. El relativo margen de maniobra económico, permitiendo algunas mejoras salariales (estrechas siempre) facilitó, en condiciones de absoluta hegemonía reformista, el tira y afloja de los enlaces y jurados, con el marco de la negociación colectiva. Las direcciones stalinistas y sindicalista, a través de su control sobre CCOO, colaboraron con todo entusiasmo en todas y cada una de las soluciones de la dictadura (extensión de la política de convenios, elecciones sindicales, etc...). Facilitaron así la dispersión de las luchas obreras, su vehiculización a través de los cauces burocráticos de control de los trabajadores y la introducción de nuevos sistemas “científicos” de explotación intensiva.

Sin embargo, quedaba en pie el hecho de que desde abajo, las masas, tras haber roto el bloqueo de salarios, imponían diariamente la huelga, destruían el SEU, forzaban la retirada del tribunal militar del coronel Eymar, y surgía una organización unitaria del movimiento obrero. Después de 1962, el panorama político aparecía cambiado por el afianzamiento de una iniciativa en la lucha de clases que no era la del gran capital, sino la del proletariado.

**25.** Este impulso trataba de recogerlo el PCE para presionar sobre la burguesía. Ya a raíz de las grandes movilizaciones del 56, que dieron paso a la crisis política introductoria de la línea “europea” del OPUS, había levantado la bandera de la “Reconciliación Nacional”.

Siguiendo las viejas teorías stalinistas, establecía la “contradicción principal” entre la oligarquía terrateniente y financiera, por un lado, y el “pueblo” por otro (proletariado, “burguesía nacional”, pequeña burguesía urbana, campesinado medio y pobre, etc.). Esta contradicción definía el contenido “democrático”, “antifeudal” y “antimonopolista” de la “etapa”

revolucionaria en curso, que debería recorrer un “frente democrático” encabezado por la clase obrera. Etapa previa y distinta a la socialista, a la que se llegaría gradualmente desde un poder conjunto de clases (la “democracia política y social”).

Concretando la estrategia de coexistencia pacífica de la burocracia soviética, el eje fundamental de la política de “Reconciliación Nacional” era la afirmación del carácter pacífico, tanto de la liquidación del franquismo como del tránsito hacia la “democracia antifeudal antimonopolista”. Esta posibilidad se fundaba, según la dirección del PCE, en factores internacionales (la expansión del “bloque socialista” y la gran irradiación del “modelo soviético”, una vez “desestalinizado”, según aseguraba cada día Carrillo a los burgueses “demócratas”) y en factores internos: la bancarrota de un Régimen que constituía un “obstáculo” incluso para un verdadero desarrollo capitalista, y el proceso de “reconciliación de las dos infanterías que se habían enfrentado en la guerra civil”. A partir de aquí, se auspiciaba la ruptura con la dictadura de amplios sectores de capitalistas medianos, pequeños y grandes, incluso de partes constituyentes del aparato institucional (cuadros y jerarquías de la Iglesia y del Ejército) y su paso al “campo democrático”.

Las tesis de “Reconciliación Nacional” consagraban el ascenso de la fracción de Santiago Carrillo, estableciendo una orientación que, más allá de las fórmulas, en un primer momento empapadas de fraseología “revolucionaria”, afirmaba cada vez más crudamente la oferta dirigida al gran capital de contener el movimiento de masas dentro del cuadro de una salida liberal a la crisis del franquismo. Presentándose como alternativa a la antigua línea de guerrillas, la política de “Reconciliación Nacional” tenía como ejes fundamentales la “línea de masas” y la “unidad”. Ahora bien, esta línea de masas era el enfoque de las reivindicaciones parciales, del trabajo en la CNS y la utilización de medios legales dirigido a eliminar todas las experiencias del proletariado por el camino de la lucha directa. No era sólo la línea de guerrilla la que quedaba descartada, sino cualquier planteamiento de acción revolucionaria de masas contra la dictadura. En cuanto a la unidad propugnada, no se refería sólo a la unidad con los obreros católicos y falangistas de “izquierda” para el trabajo en la CNS, sino que, ante todo, se orientaba hacia la oposición “democrática”, considerada “antifeudal y antimonopolista”, sin descartar a los patronos “progresistas”.

El auge de luchas a partir del 62 puso de relieve algunas de las consecuencias de esta política. La dirección del PCE arrinconó rápidamente

la mayor parte de las experiencias de las huelgas de Asturias para centrarse en el apoyo a la política de convenios de la dictadura. En muchos casos, CCOO quedaron reducidas a una “tendencia democrática” del “Sindicato” vertical.

Sin embargo, se seguía manteniendo la envoltura de los slogans “revolucionarios”. La perspectiva en que fueron educados miles de militantes hasta muy avanzados los años 60, era la de una liquidación de la dictadura concebida como el inicio de un proceso revolucionario global, como breve prelude de un Régimen que muchos militantes identificaron con la dictadura del proletariado (aunque la definición oficial de la “democracia política y social” fuese la “reorganización” del Estado burgués “sobre bases democráticas”). Esto se completaba con la insistencia en los métodos de lucha generalizada y en el papel motor adjudicado a la clase obrera a través de la Huelga General Política. Es decir, la introducción a la “vía democrática y pacífica hacia el socialismo” tuvo que hacerse cediendo de momento ante algunas exigencias evidentes del combate contra el franquismo, teniendo en cuenta unas determinadas relaciones entre el movimiento de masas y un PCE reconstruido en la ilegalidad. Mientras, se avanzaba día a día en la práctica de la orientación de fondo.

El grupo dirigente del PCE había sido tradicionalmente uno de los más sumisos lacayos de la burocracia del Kremlin. Así lo demuestra su alineamiento incondicional en la campaña contra Tito, en el aplastamiento de la insurrección húngara. El giro del XX Congreso concordaba perfectamente con las necesidades de su búsqueda de alianzas con los políticos burgueses. La “desestalinización” fue coreada entusiastamente. Facilitaba el convencer a los “demócratas” de la sinceridad de las ofertas del PCE. Ahora bien, la caída de M. Jrushev empezó a empañar esta imagen. Y, pocos años más tarde, la toma de posición de la burocracia soviética respecto de la alternativa juancarlista iniciaba un curso de relaciones del Kremlin con la burguesía española pasando por encima del PCE. Estas dos fuentes de conflicto no harían sino ampliarse en lo sucesivo.

**26.** La recesión de 1967 fue la puntilla de los discursos “liberalizantes”. El gran capital había tenido ya ocasión de hacer una exploración de posibilidades políticas y retiró cualquier apuesta a favor de sus portavoces más aperturistas, partidarios de formas de resistencia elásticas frente al movimiento de masas. Con el referéndum y la Ley Orgánica del Estado sancionaba su opción a favor de una “evolución en la continuidad, dando paso a una monarquía que mantuviese todo lo esencial de la dictadura franquista. La correlación de fuerzas de clase imponía un compromiso entre

las distintas fracciones del Régimen. Confirmaba el papel del Ejército como “salvaguarda” de lo permanente y soporte principal del proceso de “institucionalización”. A la vez, se entreabrían tímidas puertas a posibles formas partidistas del gran capital, concebidas como fracciones dentro del mismo partido, el “Movimiento Nacional”, al que se debería desteñir y hacer “pluralista”, siempre sobre la base de los “Principios Fundamentales”.

Para allanar el camino de la “institucionalización” e imponer a las masas el coste de la inevitable estabilización, que coronaba el empujón desarrollista con la depresión económica, la dictadura debió intentar la destrucción de los anteriores esfuerzos de organización de obreros y estudiantes con la más brutal represión. Los patronos “avanzados” se tragaban sus suspiros a favor de sindicatos amarillos, capaces de facilitar una explotación más “libre” y evitar la carga política impuesta por la pervivencia de la CNS, insistiendo ahora en el desmantelamiento de una Comisiones Obreras cuyo reconocimiento habían insinuado en los años anteriores algunos de ellos.

La crisis económica y la inmediata escalada represiva resaltaban la inconsistencia de las ilusiones entretenidas por la dirección del PCE. En cambio, para ésta, se trataba de dar un nuevo paso en la subordinación de la lucha de masas o la ampliación de los aliados burgueses “antifranquistas”. “Nuevos enfoque a problemas de hoy”, aparecido en 1967, tendía la mano a los “evolucionistas”. “Aislar a los ultras” sería la consigna, que comportaba un redoblado esfuerzo por llevar a las masas a la CNS y una profundización de los métodos legalistas precisos para que las CCOO pudiesen “salir de las catacumbas de la clandestinidad”. El movimiento obrero rearmado de este modo por la política del PCE para enfrentarse a la nueva situación, se precipitó en una crisis profunda. El descenso notable de las movilizaciones obreras afectaría a cierto plazo al movimiento estudiantil. Las consecuencias de esta crisis, cuyo hecho central fue el desmantelamiento de CCOO, no pudieron hallar el suficiente contrapeso en las tendencias embrionarias hacia una orientación de lucha de clases presentes en las huelgas como la de Bandas y en proceso de radicalización de algunos núcleos de vanguardia obrera, culminante su ruptura con las direcciones del PCE y FLP-FOC. Mayor envergadura registró el proceso de radicalización de la Universidad, que arrebató al stalinismo el control de grandes sectores de la vanguardia estudiantil.

**27.** Apenas iniciado el relanzamiento económico de 1969, el Régimen tuvo que imponer un Estado de Excepción, tratando de asegurar la pacificación necesaria para el desarrollo de su proceso de “institucionalización”, prontamente amenazado por las primeras

movilizaciones obreras de envergadura. Las luchas estudiantiles y el recrudecimiento de la agitación nacionalista en Euskadi.

Con la instauración de un “gobierno monocolor” de la línea del OPUS se reiteraban las promesas de establecer mediante las “asociaciones políticas” el “contraste de pareceres” anunciado por la Ley Orgánica, a la vez que se volvía a hablar de “ampliar la base representativa de la CNS”.

Esto último no iba más allá de cautos retoques a la vieja maquinaria burocrática fascista, sin ninguna ambición seria. Las “asociaciones”, estrechamente controladas, deberían flexibilizar las relaciones entre poder y gran capital, intentar la renovación del personal político, o incluso la recuperación de parte de la oposición “democrática”, canalizando así el despertar de las clases medias urbanas y evitando su polarización en torno al proletariado. A la vez, esto permitía blanquear la fachada cara a Europa.

La instauración del “gobierno monocolor”, presentado como triunfo sobre los “ultras”, se había acompañado por el paso a la reserva de parte de los gorilas del Ejército y el apartamiento de diversos ministros identificados con las posiciones de la resistencia de la burocracia falangista. Con ello desaparecían de escena los personajes más desgastados en las faenas sucias del período anterior (congelación de salarios, represión, etc.). Pero esperar de ese gobierno un sustancial desmantelamiento de la dictadura, era tanto como pedirle a un mico que corte la rama de la se sostiene. La puesta a punto del proyecto continuista de la monarquía de Juan Carlos, en el cuadro de la Ley Orgánica de 1966, resumía los límites del “liberalismo” oficial, inseparable de la utilización a fondo de la CNS, la Brigada Político Social y los tribunales especiales de represión.

Todas las perspectivas de la “institucionalización” exigían mantener el precario equilibrio de fuerzas sobre el que se había mantenido la dictadura desde 1962, por parte de un gobierno cuya instalación había exigido casi tres años de recrudecimiento de la represión sobre las luchas obreras y populares. Por parte de un gobierno que, tras ser descartadas las claques caciquiles charlistas y los monárquicos de “Ya”, ponía al desnudo la profunda reducción de la base política de la dictadura, cuando ésta debía enfrentarse a una exasperación de todas las contradicciones económicas y sociales.

Si este equipo no surgía como fruto de ningún proceso de “desarrollo político”, tampoco aparecía como resultado de la maduración de “reforma estructural” alguna, capaz de erradicar los desequilibrios que habían precipitado el I Plan de Desarrollo en la devaluación y estabilización de

1967. Los términos del Tratado Comercial Preferencial firmado con la CEE en 1970, resumía la neta insuficiencia de la expansión de los años 60 a la hora de mejorar el escalafón del capitalismo español en la jerarquía imperialista.

## 5) La crisis de la dictadura

**28.** A comienzos de la década, cuando la dictadura confiaba haber impuesto un retroceso duradero a las acciones de masas, tuvo que enfrentarse con un nuevo ascenso de las luchas obreras y populares, cuya primera gran muestra fueron las movilizaciones contra los Consejos de Guerra de Burgos.

Este impulso sin precedentes de la lucha de clases bajo la dictadura de Franco, se integraba de lleno en el nuevo ascenso internacional arrancado en 1968 con la ofensiva del Tet en Vietnam, el mayo francés y la primavera checoslovaca, a los que siguieron en Europa el otro año italiano de 1969 y el levantamiento de diciembre de 1970 en Polonia. Recortaba fuertemente el margen de maniobra del gran capital, en un período en que la exacerbación de la crisis imperialista sorprendía al capitalismo español embarrancado en todas las lacras y desequilibrios que ya habían convertido al “milagro” de los años 60 en un prolongado aborto cargado sobre las espaldas de los trabajadores.

La recesión de 1966-67 afectó ya a casi todos los países de Europa capitalista, entre ellos el nuestro. Desde esta crisis, la economía capitalista internacional se ha visto cruzada por un torbellino de conflictos monetarios y recesiones cada vez más agudos. Este proceso traduce el agotamiento de la eficacia de los expedientes que habían sustentado el largo ciclo expansivo abierto en la postguerra. En la base de tal agotamiento está el trastorno de la correlación de fuerzas instaurado al fin del conflicto mundial. En el área capitalista desarrollada, el auge de las luchas obreras (que incluye un proceso de reconstrucción del proletariado aplastados por el fascismo, como el alemán, y la imposibilidad de contener por mucho tiempo el despertar de la clase obrera norteamericana) inaugura un período que colocará a la burguesía mundial en una situación crítica, sin precedentes desde los años 20-30. Desde comienzos de esta década, la concurrencia internacional se exagera cada vez más; una de sus manifestaciones más espectaculares ha sido la aclaración de la pérdida de hegemonía absoluta del imperialismo yanqui y, con ello, la agravación de la crisis del dólar, arrastrando al del sistema monetario internacional. La precariedad de los parches introducidos para aliviar esa crisis hace de ella, más allá de la esfera puramente monetaria, un signo diáfano de la entrada de los países imperialista en un largo período dominado por la tendencia al estancamiento, por el aumento de las cifras de paro, por el asalto de crisis más frecuentes y agudas.

Tras haberse sustraído a duras penas de la generalización de la recesión que golpeó a diversos países en 1971-72, el capitalismo internacional se enfrenta hoy al espectro de otra crisis para 1975, si no ya para 1974, con un riesgo incrementado de extensión al conjunto de la economía imperialista. La competencia internacional se acentúa aún más. Los monopolios europeos, tras haber ampliado su consorcio para hacer frente al imperialismo yanqui, cierran filas para descargar la bancarrota del “neocapitalismo próspero” sobre los trabajadores.

**29.** Por ello no es fortuito que la cuestión del Mercado Común Europeo se sitúe en el centro de las preocupaciones del gran capital. Pero ha aquí que, cuando sus incertidumbres se hacían más patentes, en ese preciso momento, cobraba cierta audiencia entre algunos sectores de la vanguardia oposiciones como las de la organización Bandera Roja, típica expresión de la postergación propia de ciertas capas de la intelectualidad pequeñoburguesa ante una salud que no tiene la gran burguesía. La importancia de tales posiciones desborda los límites de ese grupo. En realidad, Bandera Roja no es sino un exponente actual, sin duda más sofisticado que los anteriores, de posiciones de clase que vienen incidiendo por lo menos desde comienzos de los años 60 sobre sectores de militantes en busca de alternativas a la política del PCE, presiones que se han hecho presentes en sucesivas envolturas políticas (Organizaciones FRENTE, “ACCIÓN COMUNISTA”, Claudinistas, etc.).

Esas posiciones se alinean en una firme convicción acerca de las ilimitadas capacidades del “capitalismo monopolista de Estado”. Esta es la “nueva fase” a la que ha llegado el capitalismo en nuestros días, “fase” que se caracteriza por sus grandes recursos estabilizadores de la sociedad. El capitalismo español participa ya de dicha “fase”, si bien con las contradicciones derivadas de resistencias sociales y problemas legados por el pasado. Cuenta con la iniciativa de avance económico y de concesión de libertades falseadas recortadas que le permitirán llevar adelante la integración de pleno derecho en la Europa de los monopolios aunque es claro que resistencias y problemas aludidos impondrán retrasos y dificultades. Por otra parte, continúan afirmando estas posiciones, el “capitalismo monopolista de Estado” europeo, que ya no es un sistema democrático, no tendrá inconveniente en reconocer a un franquismo convenientemente “liberalizado (con los cambios seudodemocráticos que pueden desarrollarse bajo Juan Carlos).

Frente a esas posiciones, uno de cuyos rasgos es hacer abstracción de la lucha de clases, tanto en nuestro país como en los demás, los marxistas debemos recordar que ya hace muchos años Lenin definió al imperialismo,

al capitalismo de los monopolios, como “la reacción en todos los frentes”. Desde hace más de cincuenta años, el capitalismo hace gala de esa definición, llevando hasta extremos inauditos su parasitismo, una de cuyas manifestaciones es la hipertrofia monstruosa del Estado; reforzando todas las formas de opresión, atacando las libertades democráticas. Desde hace años, las necesidades de la dominación imperialista se hallan en contradicción cada día más aguda con las formas políticas democráticas heredadas del capitalismo de competencia. Pero no basta con que esa contradicción se agudice para que las libertades democráticas se esfumen. Es preciso, además, un pequeño detalle: que el capitalismo de los monopolios consigna aniquilar en todas partes a la vanguardia obrera, destruir las organizaciones de la única clase gracias a cuya lucha no han desaparecido totalmente aquellas libertades.

Es evidente que, si pudiese, los trusts europeos ahorrarían toda tipo de trámites seudodemocráticos a la dictadura franquista. Los discursos de los políticos socialdemócratas europeos, según los que el Estado español no entrará en el Mercado Común Europeo mientras persistan las actuales formas políticas, no reflejan el democratismo de estos agentes de la burguesía, como quiere hacer creer la “oposición liberal” de nuestro país. Reflejan la presión siempre creciente del proletariado, que hoy se lanza a la lucha de masas en numerosos países de Europa, forzando a los monopolios a mantener exigencias “democráticas” frente a la dictadura. Es la misma presión que, en esos países, ha impedido hasta hoy a los grandes capitalistas pasar al ataque frontal contra las libertades que quedan.

Recordemos que estas burguesías “democráticas” debieron tomar postura crítica frente a los Consejos de Guerra de Burgos bajo la presión del proletariado y la juventud movilizados en una serie de países. Es por eso que los trusts europeos dicen al gran capital de nuestro país: “poned rápidamente unos cuantos parches “liberales” que nos ayuden a nosotros a dar gato por liebre”. Pero haced esto, por lo menos, y hacedlo pronto, aún manteniendo siempre lo esencial de esa dictadura que nos conviene a todos que siga en pie en el Estado español”. Pero, al mismo tiempo, la agudización de las contradicciones de clase (entre el proletariado y la burguesía internacional y entre las diversas fracciones y grupos de ésta) obliga a los monopolios europeos a reforzar su presión sobre el capitalismo español, haciendo crujir sus desfasadas estructuras y agravando las contradicciones sociales que han frustrado las farsas liberalizantes. “No podemos hacer otra cosa”, dicen los trusts europeos.

Y la “marginación” de capitalismo español respecto de la CEE no tiene otra base que la peculiar correlación de fuerzas de clase en la que el gran capital

debe ejercer su hegemonía sobre el conjunto de fuerzas burguesas contra el proletariado y las masas oprimidas. Ya en la década anterior, el gran capital tuvo que dejar de lado toda reforma estructural profunda por temor a provocar pruebas de fuerza con el proletariado puesto ya en movimiento y, a la vez, una dislocación del juego tradicional de alianzas dentro de la misma oligarquía dirigentes y una brusca ruptura con la mediana y pequeña burguesía urbanas. Hoy, el gran capital sigue sin otra alternativa que la de aferrarse a la “continuidad” del almirante Carrero Blanco: y “continuar” mendigando concesiones y rebajas frente a las existencias incrementadas de los monopolios europeos.

Las consecuencias del despliegue de las contradicciones de clase en la última década se extienden a todos los planos. Una primera consecuencia ha sido el brutal conflicto entre el estirón del crecimiento industrial y una agricultura atrasada, relegada a su propia suerte. La ruina y el éxodo de los jornaleros y el campesinado pobre, la profundización de los desequilibrios regionales, con la depauperación y hundimiento de zonas enteras, han tenido como contrapartida el hacinamiento en torno a los grandes centros industriales, en condiciones infrahumanas. Pese a las repetidas declaraciones acerca del “carácter prioritario” del sector agrícola, el motor fundamental de todos los cambios se ha cifrado en el abandono del campo a la dinámica espontánea del mercado. El III “Plan de Desarrollo no se aparta de esa “vía prusiana” como fuente de las transformaciones necesarias para atender a las exigencias del proceso industrial. Los avances en la concentración agraria y mecanización que afectan ya a parte del latifundio, en la comercialización, etc., seguirán dependiendo de caóticas y dolorosas conmociones, en las que se insertan algunas formas de intervención estatal como factor secundario. Siguen en pie, por tanto, las bases de la prolongación de la crisis de la agricultura, con graves repercusiones sobre el conjunto de la economía. (Inflación, exportaciones, etc.).

Hasta fines de los años 60, una fuerte expansión de la industria transformadora y, sobre todo, de los bienes de consumo duraderos, montada sobre la inflación y el endeudamiento creciente de las masas, no sólo contrataba con el hundimiento de la agricultura, sino que se producía en un contexto en el que los desequilibrios sectoriales han llegado a ser como los de 1962, los de finales de 1967, lo que tiene lugar en los meses de 1970 y mediados de 1972; agudizan el descontento de las capas medias asalariadas y de la pequeña burguesía tradicional.... Por ello, tan pronto se reduce un tanto el déficit de la balanza comercial, la dictadura se apresura a relanzar la expansión inflacionista.

Así, la agravación de la crisis imperialista y el ascenso de la lucha de clases encuadran irremisiblemente el carácter cada vez más espasmódico de ese proceso.

Apenas instaurado, el Gobierno de Carrero Blanco recibía un proyecto de mandato propuesto en Luxemburgo por el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de la CEE y una oleada de “consternación” recorría las esferas oficiales y empresariales. Tal propuesta no hacía más que traducir los actuales latigazos de una competencia internacional intensísima descargándose sobre el capitalismo español a través del planteamiento de unos ritmos de eliminación de barreras arancelarias completamente insostenibles para la industria; escasas concesiones para la agricultura (e incluso proteccionismo en las pocas materias donde el capitalismo español es competitivo); fuertes condicionamientos sobre otras exportaciones e incluso un trato discriminatorio en relación con otros países mediterráneos.

De esta forma, el capitalismo español entra en la presente etapa expuesto a recibir, de forma amplificadas, los más duros golpes de la agravación de la crisis imperialista. El verdadero horizonte no es otro que el desmoronamiento de las exportaciones, la disminución de las inversiones industriales y de las compras de terrenos, la reducción paulatina de las rentas del turismo y de las remesas de emigrantes, el progresivo retorno de éstos...

En esta situación, burócratas y cavernícolas diversos, deseosos de ganarse una clientela entre las capas pequeñoburguesas más amenazadas, se apresuran a graznar: “¡Que negocien ellos!”, afirman, pretendiendo ignorar que la mitad del comercio exterior se realiza con Europa capitalista y que ésta absorbe casi el 60% de las exportaciones. El grado de inserción en la órbita imperialista alcanzado ya y, particularmente, los lazos de interdependencia tejidos con Europa, hace impensable cualquier vuelta atrás, hacia la autarquía y el aislamiento.

Y a partir de esta constatación todo el elenco de “personalidades” de la “oposición democrática”, del “evolucionismo” y del “centrismo” alborota acerca de las “razones puramente políticas” de la marginación respecto de la CEE. Los comunistas no sólo debemos resaltar la mixtificación acerca del “buen espíritu democrático” del imperialismo europeo que implican esas posiciones. Lo común a todas ellas es silenciar cuidadosamente a las masas que cualquier paso real del capitalismo español hacia la incrustación en la CEE pasa por intensificar la concentración y modernización industrial. La reorganización de los servicios y la penetración monopolista en el campo con un ataque a la clase obrera y al resto de asalariados,

mediante el paro masivo y la reducción draconiana de salarios y una embestida contra amplísimos sectores de la quesea burguesía, de una profundidad y envergadura mucho mayor que en el pasado. Y todo esto cuando se enfrenta a un salto cualitativo en la lucha de clases, preparado por toda la década anterior. Eso es lo que le ha impedido siquiera aplicarse el barniz “liberalizante” con el que se contentarían las democracias imperialista (y las burocracias del Este) para dar su plena bendición a la dictadura.

Pero el simple mantenimiento de la política burguesa en la actual cuerda floja, exige ya un conjunto de medidas que el proletariado y amplios sectores oprimidos se muestran cada día menos dispuestos a soportar y que, al mismo tiempo, siguen siendo incapaces de mejorar cualitativamente la “capacidad negociadora” frente a los truts europeos. Obligado a seguir reafirmando su “vocación europea” y a endosar a los trabajadores la factura de los golpes de la CEE, el capitalismo español ve como crece la resistencia de las masas y se agudiza la crisis de la dictadura a la que debe su dominación.

La descapitalización de los sectores base constituye una de las herencias de la autarquía. La combinación de un elevado proteccionismo con la explotación de la mano de obrar barata los convirtió en fuente de acumulación rápida, que el capital financiero invertía en otros sectores. En el umbral de los 60 aparecían marcados por el retraso en la mecanización, un debilísimo rendimiento y escasa competitividad, agravados por la bajo calidad de los productos. Las dificultades de su extracción y la existencia de capacidades de producción excedentaria a escala mundial en algunos de ellos. La política del gran capital no ha tendido a eliminar esos sectores en beneficio de la industria transformadora (con mayores posibilidades de sustentar una actividad exportadora), como preconizaban algunos grupos del patronato. Ha preferido su “reconversión” bajo subvención estatal y con ayuda del capital extranjero (sin olvidar ayudas como la de la burocracia polaca). El resultado es que mientras la minería perpetúa su crisis bajo el manto de una “reconversión” ruinoso, mantenida por costosas subvenciones e importaciones, la siderurgia está muy lejos de prestar una contribución satisfactoria a las exigencias de la demanda interior.

A lo largo de este período, algunas de las franjas más arcaicas de la pequeña industria y comercio han sido barridas. Sin embargo, en general el “gran océano” de pequeños establecimientos ha sido mantenido como cordón de seguridad frente a las reivindicaciones obreras, gracias a su doble presión, por lo que resguarda un nivel ínfimo de salarios (vrg., el salario mínimo oficial es calculado por el INE en función de la media de

empresas –y el 74% de los establecimientos industriales ocupan menos de 50 obreros-), y percute inmediatamente sobre los precios las más irrisorias alzas salariales (o el aumento de las cuotas de la seguridad social).

Persiste, pues, la talla absolutamente insuficiente de las empresas, una debilísima tasa de concentración (pese que en los últimos años se registre una aceleración de fusiones, absorciones, reconversión de sectores, etc., en el textil, metalurgia, petroquímica, naval, etc., sectores afectados por procesos de sobreproducción a escala internacional desde hace años), y un reducido nivel de integración de la mayoría de las pequeñas empresas en la órbita de las grandes planteas. Pero, sobre todo, apenas existen firmas de primera fila que, en los sectores respectivos, posean tanto peso específico para elevar de modo determinante el nivel tecnológico general y, menos aún enfrentar la competencia en los mercados internacionales.

En suma, pese a una favorable coyuntura mundial, pese a contar con una de las mercancías más competitivas del continente (una clase obrera sometida a instrumentos de control y represión aplastantes), el capitalismo español no consiguió en los años 60 disminuir sustancialmente su retraso con los países industrializados de la Europa capitalista. A finales de esa década, la contribución de la industria al Producto Nacional Bruto seguía siendo débil, como el peso de la industria en el mercado internacional, pese a los avances registrados en la capacidad exportadora de algunos sectores.

En 1972-73 el capitalismo español ha experimentado un crecimiento de el PNB ya inferior a los promedios de la anterior década. En el marco del boom inflacionista mundial abierto en 1972, ha registrado ciertos avances en las exportaciones y un superávit de la balanza de pagos que, a su vez, no pueden dejar de situarse dentro de los ejes de referencia internacionales. Y estos resaltan, según los propios informes de “expertos” del capital financiero, los múltiples “estrangulamientos estructurales” que convierten, de nuevo, la cuestión del MCE en una “perspectiva” y un “horizonte”. La “improductividad de gran parte del latifundio y la lenta concentración de minifundios”; el “paro estacional, la casi inexistente explotación planificada racional de los cultivos y la todavía escasa mecanización del campo”. De todo ello resulta “una rentabilidad mínima de las explotaciones, unos excedentes ruinosos, unas importaciones inconvenientes”. Por lo que a la industria se refiere, acusa “la vejez del parque industrial, la defectuosa y viciada financiación, investigación y tecnología y la proliferación y atomización que la hacen difícilmente competitiva. En el terreno de la comercialización “permanecen unos canales de distribución y circuitos de comercialización de productos de amplio consumo, lentos, caros e ineficaces.” Y, en fin, la falta de inversión

en la investigación, acentuada por la actual “ley de Educación” hace depender a la industria de licencias, patentes y royalties y asistencias técnicas extranjeras, dificultando aún más la competitividad.

La confrontación permanente con concurrentes que producen a más bajo precio y mayor calidad empuja rápidamente la balanza comercial hacia el déficit. Las rentas del turismo, las remesas de los trabajadores emigrados y las importaciones de capital extranjero son recursos vitales para paliarlo. Cada impulso expansivo es inseparable de un curso inflacionista que las estructuras del capitalismo español amplifican de forma meteórica. La inflación no tarde en descargar su peso sobre el comercio exterior (encarecimiento de los costos de las exportaciones, depreciación de la moneda, etc.), desequilibrando la balanza comercial. Y cada agravación del deterioro de la coyuntura internacional reduce las fuerzas exteriores que contribuyen a reabsorber esos desequilibrios. La dictadura se ve entonces forzada a estrangular la expansión mediante una política deflacionista. Pero las medidas de freno a la inflación y la recesión en que desembocan, acentúan las contradicciones de clase y el riesgo de estallido de luchas. Y aquí es donde adquieren todo su significado las directrices del PCE aprobadas en su VIII Congreso.

La dirección del PCE enuncia el problema: “El gran capital indígena se encuentra en una encrucijada: ¿cómo continuar el desarrollo haciendo rancho aparte, cultivando el aislamiento?”

Y para ayudar al gran capital a “continuar el desarrollo” (es decir la sobreexplotación y opresión salvajes de los trabajadores), la dirección del PCE avanza solícitamente una propuesta: “la solución más conveniente para el país al problema de los mercados europeos y de la cooperación económica con Europa no está en manos de la dictadura franquista ni de las del centrismo, sino en la articulación de la alternativa democrática en el Pacto para la Libertad que propugna el PCE: un gobierno nacional democrático fuerte, con un amplio respaldo, es urgentemente necesario para tratar con el Mercado Común Europeo.”

En tiempos de la “Reconciliación Nacional”, la dirección del PCE se erigía en campeona de los intereses de la pequeña y media empresa, del “capitalismo democrático”, frente a “la losa de plomo de los latifundios y grandes monopolios”. Hoy, sin duda, juzga esta orientación demasiado revolucionaria. Sus propuestas actuales significan su decisión de subordinar las necesidades más elementales de la clase obrera industrial y agrícola, de las masas asalariadas de las ciudades, de la juventud, del campesinado pobre y de grandes sectores de la pequeña burguesía urbana tradicional, a

una “solución” que saque de apuros al capital financiero “indígena” y al imperialismo europeo en la difícil papeleta que tiene planteada en el Estado español.

Pura y simplemente viene a decirles: “conceded algunas libertades mínimas reconocemos que será un mal trago para vosotros, pero, a cambio, os ayudaremos con toda la fuerza que nos dará la confianza del proletariado y las masas a que los sobreexplotadores, les lancéis al paro y al bloqueo de salarios. Frenando y desviando las luchas, desgastando la combatividad de los trabajadores, procuraremos que no falte el “amplio respaldo” al “Gobierno fuerte” que necesitáis. Si no os arriesgáis a eso, deberéis enfrentaros con cosas peores”.

La III Internacional de Lenin y Trotsky afirmaba en 1921, en su [Tercer Congreso](#): “Los partidos comunistas no deben tomar en consideración ni las capacidades de existencia y concurrencia de la industria capitalista, ni la fuerza de resistencia de sus finanzas, sino la extensión de la miseria que el proletariado no puede ni debe soportar”. Este sigue siendo el punto de vista de la IV Internacional, nuestro punto de vista: el de los intereses del proletariado, de su lucha contra el capital hasta su total destrucción, el de la revolución obrera internacional. Es el punto de vista que oponemos a todos aquellos que, como las direcciones del PCE y BR, cada una a su modo, operan como agentes de “las capacidades de existencia y de concurrencia de la industria capitalista” o de “la fuerza de resistencia de sus finanzas” en el seno del proletariado.

El proletariado no tiene ningún interés en combatir a los monopolios en nombre de un utópico “capitalismo democrático” ni en subordinarse a los monopolios ensalzando su superioridad técnica sobre la pequeña empresa. Del mismo modo, sus alternativas no son alinearse con todo tipo de reaccionarios oponiendo la autarquía capitalista al “neocolonialismo del mercado Común”, ni ayudar al gran capital y a los trusts europeos a expoliarle a él y a todas las masas oprimidas, en nombre del “problema de los mercados” y de la “cuestión de la cooperación económica”. Frente a todas esas soluciones burguesas, el proletariado sólo tiene interés en la lucha contra “la miseria que no puede ni debe soportar”, sólo tiene interés en utilizar a su favor todas las contradicciones en que se ve envuelto el gran capital en esta etapa de agravación de las contradicciones del imperialismo, para fortalecerse y aglutinar en torno suyo a los diversos sectores oprimidos, retomando sus reivindicaciones progresivas, y haciéndoles ver que, frente al poder de los monopolios, la única vía de salvación pasa por la instauración de la República Socialista. Pero esta vía no podrá limitarse al territorio del Estado español, deberá enlazarse con el combate de las masas

de todo el continente europeo, las sometidas al poder de los monopolios y la sojuzgadas por las castas burocráticas del Este, firme pilar del “orden” europeo, en la lucha por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

**30.** A la inflación, a un ejército industrial de reserva siempre importante presionando sobre los salarios, a los horarios agotadores que, junto con la plaga de accidentes de trabajo, son de los más elevados de Europa, se suma una depauperación intensa de los servicios sociales. La cuestión de la vivienda social, agravada en el marco de la especulación hinchada por el turismo. La cuestión de la seguridad social, transformada en fuente de acumulación monopolista a través de la canalización de las cuotas por el INTP. La cuestión de la asistencia sanitaria, que ocupa uno de los últimos lugares del mundo y que incluso es desmantelada en algunos de sus servicios. La enseñanza, cuya “reforma” sigue excluyendo a grandes cantidades de hijos de trabajadores, no sólo de los niveles superiores, sino incluso de toda instrucción.

Pero emprender todos estos ataques exige de la dictadura un esfuerzo por detener la degradación constante de la correlación de fuerzas con el proletariado. A la vez que recurre permanentemente a sus instrumentos de división y control de las luchas, crecientemente desbordados, tiene que intensificar la escalada represiva.

El proletariado ha reaccionado con una sucesión de combates de gran envergadura, como los desarrollados en torno a SEAT, Asturias e Imenasa, en 1971, en torno a Michelín, Bazán y Citroen, en 1972, en torno a Central Térmica y Motor Ibérica en 1973.

Una serie de rasgos inequívocos distingue cualitativamente la fase de luchas proletarias iniciadas en 1970 de la que abrieron las huelgas del 62. La extensión notable de las acciones a localidades sin grandes tradiciones de lucha y a sectores nuevos del proletariado. El incremento de la radicalización que comporta el auge de los métodos de lucha directa frente a la patronal, la CNS y la dictadura, en el que juegan un papel fundamental diversas formas embrionarias de organización democrática de las masas en lucha, así como un refuerzo de los reflejos de resistencia al aparato represivo. A caballo de esas dos características, preparada y facilitada por ellas, incrementándolas a su vez, se abre paso la tendencia a la generalización de las luchas.

En la base de estos procesos se halla el recorte de la capacidad de maniobra económica los capitalistas y sus constantes ataques a las condiciones de

vida y trabajo de la clase obrera; la acentuada erosión de los cauces de control y división de la CNS, a la vez que la incapacidad para flexibilizar la legislación laboral del Régimen; el aumento de la represión de una dictadura puesta a la defensiva que, lejos de amedrentar a las masas, acelera la ruptura de los prejuicios legalistas y pacifistas.

El aumento del coste de la vida, la sobreexplotación de los salarios y ritmos, las malas condiciones de seguridad, la eventualidad, empujan crecientes masas obreras a la lucha por encima de todos los obstáculos divisores. En algunos casos, es la crisis de una rama la que acentúa esta exigencia. Así, la minería, cuya aguda crisis la hacía ya explosiva en el período anterior, se ha mantenido en pie de guerra, a la vez que la crisis de la construcción, sector hipertrofiado en los años 60 sobre la base de la especulación, constituye el punto de partida de grandes movilizaciones (huelgas generales de la construcción de Madrid, Central Térmica...). Pero más allá de esas crisis sectoriales, el movimiento reivindicativo alcanza a las más diversas ramas y sigue teniendo su punta de lanza en el de la metalurgia, tanto por la radicalidad como por la envergadura y multiplicación de las acciones. En particular, hay un claro desplazamiento de las luchas a los centros fundamentales del sector: la industria automovilística y la de construcción naval. Y en cuanto al aspecto geográfico, si los viejos centros de Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa y Asturias, han seguido constituyendo con frecuencia las avanzadas del proletariado, junto a ellas se han situado sectores con tradición mucho menos, como Galicia o Navarra. Mientras, se produce desigualmente, una progresiva recomposición del movimiento obrero en centros fundamentales como Madrid o Sevilla, así como en menor medida, en poblaciones como Valencia o Zaragoza.

La oleada de dimisiones de enlaces y jurados de 1968-69, las múltiples protestas contra el anuncio de la Ley Sindical, en 1969-70, expresaban ya el profundo deterioro del aparato de la CNS, mientras se multiplicaban a lo largo y ancho del país luchas radicales de empresa, desbordando los cauces verticalistas. El alto porcentaje del boicot a las elecciones sindicales de 1971 marcaba un hito de este proceso, por el que afloraban procesos moleculares desarrollados en la conciencia de amplios sectores proletarios, conforme la experiencia desvanece muchas de las ilusiones incubadas en la década de los 60 y que celosamente tratan de mantener estalinistas y sindicalistas. En efecto, no se trata en modo alguno del capricho de núcleos minoritarios de luchadores, ni de reacciones temperamentales intempestivas de las masas en algunas zonas. Por el contrario, mientras el grueso de los grupos ultraizquierdistas o centristas que habían recogido esta experiencia de lucha directa en 1969-71 frustraban sus intentos de abrir una

alternativa global de independencia de clase; mientras el PCE aprovechaba el momento para denigrar el “sano” pero “errado” instinto de clase de las masas que boicotearon las elecciones sindicales ignorando sus consignas, los obreros no podían dejar de dar respuesta a la política explotadora del capital y al recrudecimiento de los métodos de resistencia de la dictadura.

El mecanismo de la CNS ha seguido imponiendo la división y el freno de las acciones con frecuencia, contando con la colaboración de las corrientes oportunistas para supeditar las luchas a las gesticulaciones de comisiones “deliberadotas” de la patronal y la CNS. Para bloque el camino a acciones de conjunto de los obreros y de un ramo o zona. De esta forma, las empresas pequeñas quedaban aisladas y eran fácil presa de la represión patronal y policíaca.

Sin embargo, una y otra vez el proletariado ha arrancado victorias parciales. Cada una de ellas significaba un estímulo para el impulso de nuevas movilizaciones. Ni las concesiones arrancadas, ni los golpes represivos han conseguido frenar de modo duradero la combatividad del proletariado. En cambio, éste ha desbordado una y otra vez los cauces de la CNS, mostrando una desconfianza creciente hacia las “deliberadotas” y el “Sindicato”. Con ello se acentúa la desautorización de los enlaces y jurados, temida como la peste por la dictadura. Mientras en ocasiones los obreros se han mostrando impermeables a todas las presiones para volver a aceptar a los enlaces y jurados, incluso cuando estalinistas y otros han conseguido mantener o reintroducir el marco de la CNS, la combatividad proletaria a duras penas ha podido ser contenida, arrinconando en gran medida los planes de una burguesía con escaso margen de maniobra. De ahí la multiplicación de los convenios devueltos y los laudos, el ritmo de desaposiciones y dimisiones de los enlaces y jurados, mucho más rápido que tras las anteriores elecciones del 66, y el desarrollo de gran cantidad de luchas pasando por encima de los convenios firmados.

La otra cara de este desbordamiento desigual de la CNS, de este auge de las formas de combate directo, es la imposición de las ásamelas obreras. Este ha sido un hecho generalizado a enormes sectores, sentando las bases de una dinámica de independencia de clase opuesta a la subordinación a la CNS. Por una parte, las asambleas asumen la responsabilidad de la adopción de plataformas y de los métodos de lucha directa de las mismas. Esto entraña una vía de negociación cuya expresión más acabada son las Comisiones elegidas por la asamblea con mandato imperativo para transmitir las reivindicaciones de los obreros y las respuestas de la patronal y otras instancias. La asamblea es la que adopta y aprueba todas las decisiones. Por otra parte, las asambleas tienden a tomar en sus manos la dirección de la

lucha en todos sus aspectos, exigiendo el control de los organismos de vanguardia tipo CCOO, que inician el impulso del combate e incluso elevando esta exigencia a un nivel superior: la formación de Comités elegidos y revocables para dirigir y coordinar los combates, la más elevada expresión de la organización democrática y unitaria de las masas en lucha.

En los años 60, y junto a las acciones de presión sobre la CNS (simple prolongación de la línea legalista en las empresas) el PCE se lanzaba al montaje de jornadas “democráticas” con una preparación desprovista de cualquier arraigo directo en la lucha de las fábricas. Frente a esta línea se alzaban las argumentaciones de los sindicalistas (“no hay condiciones”, “desarrollaremos antes la organización en la base”), cuya hostilidad hacia las propuestas de centralización de las luchas, principalmente en el plano de la calle, no era menos funesta que la forma de diluir esas exigencias por parte del PCE. Sin embargo, cuando con el cambio de coyuntura las grandes jornadas del partido stalinista empezaron a desembocar en grandes desastres, los argumentos de los sindicalistas adquirieron cierto crédito entre una escarmentada vanguardia. No pocos de sus puntos fueron recogidos, sin crítica alguna, por los nacientes grupos centristas de izquierda y ultraizquierdistas. Opuestos por principio a la convocatoria de manifestaciones centrales, se embarcaron muy pronto en la carrera de los comandos y otras acciones minoritarias “de la vanguardia”.

Pero en el actual período, el combate de masas en la calle y los enfrentamientos con los cuerpos represivos aparecen en la prolongación de las luchas reivindicativas tan pronto éstas adquieren cierta envergadura. La propia experiencia del movimiento de masas va rompiendo los compartimientos estancos impuestos por las direcciones en el período anterior: por un lado, la lucha reivindicativa encerrada en los muros de las fábricas (y en los cauces franquistas) y, por otro, la lucha en la calle reducida a pacíficas convocatorias “ciudadanas” del estalinismo, o a los sucedáneos izquierdistas (comandos). Continuando la dinámica del interior de las factorías (culebras, manifestaciones internas...) surgen en algunas acciones de empresas (y centros de estudio) nuevas formas de lucha dirigidas a su extensión (piquetes de extensión, manifestaciones de una empresa a otra...) que adquieren creciente influencia y alcance en las sucesivas luchas generalizadas. Reviste especial importancia la organización de los obreros en huelga de una zona mediante asambleas conjuntas de diversas empresas, que pueden constituir, apoyadas en una tenaz organización de la autodefensa, puentes consistentes entre las luchas de empresa y las acciones centrales de masa.

Contra toda esa experiencia, el PCE acentúa el enfoque “ciudadano” de las manifestaciones y jornadas, responsable fundamental de la decadencia de las manifestaciones centrales. Es más, ante la combatividad de las masas, que teme le desborde, sobre todo en momentos de lucha generalizada, no faltan casos en que se de la mano cínicamente con ultraizquierdistas para combatir cualquier forma de lucha masiva en la calle. Antes que permitir incluso que las masas transformen sus convocatorias “ciudadanas” en pasos hacia la Huelga General, prefiere “recuperar” la vieja tesis sindicalista acerca de una confluencia espontánea de diversas movilizaciones, condicionada puramente a una profundización del trabajo militante en los diversos sectores, etc. Es lo que hizo, con mayor descaro que otras veces, en las luchas de solidaridad con Central Térmica del Besós.

Mientras los ultraizquierdistas en crisis intentan aferrarse a los nuevos datos del período, que nunca habían previsto, para salvaguardar sus viejas argumentaciones declarando “superada” la convocatoria central como forma de lucha. Así, se colocan a remolque de los pasos que las masas dan espontáneamente y, junto con el PCIE, no sólo abandonan el esfuerzo específico de la vanguardia que resulta decisivo en el curso de luchas generalizadas, sino que trabajan positivamente en contra de una forma de lucha que pivota fundamentalmente en aquellas.

En la medida en que los recursos de la patronal y la dictadura se reducen rápidamente a la represión, el proletariado se ve forzado a defender sus movilizaciones y dirigentes en la línea de la acción directa, poniendo en primer plano reivindicaciones antirrepresivas y pasando a la resistencia de masas frente a los cuerpos represivos por el camino de Inmenasa, SEAT, Michelín, Ferrol, Central Térmica... Es el terreno abonado para la organización de la autodefensa a la que se siguen negando con obstinación redoblada estalinistas y la mayor parte de otras corrientes.

El esfuerzo realizado por la introducción y popularización de todo este conjunto de formas de lucha y organización constituye una de las aportaciones fundamentales realizadas por los trotskystas en los combates de estos años.

Las actuales condiciones de agravación de la crisis del capitalismo y del franquismo, ponen en primer plano las exigencias de la lucha de clase contra clase.

Sectores cada vez más amplios del proletariado sienten la necesidad de combatir como un todo, ampliando el radio de las acciones y pugnando por unificarlas por encima de las divisiones locales, sectoriales, categoriales,

frente a la compartimentación impuesta por los aparatos burocráticos de la dictadura y contra la represión. Este es el sentido de la extraordinaria propagación de reivindicaciones económicas unificadoras (como la de aumentos iguales para todos) y plataformas unitarias, así como de las consignas enfrentadas a la represión patronal y estatal (readmisión de los despedidos, fuera la policía de la fábricas, libertad para los detenidos), íntimamente ligadas a la lucha reivindicativa. En torno a ellas se extienden las luchas de solidaridad, abarcando a sectores más amplios del proletariado y enlazando a la vez con otras capas. A pesar de la negativa a organizar y preparar luchas de conjunto por parte de las direcciones oportunistas, a pesar del empeño por separar las luchas reivindicativas aisladas de las “jornadas democráticas”, la vía del combate generalizado aparece, cada vez más, como el único [¿método?, ilegible en original, N d E] eficaz para la imposición de las reivindicaciones, para enfrentarse a las agresiones del capital y la dictadura.

Consecuencia de todo ello ha sido la conformación de una amplísima vanguardia obrera y el surgimiento y reforzamiento por la base de los organismos más adecuados para vehiculizar ese impulso, las Comisiones Obreras de empresa y organismos parecidos. Sin embargo, la fragmentación y grupuscularización impuestas por la política estalinista han tenido como consecuencia que ese reforzamiento fuese muy por debajo de las posibilidades acumuladas por el ascenso arrancado desde el 70. A nivel de los organismos de coordinación, el retraso y las deformaciones son mayores aún.

**31.** Este cuadro de ascenso de luchas obreras y agudización de la crisis política de la clase dominante ha constituido el respaldo de un movimiento estudiantil mucho más amplio y radical que en el pasado.

Tras la crisis de la política estalinista en la universidad, los sectores de vanguardia que aquella crisis liberaba se mostraron incapaces de oponer una alternativa consecuente. Diversos grupos centristas prolongarían lo esencial de la táctica reformista de los estertores del SDEU, con la cobertura de un mayor radicalismo verbal. Bajo el impulso de las luchas internacionales de 1968, el ultraizquierdismo pasó a primer plano. Con él hicieron aparición formas de lucha más radicales, inspiradas en las tradiciones del movimiento obrero, pero siempre dentro de una temática academicista, ajena a la menor perspectiva política y a cualquier consideración acerca de la correlación de fuerzas. Estos intentos, que además se planteaban en un momento de breve retroceso de las luchas obreras, y que eran incapaces de conseguir una masificación consistente del movimiento, se estrellaron rápidamente contra la represión. A la

bancarrota del reformismo sucedería un período de crisis y fragmentación al infinito de la vanguardia estudiantil.

El primer jalón de recomposición del movimiento estudiantil fueron las luchas contra los Consejos de Guerra de Burgos. Estas prepararon una respuesta golpe por golpe a la aplicación de la Ley de Educación, que ha visto extraordinariamente accidentada su marcha.

Esta “reforma” rentabilizadora de la enseñanza en función de los intereses del gran capital y de la Iglesia, con un carácter ferozmente clasista y el contenido más opresivo, agravados por la profundidad del desfase del sistema educativo en particular y de toda la superestructura en general, así como por la debilidad e los medios de financiación, ha constituido el factor fundamental de relanzamiento de un amplísimo movimiento de la juventud escolarizada. Ante esa movilización, a la que se suma la de amplias capas del personal de la enseñanza, la dictadura no ha tenido otro camino que lanzarse a un curso de represión creciente, que fuerza al movimiento a adquirir una dinámica radical antirrepresiva, con visos anticapitalistas, sintetizada en las consignas “Abajo la Ley de Educación”, “Abajo la dictadura”. Reducidos a ceniza los proyectos de “cogestión”, la radicalización de los objetivos corresponde una extensión de las luchas a los más diversos distritos y un endurecimiento de las formas de combate. Los métodos de acción directa, siguiendo el eje de las asambleas, concentraciones y salidas en manifestación, han comenzado a sustituir la pasividad de las huelgas con ocupación, a la práctica de los comandos, características del período anterior. A través de una serie de duros enfrentamientos con las fuerzas represivas, los piquetes se convierten en práctica habitual de amplios sectores. Con estabilidad y orientación política variable, aparecen embriones de organización unitaria (comités de curso, comisiones) expresando el surgimiento de legiones de nuevos luchadores y la necesidad de superar la impotencia derivada de la cartolización de la vanguardia (su agrupamiento en estrechos círculos correspondientes a cada línea política), herencia del período anterior.

La pasividad del movimiento, el auge de las luchas del proletariado y el impacto que ejercen sus formas organizativas tipo compases obreros, favorecen esa tendencia, que se abre camino por encima de reveses inevitables mientras se retrase el desarrollo de una firme orientación revolucionaria. Las incomprendiones “izquierdistas” de esta dinámica, que subsisten todavía en forma minoritaria, no pueden tener otro papel que debilitar el movimiento y favorecer los intentos corporativistas de reintroducción de los “sindicatos democráticos” en una generación de luchadores que desconoce aquella experiencia liquidadora.

Tras verse incluso obligada a hacer algunas retiradas parciales, la respuesta de la dictadura no se ha hecho esperar. Desde 1972-73 un conjunto de medidas (en algún caso con una aparente finalidad puramente “rentabilizadora”) dirigidas desde diversos ángulos a la desmasificación del movimiento y al aplastamiento de su vanguardia, han sembrado el desconcierto entre sectores de estudiantes.

La razón fundamental de que desde entonces, la gran combatividad acumulada haya debido expresarse a través de contraataques dispersos, descansa en la incapacidad de las corrientes reformistas y corporativistas de vía estrecha; aún mayoritarias a escala de Estado, para digerir el significado político de la nueva etapa de luchas, impulsar los ejes más susceptibles de articular una línea de masas y fortalecer continuamente en el terreno de la acción contra la dictadura, los lazos del movimiento estudiantil con el proletariado militante. Al mismo tiempo, mientras estas corrientes no conseguían ya imponer su hegemonía absoluta, otros sectores de la vanguardia seguían entregados a un activismo minoritario, que marginaba cualquier preocupación por sentar las bases políticas y organizativas de una movilización masiva de estudiantes. Sin embargo, ninguno de estos factores ha podido impedir que los golpes de la dictadura siguieran enfrentándose a una persistente agitación y a la decantación de nuevas capas de luchadores.

El movimiento de estudiantes de enseñanza media, que en el período anterior no había pasado de dimensiones minoritarias, limitándose a reper4cutir las luchas de la Universidad, surge también masivamente en las acciones de diciembre de 1970. En las jornadas del 14 de febrero y 8 de marzo de 1972 se muestra ya conformado como un movimiento de masas a escala de Estado, capaz de ofrecer una resistencia notable a los ataques de la dictadura, así como prestar un apoyo decidido a las luchas obreras. Junto con el movimiento universitario, ha tenido una participación entusiasta en las respuestas obreras y populares contra la represión, a más de constituirse en factor de estímulo y de caja de resonancia de las movilizaciones del personal de la enseñanza, sanitario, etc.

Mientras el movimiento se extendía a los institutos y centros diversos de enseñanza media, de modo más incipiente iba penetrando también en núcleos de la juventud pre-obrera, ante todo en las Escuelas de Formación Profesional, salpicando incluso escaparates de la democracia del Régimen como son las Universidades Laborales. En el origen de estas acciones se halla la resistencia a las medidas de “rentabilización” que afectan también a esos sectores, empezando por el cierre de escuelas nocturnas, la clausura de

centro de formación profesional para concentrar su gestión directa en manos del patronato, la desvalorización efectiva de buena parte de esos estudios, las diversas medidas de selectividad y las trabas generales para el acceso a estudios superiores, la represión, etc.

Este proceso de radicalización mantiene lazos muy estrechos con el desarrollo de una franja cada vez más basta de jóvenes trabajadores que, en las barriadas y en las empresas han desempeñado un papel fundamental en el impulso de duras acciones de masa desbordando los métodos reformistas.

**32.** A la vez, diversos sectores de trabajadores, incluyendo a partes de las “nuevas clases medias”, han comenzado a lanzar a la acción tras los pasos del proletariado y, en algunos casos, alentados por el influjo del movimiento estudiantil.

Se trata, por una parte, de sectores con problemas cercanos a los del proletariado, con reivindicaciones parecidas, como es el caso de los bancarios, o los empleados de transportes públicos.

Como movimientos que han alcanzado mayor envergadura sobresalen los de los trabajadores de enseñanza y sanidad, enfrentados a la inestabilidad en el empleo, las bajas retribuciones, carencias de seguridad social, ausencia de libertades político- sindicales, necesidad de hacer frente a la represión...

Finalmente, franjas crecientes de las profesiones liberales dan muestras de agitación contra las reglamentaciones represivas y el mandarismo burocrático.

La angostura asfixiante de estos colegios, no es sino una expresión más de los obstáculos impuestos por la dictadura con que chocan todas estas capas en el mismo inicio de su radicalización. El choque con la CNS, el de los maestros de EGB con el SEM, forman parte de la misma problemática en su grado más agudo. La intervención de los cuerpos represivos completa el marco de todas estas luchas. Por ello, resultan prontamente liquidados los prejuicios e ilusiones corporativistas, legalistas y pacifistas hondamente arraigados en gran parte de la vanguardia de estos sectores por las direcciones estalinista, sindicalista y centristas de derecha. El avance de todos estos movimientos pasa por conseguir una mayor ligazón con el movimiento obrero, para incorporar las lecciones de éste a sus propias movilizaciones. Y esto plantea en forma aguda la necesidad de una

vanguardia comunista en su seno armada con un programa revolucionario proletario.

**33.** Por otra parte, la agudización de las contradicciones capitalistas y la dinámica de generalización de las luchas del proletariado, por la que éste mina su capacidad de ofensiva, minan inexorablemente las capas más oprimidas de la pequeña burguesía urbana tradicional dentro del marco de la dictadura. La pequeña burguesía sale lentamente de su apatía en el declinar del franquismo, se encuentra como el conjunto de las capas medias, desprovista de todo instrumento de expresión política. Los reiterados casos de solidaridad con las movilizaciones obreras constituyen la mejor promesa de una decantación de crecientes franjas del lado del proletariado.

**34.** La dura represión desencadenada contra los militantes nacionalistas de Euskadi y Catalunya muestra la impotencia de la dictadura para evitar el recrudecimiento de la cuestión nacional, que las limosnas culturales no podrán contener en el próximo período en parte alguna. Precisamente las respuestas a los juicios y la represión han sido el mejor revelador de la voluntad de combate que anida en las nacionalidades oprimidas.

**35.** El campo es el sector que registra un mayor retraso dentro del conjunto de la maduración de la crisis social. Pero la combatividad acumulada en el seno del proletariado agrícola fue expresada por los viticultores del Marco de Jerez (diciembre de 1969, enero 1970) mediante una huelga de cuarenta y cinco días de duración, pese a la reopresión combinada de los terratenientes, los jefes sindicales y la guardia civil. Jornaleros de explotaciones atrasadas y modernas y obreros no eventuales, irán pasando a la acción y en el curso de ésta avanzarán reivindicaciones afines a las del proletariado industrial, especialmente entre los trabajadores de las explotaciones capitalistas con mayor grado de mecanización.

El campesinado pobre sigue siendo una de las capas más oprimidas de la sociedad, agobiada por las cargas fiscales y el alza de los precios industriales, expoliado por multitud de intermediarios (que se simplifican en los últimos tiempos en beneficio de los monopolios y grandes empresas de transformación), víctimas, junto con el proletariado, de las desastrosas condiciones de asistencia social imperantes en el campo. Las “huelgas de la leche” han supuesto unos primeros pasos de revuelta. Las propuestas del campesinado pobre han podido hasta hoy ser ahogadas o canalizadas por las Hermandades de Labradores y Ganaderos, controladas por los grandes capitalistas y la burguesía acomodada, al precio de una demagogia “antilatifundista” y “antiverticalista”. No podrán ser acalladas ya por

mucho tiempo, en un período de crisis agudizada del franquismo, de movilización de un proletariado industrial que guarda mil lazos frescos con el campo.

**36.** Más allá del marco de cada uno de los movimientos sectoriales, salta a la superficie una creciente dinámica de convergencia de movilizaciones de las capas más diversas.

Una primera expresión es el auge de las movilizaciones de barrios o pueblos, en las que el proletariado y otras capas unifican su lucha contra el alza del coste de la vida, contra la represión, por cambiar las condiciones de vida (enseñanza, sanidad, transportes, vivienda, polución, planes urbanísticos...)

Pero, sobre todo, esta dinámica se expresa en los avances en la generalización de las luchas obreras que definen el período actual. Si desde mediados de los años 60 y, de modo decisivo, desde 1962, los embates del proletariado han creado pese a todas sus carencias subjetivos, el marco del mantenimiento de las movilizaciones de otros sectores oprimidos, a partir de 1970 este impulso ha llevado al movimiento de masas en su conjunto a un nuevo estadio: el de las acciones generalizadas de masa contra la dictadura, acrecentando el papel del proletariado respecto del conjunto de capas oprimidas. Con las movilizaciones por los Consejos de Guerra de Burgos, una amplia vanguardia del proletariado mostró su disposición a encabeza el combate de masas contra la opresión franquista. Las acciones de la clase obrera y el pueblo del Ferrol en 1972 señalando de nuevo el auténtico camino de la lucha de masas, concentrando en un solo impulso mil experiencias parciales que stalinismo y el sindicalismo habían pretendido falsear durante años, dando cauce a la acción de los más heterogéneos sectores de la población. Finalmente, las movilizaciones de Barcelona que arrancan de la lucha de Central Térmica, y la Huelga General de Pamplona den 1973 remachan estas experiencias, mostrando que los saltos gigantescos de diciembre del 70 y de la Huelga General del Ferrol han sido recogidos por amplios sectores.

En efecto, estas movilizaciones recientes son el resumen de toda la dinámica de las luchas obreras actuales (así como la pugna de las direcciones traidoras, y ante todo del PCEI, contra esa dinámica). Una vez más, la unidad y combatividad de los trabajadores se temple al margen de las vías que preconizan las direcciones reformistas, expulsando a la CNS y convirtiendo a la Asamblea en el centro de la lucha directa; la resistencia masiva a los zarpazos asesinos de la dictadura desatan inmediatamente una vasto torrente de solidaridad, que de de fábrica en fábrica y de tajo en tajo

arrastra a sectores de la pequeña burguesía tradicional y recibe el apoyo entusiasta y decidido de la juventud y de diversos sectores de asalariados.

**37.** Las movilizaciones de los últimos años significan una profundización decisiva del proceso de cambio en la correlación de fuerzas entre las clases abierto con la huelga de 1962.

Con ese cambio en la correlación de fuerzas culminaba el proceso de transformación de la dictadura militar-fascista, en una dictadura militar-bonapartista con rasgos fascistas.

Esta es la forma concreta que adopta la descomposición del franquismo reflejando la inestabilidad fundamental de una situación que significa la frustración del intento histórico del alzamiento contrarrevolucionario de 1936; expresando la fundamental incapacidad del Régimen para evolucionar, como no sea hacia una mayor grado de descomposición, patenten hasta el último momento para prescindir de los averiados aparatos burocráticos de corte fascista frente al desplazamiento permanente de la correlación de fuerzas a favor del proletariado.

El movimiento de masas ha resultado cada vez más incontenible con los recursos de esos aparatos burocráticos. Su crisis, iniciada desde principios de los años 50, se ha ahondado con cada avance de las luchas en el seno de un proceso de profundas distorsiones sociales. Y, contrariamente a las previsiones que adjudicaban tanto más la iniciativa de la lucha de clases al gran capital cuanto más éste la perdía, la dicta dura no ha podido “evolucionar” sobre la base de ninguna “integración” del proletariado y las masas. No sólo estaba cerrado el camino de una “evolución” hacia una democracia burguesa en sus formas más degeneradas, sino incluso el camino hacia un “Estado fuerte”. El ascenso de las luchas no ha podido ser “digerido” a través de una legalización o reconocimiento de hecho. Por el contrario, cada avance de las movilizaciones obreras y populares en sus objetivos, formas de lucha y organización, ha debido ser la respuesta a crecientes golpes represivos de la dictadura. A finales de la pasada década, brillaba por ausencia cualquier “apertura” dirigida a tender nuevas medicaciones institucionales que compensasen la evaporación de la base pequeño-burguesa fascistizante de la dictadura, la profundización del desgaste de los aparatos de encuadramiento fascista (como la CNS) o incluso su liquidación por el movimiento de masas (como el SEU), la simplificación progresiva y la crisis de los equipos del Régimen, ante todo del partido fascista, con el consiguiente estrechamientos de su base política.

Sin embargo, a lo largo de la pasada década, el gran capital había conseguido evitar la multiplicación de explosiones de la lucha generalizada, beneficiándose de la inestimable ayuda que supuso la plena hegemonía del estalinismo y el sindicalismo sobre una vanguardia proletaria sin tradiciones de lucha, que acumulaba prácticamente desde cero su experiencia política.

Pero estas mismas desigualdades en el proceso de reconstrucción proletariado, explican la precarización de la situación del equilibrio de fuerzas basada en el impasse de las dos clases fundamentales de la sociedad que funda desde comienzos de los años 60 la pervivencia de la dictadura, reflejándose en su cima. Desde entonces, en la cúspide del aparato policiaco-militar, la camarilla del dictador ha estado arbitrando los servicios de los diferentes clanes del Régimen, como palanca al servicio de la afirmación política directa del gran capital, a expensas de la burocracia falangista y parte de la Iglesia y el Ejército. Pero, al mismo tiempo, debiendo sostener a dichas fuerzas (necesarias frente al movimiento de masas) y sosteniéndose a sí misma, revela su papel de freno, su personificación de la inercia mortal de la dictadura.

La oleada de luchas generalizadas arrancada en los inicios de la presente década, supone una aceleración brutal de la dislocación de este inestable equilibrio. Dislocación a favor del proletariado, sin ser sancionada por ninguna legalización, ni adoptar las formas de un proceso gradual de “conquistas de zonas de libertad”, se expresa en el continuo desbordamiento de la CNS y las estructuras académicas, extendiéndose a nuevos puntos del cuadro legal (SEM, Colegios Profesionales, etc.); en la acentuada parálisis de la legislación laboral, en la bancarrota de los intentos de adecentamiento de la CNS y el fracaso de las asociaciones... Se expresa, en fin, en la extensión de las asambleas, en la experiencia de los comités elegidos y revocables, en el reforzamiento de los partidos y organizaciones obreras y de estructuras de frente único de tipo CCOO...

Sobre todo, en los 70-73, amplios sectores avanzados de la clase obrera han experimentado la posibilidad de la acción generalizada; su necesidad, en tanto que método de combate impuesto por la resistencia de la clase dominante y su Régimen: su capacidad de imponer retrocesos a la dictadura. Los golpes represivos no pueden ya evitar que las luchas obreras ganen amplitud y combatividad, estimulándose intensamente unas a otras, conforme franjas siempre renovadas de luchadores constatan la incapacidad del sistema para satisfacer exigencias agudizadas a lo largo de un prolongado período de explotación y opresión. Con la incorporación de nuevos sectores oprimidos al combate, el proletariado incrementa pese a las

fluctuaciones del ascenso, su iniciativa en la lucha de clases, empujando la evolución de la correlación de fuerzas hacia un estado que precipitará la descomposición abierta de la dictadura.

En estas condiciones, incluso los patronos “ilustrados” de los años 60 son los primeros en exigir una mayor eficacia a la CNS y a la policía en la represión de los trabajadores. Pero ni siquiera en los medios oficiales existe el menos entusiasmo acerca de la eficacia de la “Ley Sindical” y de las elecciones de 1971, de la farsa del “Congreso Sindical” de 1973 ni de las posibilidades de las “nuevas reglamentaciones de los convenios colectivos, a la hora de detener la intensificación de los ritmos de desbordamientos de la CNS.

Al mismo tiempo, cobra tonos cada vez más amenazadores el vacío que supone la inexistencia de estructuras capaces de vehicular políticamente a la pequeña burguesía tradicional y a las nuevas capas medias, en un período en el que se acelera la radicalización de sectores de las mismas.

Por otra parte, ni la represión ni las parrafadas aplacan una agitación contra la opresión nacional, cuestión que tanto el gran capital como algunos grupos ultraizquierdistas creían definitivamente zanjada.

Los continuos retrasos y distorsiones de las negociaciones concordatarias son una de las expresiones del proceso de ruptura del statu-quo de 1939 entre el Régimen y la Iglesia. Las jerarquías de ésta, comprometidas hasta el cuello en los crímenes de la “cruzada” y de la “paz” posterior, han debido ensayar un movimiento de distanciamiento de la dictadura, aconsejado por el Vaticano, intentando paliar sus contradicciones internas y situarse en mejores condiciones de cara a la fin del franquismo, para colaborar una vez más con el capital en la derrota de las masas. Todo ello a cambio de la renuncia a ciertos privilegios oficiales, que en nada compromete las prebendas materiales y los resortes de influencia política e ideológica fundamentales, pero la crisis profunda de movimientos tipo JOC y HOAC, la insubordinación de amplios sectores del bajo clero, reflejando la exacerbación de las contradicciones sociales, ponen de manifiesto el retraso de esas maniobras y los frenazos a que se ven sometidas por una jerarquía temerosa de ser desbordada.

Queda pendiente igualmente el problema del lugar “orgánico” del Ejército que, adjudicándole su papel tradicional de columna vertebral de la seguridad del orden burgués, le expongá lo menos posible a la “contaminación” derivada de una constante intervención represiva directa en la lucha de clases, descargando las “tareas ordinarias” en unos cuerpos

policíacos pletóricos, auxiliados por el desarrollo de bandas fascistas, a partir de la descomposición de la Falange y de la decantación de otros sectores integristas exasperados por el ascenso. Pero los acontecimientos de diciembre de 1970, la ocupación de la BAZAN en 1972, la utilización intensiva de los tribunales militares, la agitación ultrarreaccionaria el 1º de mayo de 1973, etc. Anticipan que esto no será tarea fácil.

Los últimos años no han hecho más que aumentar el deshilachamiento y adelgazamiento de las bases políticas del Régimen. La Falange, como afirma un viejo jerarca “se halla en estado gaseoso”. La exasperación del clima “desarrollista” y la agudización de la lucha de clase han acelerado el proceso de desgaste del Opus, gran vencedor del “reajuste” de 1969. Mientras los escándalos mostraban a la luz pública su utilización de los recursos del Estado para transformarse en una componente más de la oligarquía financiera, y fracasaban sus intentos de cubrir con gestos “dinámicos” un largo rosario de frustraciones de la política exterior, la lucha de clases refutaba todas sus declaraciones de “liberalismo reprimido”. Pero, a la vez, subrayaba la ineficacia, denunciada con júbilo por los burócratas y clanes más reaccionarios, ansiosos de revancha, de la larga carrera de golpes represivos de los últimos años. Su reinado, entre ametrallamientos de Erandio y la respuesta masiva al asesinato de Manuel Fernández Márquez, de Central Térmica del Besos, ha sufrido día tras día la marca, que finalmente le ha carcomido, de la conmoción que significaron los Consejos de Guerra de Burgos.

El Gobierno de Carrero Blanco, (gobierno de saldos y retales de la gran liquidación del Régimen) es una clara muestra del avanzado desgaste de todos los clanes oficiales, en ninguno de los cuales el gran capital puede reconocerse plenamente. Pero la dictadura permite la pervivencia de esos grupos, enzarzados en dura pugna por seguir cortando el cupón y dificulta al extremo la formación de nuevos equipos políticos, más aptos para que el gran capital pueda afrontar los temporales que se avecinan. Así lo prueba la suerte de la propuesta de “Asociaciones políticas” lanzada a fines de los 60, ligada a la de una reforma de la Ley del Régimen Local y del reglamento de las Cortes. Incluso esa estrecha rendija pseudodemocrática ha sido tapiada una y otra vez.

Pero bloquear los problemas no es solucionarlos. Con cada golpe de la lucha de masas, que iluminaba la parálisis política de la clase dominante, se han hecho oír en los últimos años y en las mismas orillas de la dictadura las voces favorables a la “apertura”, cuando apenas se han apagado los ecos de las grandes movilizaciones, empieza a zumbir en la periferia del Régimen el enjambre de los partidarios de “acelerar la evolución política”, que

permitiría “entrar en el Mercado Común”. En él han revoloteado sectores del Opus, funcionarios franquistas sin empleo, equipos como el de “YA”, tráfugas de la “revolución nacional-sindicalista” a la “evolución socialista democrática”, e incluso de la “oposición democrática” al aperturismo dentro del Régimen, en el intento de componer un “centrismo” tan apartado de los “excesos” de la “subversión”, como de las bandas integristas de Blas Piñar.

Pero, sean las que fueren las nuevas fórmulas (“tendencias” basadas en las “grandes familias del Régimen” o cualquier otra forma de “orquestrar en contraste de pareceres” bajo el signo de los “Principios del Movimiento”), para una “apertura modesta”, que ya fue descartada en los años 60, resultan hoy mucho menos viables en presencia de un ascenso más vasto y radical de las luchas. Bajo el impacto de los golpes del movimiento de masas cualquier intento por esa vía no hará más que acelerar la crisis de descomposición que pretende contener y será inseparable de una paralela galvanización de los partidarios del gran garrote.

En 1970-73 se expresa con la mayor claridad lo que ya se desprendía de la descomposición de la dictadura en el período anterior. Los acontecimientos no sólo han echado por el suelo las tesis que reflejaron con mayor coherencia las ilusiones “evolucionistas” dentro del movimiento obrero y popular (Claudín, FLP, Acción Comunista). Han dejado también muy claro el carácter liquidador de la línea carrillista de subordinación de las luchas de masas a una función de presión demostrativa sobre el gran capital y su Ejército en la perspectiva de un Pacto capaz de desplazar pacíficamente a la dictadura. Descartada cualquier perspectiva de “democratización” por donde puedan abrirse paso las reivindicaciones económicas y políticas de las masas, la respuesta al ascenso de las luchas con un continuo reforzamiento del aparato represivo condena, también por último, al utopismo, cualquier esperanza puesta en un desmoronamiento de la dictadura desde dentro o una abdicación pasiva de sus fuerzas constituyentes. Impone como única vía para la consecución de las reivindicaciones obreras y populares la de la acción directa revolucionaria de masas.

El interrogante planteado ya a fines de la pasada década no era, por tanto, “¿Después de Franco qué?”. Era apreciar si en el mortero de las contradicciones sociales, comenzaba a reunirse la carga cuya acumulación hará saltar en pedazos la dictadura. Los años 1970-73 han dado una respuesta decisiva a este interrogante. Los avances hacia la generalización de las luchas han escrito la sentencia de muerte contra la dictadura asesina.

**39.** Estas nuevas condiciones implican también la introducción de cambios cualitativos en las relaciones entre la clase y sus direcciones. Se expresan en el continuo desbordamiento de las directrices reformistas por el movimiento de masas: en la agudización de los conflictos entre los militantes y las direcciones que detentaron una hegemonía indiscutida en los años 60, facilitando la cristalización de una amplia vanguardia obrera fuera de su control.

Desde comienzos de la década, el PCE se enfrenta a una violenta agravación de todos los factores de crisis que habían venido madurando en el período anterior. Sus pasos cada vez más descarados en la adaptación a las necesidades de la burguesía, en un momento en que las contradicciones agravadas del imperialismo y el auge de la lucha de masas, apiñan más que nunca a los capitalistas en torno a la dictadura, entran en conflicto abierto con las exigencias de unas luchas obreras y populares formadas a desbordar constantemente las prácticas de colaboración de clase. El alcance de este proceso y sus repercusiones en el seno del PCE se refuerzan por el hecho de que la ausencia de estructuras legales de tipo sindical comporta un control más débil del movimiento de masas y de su franja de vanguardia organizada.

Conforme el avance de la crisis imperialista, repercutiendo sobre el eslabón más débil del capitalismo español, pone en pie un movimiento de masas cada vez más poderoso. Se agudiza la bancarrota de la dictadura. Y con cada embate de las masas, la dirección del PCE insiste al gran capital en la necesidad de arrinconar al franquismo “antes de que sea demasiado tarde”. Pero el mismo impulso de las masas resalta los riesgos que supondría para el gran capital prescindir de la dictadura. De ahí la puja de la dirección stalinista en el ofrecimiento de garantías, en el rebajamiento de las “bases mínimas” de la “fase” de libertades políticas que propone como contenido del “Pacto por la Libertad”.

En este proceso se interfieren las repercusiones de la crisis mundial del estalinismo. Las actuaciones contrarrevolucionarias de la burocracia soviética en Checoslovaquia y Polonia se situaban en la misma línea de fondo que la traición del PCE a las luchas del Estado español. Pero arruinaban la imagen del “socialismo con rostro humano” que la dirección del PCE había fabricado laboriosamente para desvanecer los temores burgueses interpuestos en el camino del “Pacto por la Libertad”. Esta fue la razón de la desaprobación de la conducta del Kremlin por parte de Santiago Carrillo, en mayor medida que las presiones de base.

Pero las burocracias de la URSS y sus satélites del Este, en su decidido apoyo al “orden” burgués europeo, no han vacilado en pasar más y más por encima de este PC “contestatario”, al que tampoco consideran suficiente garantía. Coquetean directamente con el Régimen franquista (Conferencia Europea de Seguridad, establecimiento de relaciones diplomáticas y toda clase acuerdos comerciales), tras apoyar directamente la represión de los mineros asturianos mediante el envío de carbón polaco. Con ello no sólo privan al PCE de bazas como la que suponía presumir, en sus ofertas a la burguesía, de las llaves del Este. La fracción de Lister fue una clara advertencia de los pasos a que está dispuesta la burocracia soviética. La dirección carrillista, conforme se relajan sus lazos con Moscú, (que sin embargo no puede romper so pena de dislocar completamente al PCE), refuerza sus tendencias nacionales reformistas, ofreciendo a la burguesía nuevos sillones en la mesa de los acuerdos “antifranquistas”.

Así, últimamente hemos asistido a los esfuerzos de la dirección del PCE por salir al paso de las gesticulaciones de los “centristas”. Santiago Carrillo se ha esforzado por competir con las propuestas “liberalizadoras” de estos personajes del litoral de la dictadura.

El temor del capital ante las masas puso enseguida en primer plano a Carrero Blanco, la CNS, la represión, arrastrando a la espuma “centrista” al desagüe de la impotencia. Pese a ello, en el mismo momento en que la dictadura anunciaba nuevos refuerzos de la represión, la dirección del PCE persistía en sus esfuerzos por responder a las preocupaciones “centristas”. El VIII Congreso respondía a la necesidad de poner en onda a todo el PCE tras un refuerzo de sesgo ultraoportunisto del “Pacto”, presentado más que nunca de modo que los “hombres políticamente inteligentes de la burguesía pudieran ver en él “un paso indispensable para inaugurar una nueva política de la burguesía en España”. (Mundo Obrero nº 31, 24-1-73)

Esto imponía un mayor celo por limar todos los aspectos de la intervención en el movimiento de masas que aún pudieran favorecer las “resistencias a la unidad” por parte de los “hombres políticamente inteligentes de la burguesía”. Con el pretexto de no “aislarse del movimiento de masas”, la dirección del PCE exige una absoluta subordinación de toda la intervención de su organización a estas súplicas al gran capital. Más que nunca se trata de mantener a rajatabla la línea de presión de pasas, con la consiguientes acentuación de legalismo, el pacifismo y, sobre todo, la fragmentación de las luchas obreras y el aislamiento de los distintos movimientos, de cortar la dinámica de generalización poniendo palos en todas sus ruedas, empezando por el desbordamiento de la CNS y por la recomposición de CCOO. A la vez, la dirección estalinista española debía reiterar sus críticas

“antiburocráticas” a Moscú para acrecentar su credibilidad ante la burguesía, intensificando sus protestas verbales ante cada paso en el reconocimiento real del Régimen, que desvaloriza sus propias propuestas.

Pero el curso ultraoportunisto de la dirección del PCE choca de modo ya frontal con todas las tendencias fundamentales del desarrollo de las luchas, en particular el creciente peso de las formas de combate directo y las exigencias de generalización. Los sectores de vanguardia obrera y juvenil escapados al control del PCE, han constituido un factor de hostigamiento permanente, si bien parcial y limitado por las diversas deformaciones ultraizquierdistas y centristas.

De este modo, aunque los lazos del PCE con el proletariado le adjudiquen un lugar hegemónico en el nuevo ascenso, su desbordamiento constante por parte de las masas en luchas, la presión de sectores de vanguardia fuera de su control y la repercusión de todo ello en su propia base, han acumulado obstáculos constantes en la plasmación de su política. No era fácil convencer a la burguesía de su capacidad de control sobre las masas (pieza clave del ofrecimiento) cuando éstas boicoteaban masivamente en amplios sectores del proletariado las Elecciones Sindicales de 1971, cuando se multiplicaban las luchas de empresa radicales, el movimiento estudiantil seguía frecuentemente métodos sin relación alguna con la política estalinista e, incluso en otras capas, aparecían focos que no aceptaban esa línea. Y mientras, Enrique Lister, patrocinado por el Kremlin, encabezaba una escisión.

Por ello, sólo cuando a mediados del 72 las luchas obreras mostraron un leve retroceso, Lister se vio reducido a un grupúsculo y casi todos los grupos centristas o “izquierdistas” eran víctimas de una aguda crisis, la dirección del PCE se apresuró a montar su VIII Congreso. Y aun en estas condiciones, tal congreso tenía que ser uno de los más burocráticos de la historia del PCE, alejado de cualquier influencia de la base militante, o incluso de cuadros intermedios, que no se enteraron de su preparación.

Sin embargo, todas las contradicciones siguen en pie tras el VIII Congreso. El PCE sólo ha podido llevar adelante su línea al precio de desenmascarse ante amplios sectores, con traiciones como la de Barcelona en las movilizaciones de solidaridad con Central Térmica.

**40.** El estrechamiento de los márgenes de maniobra de la política de colaboración de clases arrastró también a las corrientes sindicalistas que en la pasada década compartieron con el PCE la hegemonía sobre la vanguardia obrera. La profundización de la crisis del franquismo, la

pérdida de esperanzas en el camino de la utilización de cauces legales, ha facilitado la radicalización de la base del sindicalismo, enfrentada a las necesidades concretas de las luchas. Durante un período, los dirigentes sindicalistas han tratado de defenderse y sacar, a su vez, partido de la crisis del PCE, apartándose de las CCOO dirigidas por éste, “enrojeciendo” su fraseología y echando la culpa de la crisis de CCOO a la orientación del PCE por poco clandestina y demasiado política. Esta involución tradeunionista, que se traduce en el empeño renovado de construir CCOO como embrión de sindicato de clase bajo la dictadura, ha sido absolutamente inadecuada para dar una respuesta a las nuevas condiciones en que debían desenvolverse las luchas, agravando la crisis de esta corriente que, si bien recibe permanentemente un flujo de trabajadores a partir de diversos organismos católicos, cada vez vive más como parásito de los retrocesos del movimiento obrero, constituyéndose en vivero de determinados grupos centristas.

La socialdemocracia y el anarquismo tampoco han podido sacar partido de esa crisis para recuperarse sustancialmente del desplazamiento que sufrían ya a comienzos del 60.

El PSOE no puede permanecer al margen del curso de reorientación táctica operado por algunos de sus congéneres europeos, y cuya muestra más significativa ha sido la firma por el PS francés del “Programa Común”, junto con el PCF y los radicales de “izquierda”, y su inserción en la Unión de la Izquierda, embrión de Frente Popular. En efecto, diversas direcciones socialdemócratas, en busca de medios para reponer sus lazos deteriorados con el movimiento obrero, condición para poder jugar eficazmente su papel de agencias del imperialismo ante el auge creciente de las luchas, deben dejar de lado la política de alianzas con las fuerzas burguesas conservadoras seguida desde la guerra fría y tejer pactos electorales con los PC, así como renovar sus relaciones con las burocracias sindicales. El nuevo eje de “coexistencia pacífica” permite a la burguesía ver con buenos ojos esta operación. El hecho de que su mediador en Francia haya sido un político burgués, F. Mitterrand, es altamente revelador.

Determinadas fuerzas burguesas “democráticas” están dispuestas a cubrir ese papel en nuestro país, trabajando porque la dirección del PSOE, sin abandonar por el momento los sillones de que dispone en el “gobierno Vasco” (con exclusión del PCE), acelere su inserción en el Pacto para la Libertad, de cuyos organismos forma parte en diversos puntos (Cataluña entre ellos). Entretanto, la dirección del PSOE intenta sacar de la actual situación de CCOO una coartada para seguir manteniendo a su fracción “sindical”, la UGT, en una existencia “aparte”. De esta forma, las

direcciones estalinista y socialdemócrata, al mismo tiempo que compiten, por separado o al alimón, por la favoritismo de los aliados burgueses, hacen cuanto está en su mano por mantener la división del movimiento obrero. Los llamamientos del PCE y de su fracción en CCOO a la incorporación de la UGT a las mismas, son del mayor cinismo en tanto las CCOO se ven aquejadas por la marca de burocratismo y fragmentación que les impone la política de colaboración de clases. Todo ello no obsta para que las mencionadas direcciones lleguen a acuerdo “de combate” tantas veces se ven directamente comprometidas por la necesidad de organizar conjuntamente las traiciones más descaradas (huelga de la construcción de Madrid y huelga de la Naval de Bilbao en 1972).

Pero el mayor obstáculo del “ala izquierda” de los burgueses “liberales” favorables a estos planes, es la debilidad y anquilosamiento extremos del PSOE. Y este obstáculo no puede ser superado por la vía de un cambio de signo de los acuerdos electorales y de los pactos con un sector u otro del aparato sindical como en los países con formas democráticas burguesas, a las que está consustancialmente unida la socialdemocracia. Y las condiciones de lucha impuestas actualmente por la dictadura franquista no son las más adecuadas para que la socialdemocracia, junto con los viejos núcleos anarcosindicalistas, puedan remontar la total incapacidad de organización de la clase de que ha hecho gala a lo largo de más de 30 años. A esto se añade el que la misma política del PCE no le deja en muchas ocasiones otros caminos que el de la fraseología “de izquierda” (vgr., la abstención frente a las elecciones sindicales de 1971) o el arropar a la esquelética UGT con formas unitarias tipo CCOO, caminos por los que no puede ir ni demasiado lejos, ni por mucho tiempo: una muestra de ello es el estallido inmediato de cuantos intentos ha efectuado de relanzar por esta vía a la Juventudes Socialistas (Sevilla y Barcelona son los últimos casos).

## **6) La permanencia del proceso revolucionario y la crisis de la dirección comunista**

**41.** Tras la IIª Guerra Mundial, al aplastamiento del proletariado bajo el franquismo se unía su desmovilización en Francia e Italia y el abandono por Stalin de los revolucionarios griegos a la más brutal represión. Entretanto, en el Este, la dictadura de una casta burocrática impedía a los trabajadores el ejercicio del poder político. Así en el camino de la unificación proletaria, camino de lucha contra la explotación de los monopolios y contra la usurpación burocrática, se interponía una cadena de obstáculos que imperialistas y burócratas reforzaban complementándose.

En la Europa burguesa, la histeria anticomunista, alimentada por los crímenes del Kremlin y sus lacayos y azuzada por las campañas divisoras de los partidos socialistas, se unía a la política de colaboración de clases de socialdemócratas y estalinistas para prolongar la desmovilización obrera. En Europa del Este, las burocracias explotaban el temor a la intervención imperialista (alimentado por la creación de la OTAN y el rearme de Alemania) como tapadera para justificar la expropiación política de las masas. Así, los trabajadores europeos tenían la impresión de hallarse bajo un statu quo inamovible, garantizado por dos superpotencias que no dejaban tácitamente de apoyarse entre sí para mantener su dominación.

Sobre esta base, los imperialistas europeos pudieron lanzarse a la constitución del Mercado Común. Este proyecto traducía las contradicciones insalvables del imperialismo, puestas de relieve inmediatamente tras el período de reconstrucción de postguerra. Apenas restauradas las economías burguesas, aparecía la necesidad de un sistema mundial planificado, preparado por toda la marcha del capitalismo, pero que sólo la revolución socialista podrá satisfacer. El MCE era una expresión cicatera, rapaz y estrechamente reaccionaria de tal necesidad.

Pero la Huelga General de 1960 y las huelgas de Asturias de 1962, expresaban la puesta en pie de la única clase capaz de realizar la unificación europea y mundial.

Con la decisiva recuperación del proletariado, en el marco del ascenso mundial disparado desde 1968, quedan lejos los tiempos de profunda desmoralización de postguerra. Desde los años 20 y 30 no se habían producido huelgas como las que han llenado la crónica de estos últimos años en los más diversos países. Y las perspectivas abiertas son tanto más

amenazadoras para el statu quo, cuanto mayor es la posibilidad de convergencia de tales luchas con el relanzamiento de las masas sometidas a las burocracias del Este, combate que no detendrán por mucho tiempo las “normalizaciones” de esas castas parasitarias.

Aunque haya mejorado su posición con respecto al competido yanqui, el MCE sigue sujeto a las contradicciones que desde el principio lo minan. Los intereses de cada burguesía europea siguen sin ser abolidos: si bien se ahogan [“abogan” en original, N d E] dentro de las fronteras “nacionales”, también son incapaces de emanciparse de las mismas. No pueden prescindir de unos estados “nacionales” necesarios para mantener a raya a las masas explotadas y oprimidas, en el cuadro de la competencia acentuada con el imperialismo yanqui. Por otra parte, los tentáculos de éste traspasan de punta a punta la Europa de los trusts. La agravación de la crisis capitalista no se encierra en los límites de USA. Pesa sobre el conjunto de las economías del MCE, no sólo competidoras, sino también solidarias de la norteamericana, y afectadas por la misma decadencia. La inflación y la concurrencia carcomen todos los proyectos de la “nueva” Europa. Los trusts sólo van a disponer de una salida: acentuar el control de salarios mediante la “política de rentas”, que implica nuevos esfuerzos por integrar a los sindicatos en el Estado, desmantelar servicios sociales... Pero la realización de esos ataques a las condiciones de vida de los trabajadores necesitaría, para su pleno éxito, quebrar a un movimiento obrero que se ha reconstruido, precisamente, desmontando uno tras otro esos intentos en los últimos años. La caída de De Gaulle es una muestra.

Desvanecidos los “milagros” económicos, en pie de guerra la clase obrera, el proyecto de la “Comunidad Europea” es el de una Europa unida en el paro y en el ataque a los salarios, en las legislaciones antisindicales, en las leyes “antiterroristas” que destruyen las libertades democráticas en el carrera hacia el “Estado fuerte”, en la aparición de milicias patronales y en el desarrollo de organizaciones fascistas; en el internacionalismo policial (pacto anti-irlandés de Londres y Dublín) de una Santa Alianza de la que el proletariado y las masas de Europa no puede esperar más que la opresión y represión en todas sus formas. Esto es lo que de “común” tiene ese Mercado, ante el que se prosternan las castas burocráticas pequeñoburguesas del Este y la R. P. China, en nombre de la “contradicción secundaria” con el imperialismo yanqui.

Pero es ascenso de la lucha de masas en todo el mundo, mina decisivamente la relación de fuerzas sobre la que se sostiene el dominio de las burocracias de los Estados obreros degenerados o deformados. Estas burocracias, gravemente golpeadas por un proceso que de nuevo avanza

hacia la revolución política, no pueden contenerlo sin intensificar su colaboración con el imperialismo mundial en todos los terrenos.

Destruídas las bases de los equilibrios que habían pretendido establecer los pactos de Yalta-Teherán-Postdam primero, y de Jrushev-Kennedy luego, el nuevo ascenso revolucionario mundial mueve a Washington, Moscú y Pekín a realizar un nuevo reparto de tareas contrarrevolucionarias. El estrangulamiento de la revolución indochina ha sido el primer objetivo primordial de los nuevos ascensos cuyas garantías han exigido ya de las burocracias rusa y china una contribución fundamental a la lucha contra las explosiones revolucionarias de Ceilán, Bengala, Oriente Medio, etc.

Este empeño contrarrevolucionario alcanza elevadas cotas de concentración en Europa. El apoyo tácito recíproco en la “normalización” de las respectivas zonas de influencia se puso de manifiesto en 1968 con el Mayo francés y Checoslovaquia; en diciembre de 1970 en las actitudes ante las luchas contra los Consejos de Burgos y la insurrección polaca.

Más allá de estos casos, el Kremlin desarrolla una activa política de sostenimiento del “orden” europeo. Compitiendo con Pekín en prestar el más decidido apoyo al MC, plantea a la vez la “Conferencia de Seguridad Europea”, que expresa su necesidad vital de cerrar el paso a una ascenso proletario en la Europa capitalista, que repercutiría inmediatamente en las masas de los países del Este, incluida la URSS, recorrida ya por crecientes procesos de agitación.

La red de aparatos estalinistas y cada uno de los PC experimenta crecientes contradicciones derivadas de sus tareas de apoyo a la Comunidad de los truts frente a unas masas que han entrado en el camino de grandes luchas de clase.

Uno de los pilares del “orden” europeo más comprometidos por la crisis imperialista y el ascenso de las luchas de masas, es la dictadura de Franco, a la que Washington presta el más declarado apoyo político, incorporándola a diversas faenas de peonaje de la diplomacia imperialista: constituida de hecho en reserva de tropas auxiliares de la OTAN, presta un papel “mediador” en Latinoamérica, Países Árabes, Africanos, etc. Esta es también la actitud de fondo de los gobiernos de la “Europa libre”. En particular, el gobierno francés, el más directamente amenazado por las implicaciones de la lucha de masas contra el franquismo, no se contenta con el apoyo militar y diplomático, sino que multiplica las medidas de colaboración con la represión franquista para el desmantelamiento de las

organizaciones obreras del Estado español, el control y represión de los emigrados y exiliados, etc.

Las burocracias no quedan atrás en solidaridad. Las relaciones diplomáticas con Pekín no son sino un pálido reflejo del conjunto de operaciones realizadas por las burocracias de Moscú y demás países del Este, mucho más amenazados por el peligro de una revolución en el Estado español, La fraternal participación de los artistas soviéticos en festivales franquistas como los del 1º de Mayo, la invitación a la dictadura a formar parte de la Conferencia de Seguridad Europea, no son sino síntomas de una actitud sistemática y coherente que no se limita a los acuerdos comerciales y relaciones diplomáticas, sino que implica el apoyo a la continuidad del Régimen en el cuadro de una monarquía juancarlista azucarada, según las posiciones avanzadas desde hace años por Izvestia.

**42.** En este marco, el capitalismo español, que no ha podido adaptar sus técnicas a los niveles existentes en los principales países imperialistas, tiene en cambio que vérselas, en un período en que la crisis internacional le prepara duros golpes, con un ascenso de las masas que adoptan métodos de combate de entre los más avanzados del continente, y entretanto, los aparatos burocráticos fascistas con lo que ha podido aplastar a los trabajadores durante decenios, se hallan en un estado de avanzada descomposición, que convierte la crisis política de la burguesía en una de las más agudas de Europa.

Es cierto que la descomposición de los aparatos de corte fascista o semifascista (CNS, Hermandad de Labradores y Ganaderos, SEM, etc.) se produce con notables desigualdades entre las diversas zonas, ramas, localidades, así como entre esos diversos aparatos, sobre todo, presenta un cariz muy distinto a la situación del dispositivo represivo-policíaco-militar. Éste no ha sufrido aún una dislocación seria bajo los golpes de la lucha de clases. Más aún, de modo paralelo al proceso de descomposición de las estructuras de encuadramiento burocrático, ha sido constantemente fortalecido y perfeccionado hasta niveles que no tienen nada que envidiar comparativamente con países capitalistas más desarrollados (con cuyos dispositivos se conecta estrechamente).

Este proceso refleja las desigualdades de la reconstrucción del proletariado y las masas oprimidas, a través de combates por los que las grandes transformaciones sociales de la pasada época cobran expresión política, se disipan ilusiones en la posibilidad de sacar nada en limpio de la utilización

de los cauces de la legalidad franquista, avanzan las experiencias de la lucha directa de masas y se agudiza la crisis del estalinismo.

Y no se trata de un simple reflejo pasivo. La dictadura interviene activamente en el mantenimiento de esas desigualdades, fragmentando las oleadas de lucha, aislando los focos de combate más virulentos, dificultando la centralización de procesos de agitación ya en marcha, segando periódicamente a sectores de la vanguardia. Este respaldo de los aparatos burocráticos, que entorpece un proceso generalizado de desbordamiento del Régimen, y que secundan las orientaciones legalistas y pacifistas del estalinismo y otros oportunismos, proporcional al gran capital márgenes de maniobra que le han permitido retrasar una y otra vez los grandes enfrentamientos incubados en el período.

Sin embargo, cada momento de respiro conquistado por el gran capital gracias a la dictadura, aumenta la autonomía de los aparatos de éste respecto de los procesos económicos y sociales cuyo impulso ha respaldado históricamente, y que hoy se halla en la más profunda contradicción con toda la maquinaria estatal. Cada oleada significativa de luchas, acentúa la crisis de los mecanismo burocráticos de control e impone nuevos refuerzos del aparato represivo-policíaco-militar, sobre el que descansa de forma cada vez más exclusiva la dictadura, izándose sobre el vacío abierto por la descomposición más rápida del resto de instituciones. La dictadura se sobrevive para defender el sistema de explosiones generalizadas, al precio de hacerse insustituible, de impedir la más leve “evolución” que permita al gran capital afrontar mínimamente las necesidades políticas de su hegemonía. Al precio de acumular con ello las condiciones de mayores enfrentamientos.

De este modo, las contradicciones exacerbadas de este capitalismo en la actual situación mundial le hacen aferrarse a la vieja maquinaria franquista, cuya continuidad sin Franco encarna la monarquía del 18 de Julio. Ningún sector de la burguesía está interesado en abrir cauces a un movimiento de masas que desbordaría inmediatamente los estrechos márgenes del sistema amenazando la dominación del capital. Ningún sector del imperialismo internacional ni de las burocracias de los Estados obreros está tampoco interesado en ello. El Movimiento Nacional debe “sucederse a sí mismo”. Y al jurar sus “Principios”, Juan Carlos, simbolizaba la voluntad de una clase de preservar su dominación ensamblando la vieja historia de crímenes y felonías de la monarquía borbónica contra el pueblo, con los de la dictadura franquista.

Y es que existen más razones que en cualquier etapa anterior para que el gran capital no pueda contar con un recurso mejor que el mantenimiento de la dictadura franquista para hacer frente al auge de los combates obreros y populares. Sin embargo, la subsistencia de esa dictadura no es solución que pueda aportar a la hegemonía del gran capital la más mínima perspectiva de estabilidad. Por el contrario, condena al gran capital a una profunda crisis de los instrumentos de control sobre las masas obreras y populares; crisis de sus propios equipos y de la posibilidad de sustituirlos por nuevos partidos; crisis de los pilares institucionales que han respaldado secularmente la dominación sobre los explotados y oprimidos; crisis de alternativas políticas globales.

El mantenimiento del franquismo, lejos de paliar ninguno de los problemas de fondo a que se enfrenta el gran capital, acumula incesantemente factores de su agudización. Los obstáculos con que ha chocado ya el despliegue de la solución juancarlista permiten entrever la agudización de contradicciones que esta solución implicará a todos los niveles. En el actual período de recrudecimiento de los combates obreros, de desplazamiento de sectores de las clases medias, el avance en la operación sucesoria es inseparable de un aumento de la represión sobre los movimientos de masas, de una agudización de las diferencias en el seno del gran capital, de las contradicciones entre el gran capital y una dictadura con la que cada vez menos puede ejercer su hegemonía sobre el resto de sectores sociales, de enfrentamientos entre los clanes y fuerzas de esa dictadura.

Las batallas de clases que se sucederán, el fin pronto del dictador y su carácter irremplazable, por mucho que su doble, el almirante Carrero y los diversos candidatos a delfines quieran convencerse de lo contrario, amplificarán todos esos procesos, empujando los fermentos de la crisis social al seno del propio Ejército.

Conforme este curso de degradación política se acentúa surgirán, una y otra vez, dentro del campo del Régimen, polos que se inclinarán por “encontrar soluciones”.

Por una parte, sectores de la gran burguesía seguirán planteando la cuestión de sucedáneos de partidos, en la línea de las “asociaciones”, “tendencias”, etc. Sin embargo, cuanto más avanzada sea la descomposición del Régimen y mayor la radicalización política del proletariado y de las capas medias, más arriesgada y más inútil resultarán tales operaciones.

Del mismo modo, aumentarán las inclinaciones de partes del gran capital y del Ejército a favor de soluciones duras, con golpe militar o sin él. Por tales

soluciones significarían, el riesgo de acelerar, lejos de detener, una encadenamiento de choques frontales con un movimiento obrero en ascenso. Por otra parte, en un período de desintegración muy avanzada de las bases popular del Régimen, de inicial movilización de sectores de las capas medias (que no experimentará recaídas graves mientras siga en pie la dictadura), la involución terrorista a que nos hemos referido, entraña el riesgo de extender y radicalizar las luchas de los diversos sectores oprimidos en un abanico amplísimo, polarizado en torno al proletariado. Existe, en fin, el riesgo de que esta solución, de eficacia dudosa frente a generaciones de luchadores endurecidos, forjados en un combate clandestino feroz, no sólo provoque desgarramientos profundos en las filas capitalistas, sino también en sus fuerzas armadas. Ahora bien, improbabilidad no quiere decir imposibilidad. Un “nuevo 34” sólo es relativamente improbable, la resistencia obrera y popular a tal intento se convertiría con toda facilidad en una contraofensiva arrolladora, tanto más cuanto más arraigados estén los elementos fundamentales de una línea de clase entre una amplia vanguardia obrera y popular; arraigo al que contribuirá significativamente el combate los trotskistas apoyado en un desarrollo audaz de la política leninista de Frente Único.

**43.** Al mismo tiempo, a medida que arrecian los golpes del movimiento de masas contra la dictadura, se levantan una y otra vez las voces de la oposición burguesa “democrática”. Hoy, los cenáculos de demócratas, ciertos obispos y “personalidades”, encuentran en las explosiones de la lucha de clases, argumentos cada vez mayores para subrayarle al gran capital la necesidad y la urgencia de los “cambios democráticos”, de “conceder” libertades democráticas so pena de provocar estallidos revolucionarios cada vez mayores que pondrán en peligro el sistema. Cada paso delante de las masas arraiga esta convicción: las clases dominantes no afrontarán tales riesgos mientras les quede un solo hilo de esperanza de aplazarlos mediante la dictadura, mientras el derrocamiento de ésta no sea un hecho. En esta situación de desempleo, algunos políticos de la oposición “democrática” pueden vacilar, prestándose a brillar como farolillos “liberales” del juancarismo. Pero tales intentos, en cualquier caso marginales, lejos de contenerla crisis, no harán sino resaltarla y profundizarla.

Ahora bien, el gran capital no desconsidera la utilidad que implica disponer de una carta “democrática” de reserva. Más aún: esos “demócratas”, a cuyas filas la crisis política lanza a nuevos grupos y figuras, rinde ya servicios que el gran capital no puede en modo alguno desestimar. Mientras éste se escuda tras la dictadura, exigiéndole pleno rendimiento, sus agentes “democráticos” contribuyen al reblandecimiento de la conciencia de las

masas e incluso al freno y división de las luchas, no porque esos políticos burgueses “democráticos” puedan tener, por sí mismos, gran influencia en el movimiento obrero y popular. No la necesitan. Basta con que algunos de ellos, se ala “izquierda”, se sienten las “mesas” y “coordinadoras de fuerzas democráticas”, en la “Asamblea de Catalunya”, el “Gobierno Vasco”, puestos en pie por las direcciones del movimiento obrero.

**44.** Si las soluciones de recambio “democrático” no son hoy aceptadas por el gran capital, no es debido a la falta de “buenas intenciones” por parte de las direcciones del movimiento obrero. Éstas, ante todo el PCE, ofrecen cada vez mayores seguridades de que cualquier cambio “democrático” será mantenido dentro de un profundo respeto a los intereses capitalistas.

Ello no significa que la actitud de la dirección del PCE difiera sustancialmente de la burocracia de Moscú. No hay divergencias entre Moscú y el PCE en cuanto a la necesidad de evitar el derrocamiento de la dictadura. La monarquía embellecida con algún adobo “constitucional” que, en definitiva, tiene ante los ojos de la dirección del PCIE y la monarquía del 18 de julio con algún experimento tipo asociaciones, que apoya Moscú, tratan de hallar cual es la mejor forma de asegurar la continuidad de lo fundamental de la dictadura que impida la revolución social. Esta diferenciación de fórmula refleja la diferente valoración de las exigencias contrarrevolucionarias inmediatas que, de modo más apremiante, presionan sobre cada una de las componentes del stalinismo internacional.

La dirección del PCE, a diferencia de la burocracia del Kremlin, considera que comprometerse hoy en el apoyo a una alternativa como la juancarlista sería el “suicidio político”, y juega a la “solución” de la oposición “democrática”. Insistiendo en que el salvamento del sistema requiere “coraje” por parte del gran capital, articula todas sus iniciativas políticas en torno al avance del Pacto por la Libertad.

“Lo importante es tener claridad sobre su contenido y sus objetivos (del Pacto): instaurar las libertades políticas”. (“Hacia la Libertad”). Aunque no deja de hacer alguna propaganda en torno a ciertas “reformas” de estructuras” que no desbordan el marco del capitalismo, la actividad política del PCE se concentra en la “alternativa democrática al régimen que se acaba”; un “Gobierno de amplia coalición que decrete al Amnistía, otorgue libertades políticas y convoque elecciones a Cortes Constituyentes”. Dispuesto al apoyo a esta solución, deja plenamente abierta la puerta a un giro al servicio de propuestas dirigidas a un ensanchamiento “constitución” de la monarquía de Juan Carlos. Así lo

evidencia el recorte de las “libertades” y la exclusión de cualquier reivindicación que implique una destrucción completa y de raíz de la maquinaria franquista.

Esta solución, “nacional” como todas las que pretenden no tener contenido de clase, se dirige a la defensa de los intereses del capital financiero. Para eliminar cualquier duda, el VII Congreso ha proclamado explícitamente el compromiso de respaldar los proyectos “europeos” del gran capital a cambio de las “libertades mínimas”. Asegura claramente que, sobre la base de esas “libertades” será posible domesticar a las masas para que paguen el gasto de la incorporación al MCE. “El MCE no es hoy un problema que pueda dividir y enfrentar entre sí a las fuerzas democráticas de nuestro país, que estorbe la búsqueda de un acuerdo”. (“Hacia la Libertad”). Haciéndose paladín de los “intereses conservadores”, en nombre de los que llama la capital financiero a tomar esta actitud “audaz”, la dirección del PCE promete que le cubrirá el flanco para que pueda coger el tren del MCE.

En una palabra, el “Pacto para la Libertad” se presenta con la mayor audacia como el recurso para conseguir una estabilidad de la dominación burguesa que el franquismo no ha logrado en 34 años. El PCE convoca a los hombres del gran capital a que, sin asustarse por la palabra “democracia”, se lancen a una “revolución política” para preservar sus intereses, “sin dejar para ello de ser conservadores”.

Para despejar el camino en esa dirección el PCE se dedica a “desarrollar el elemento orgánico de ese Pacto: mesas, Coordinadoras, Comisiones, Asambleas con un programa democrático preciso y definido”. La cota más alta lograda en esa “unidad” la constituye la Asamblea de Cataluña. Con ella el PCE intenta arrojarse con la respetabilidad precisa para atraer a los políticos “evolucionistas” y “centristas” y, por su mediación a sectores del capital financiero, la Iglesia y jerarquía militar, facilitando así la cristalización de las operaciones a que la burguesía como clase deberá recurrir inexorablemente.

Si bien la crisis de la LCR, abierta de par en par en mayo del 72, ponía en el candelero discusiones acerca de la política del Frente Único, inmediatamente ligadas a la problemática de conjunto de la construcción del Partido, tales discusiones habían sido precedidas pocos meses antes por el inicio de enfrentamiento de dos caracterizaciones de la política del PCE. De una parte estaban las posiciones oficiales que caracterizaban a la línea del Pacto para la Libertad como una línea “neoreformista” “inviabile”, es decir “utópica”. Frente a estas posiciones, típicamente centristas, se alzaban

otras que, apoyándose en las enseñanzas marxistas acerca del estalinismo (la peor agencia de la burguesía, según Trotsky) subrayaban el carácter conscientemente contrarrevolucionario de la política del Pacto para la Libertad.

Perfectamente consciente de que la dinámica de los combates que se vienen desarrollando conducen a la Huelga General y al derrocamiento de la dictadura por la acción revolucionaria de las masas, la dirección del PCE reconoce la crisis del franquismo como expresión de una crisis social global.

Pero ese reconocimiento no es la base de un planteamiento destinado a potenciar, aunque de forma “errónea” e inconsciente, la iniciativa del proletariado en el avance hacia el derrocamiento de la dictadura. Es la base sobre la que el PCE se afirma como el más competente apagafuegos de la revolución proletaria. Previendo la situación comprometidísima en que le colocará el derrocamiento del franquismo por las masas, trata de impedirlo a toda costa. Por ello, no contento con reducir la revolución pendiente a un contenido simplemente “democrático”, la dirección del PCE plantea la posibilidad de un desaloje indoloro de las fuerzas ultrarreaccionarias de la dictadura, un abandono de las mismas por parte de fuerzas del gran capital y de su Ejército.

De ahí se deriva la teoría de la “Huelga Nacional” y la práctica opuesta al avance de la lucha de masas por la vía de la acción directa. La dirección del PCE admite, de palabra y de paso, algunos rasgos que sobresalen demasiado en experiencias como la de El Ferrol: “necesidad de apoderarse de la calle, constituir órganos de lucha y de poder”; necesidad de una “seria preparación de masas”. Sin embargo, lo central de los planteamientos reafirmados por el VIII congreso es conseguir que el Ejército no intervenga contra la Huelga General, sino que parte de sus generales la apoyen, que haya “apoyo desde las iglesias” y “apoyo activo de sectores de empresarios”. Pues la dictadura caerá por “aislamiento” tras el abandono de buena parte de los capitalistas y los jefes militares. Si todavía no ha caído, se debe a las excesivas vacilaciones de los “evolucionistas”, “centristas”, que “oponen resistencia a la unidad” y que dan como resultado una “insuficiente polarización de fuerzas burguesas en torno al Pacto para la Libertad”. Se trata de una “Huelga Nacional”, por que enfrenta una dictadura sin respaldo significativo por una parte, a la “Nación”, o sea, a las masas capitaneadas por sectores del gran capital y su Ejército, por otra.

El proletariado militante tiene pues, que ahorrarse las tareas de preparación de la clase y de las más amplias masas para los enfrentamientos

ineluctables de la Huelga General Revolucionaria. Lejos de potenciar su movilización independiente y defenderla del aparato represivo, tiene que volcar todas sus energías en sectores del empresariado, la Iglesia y el Ejército, subordinando a ellos su acción. Par los militantes preparar una Huelga Nacional debe consistir en preparar una Huelga General de tipo demostrativo, que ponga a los pies de una fracción de la burguesía la movilización disciplinada de la clase obrera. Sin esa dirección de la burguesía, resaltada por el Pacto para la Libertad y la pacífica presión de masas, la dirección del PCE no quiere ninguna Huelga General. Cualquier paso hacia otro tipo de Huelga General le estropea su estrategia porque asusta a los capitalistas. Pero estos son los pasos que las masas se ven forzadas a dar para satisfacer sus necesidades.

A la necesidad del proletariado de arrastrar a la juventud y a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo en la lucha contra la opresión, por cambiar radicalmente las condiciones de vida, en defensa frente a la represión; a la necesidad de estos sectores de ligarse a la clase obrera, bajo su dirección política, la dirección del PCE opone hoy la afirmación de que la coordinación de los distintos movimientos tiene que realizarse “sin precipitaciones”, subordinando cualquier coordinación al desarrollo de los órganos del Pacto. A la necesidad de centralizar las luchas existentes e impulsar para ello acciones generalizadas a partir de los centros de trabajo y estudio, opone las jornadas testimoniales, con métodos pacifistas y legalistas, montadas al gusto del clero “progresista” y a las personalidades “liberales”, cortadas de toda preparación y movilización según los métodos de lucha directa. Cuando el curso de las luchas amenaza con desbordarlo, opone las evasivas e incluso el sabotaje abierto a cualquier centralización y la negativa a extender la lucha generalizada a otros puntos del Estado, como ha hecho en todos los casos estos últimos años.

De acuerdo con esta actitud, dificulta al máximo las posibilidades de unidad de acción que los obreros, ante la profunda división existente, exigen de sus organizaciones a las que no tardan en cargar también con la exigencia de una línea de independencia de clase. Estas presiones expresan la necesidad de un Frente Único de todas las organizaciones que se apoyan en la clase, para combatir a la dictadura y al capitalismo; la necesidad de que CCOO asuma un papel de palanca estable fundamental para el impulso de las movilizaciones de conjunto, la preparación de la Huelga General, etc. Por el contrario, la dirección del PCE explota cínicamente las aspiraciones a la unidad para encadenar a los militantes y a a líneas contrarias a la unificación del frente proletario (basadas en la colaboración de clases, el legalismo y el pacifismo) que expresan sus esfuerzo por ligarse a la burguesía. Par ello debe evitar que CCOO se afirmen como centro

organizador de las luchas combatiendo su independencia de clase: tras amarrar a CCOO a los enlaces y jurados y a la política de convenios, reduce su papel político para que lo ocupen los organismos del Pacto, transformándolas en correas de transmisión de los políticos burgueses. El resultado no es solo entorpecer la lucha obrera, sino también separarla de los movimientos de otras capas, encerradas en un sectorialismo liquidador.

El resultado es una reducción muy grande de la capacidad de CCOO para aglutinar más extensas franjas de luchadores y la ruptura de sectores de los mismos, como reacción a las traiciones de la fracción estalinista. Ésta, confrontada cada vez más a posiciones críticas, tiene que sabotear acuerdos de CCOO, disolver sus organismos coordinadores con frecuencia y mantener en todo caso un burocratismo extremado.

A la necesidad de unificar las movilizaciones en torno a objetivos antirrepresivos radicales, la dirección del PCE opone la negativa a cuestionar los elementos fundamentales del aparato político franquista. Del mismo modo, se niega a avanzar consignas que ataquen a la propiedad capitalista y sin las cuales no se pueden satisfacer las necesidades por las que ya las masas han emprendido el combate.

A la necesidad vital de arrinconar los cauces franquistas de control y división, e impulsar la lucha directa de masas y la organización democrática de sus combates, la dirección del PCE responde falsificando las enseñanzas leninistas acerca de la combinación de los medios legales e ilegales para encerrar las movilizaciones en el marco de los aparatos burocráticos de la dictadura y reintroducirlas en ellos cuando se producen fuera y contra los mismo. Con ello bloque el desarrollo de las asambleas y comités que, desde las fábricas, pueden abrir camino a la generalización de las luchas y facilitar la acción en la calle. Por supuesto implica liquidar las luchas dirigidas a arrinconar a enlaces y jurados y el rechazo de la política de convenios de la dictadura.

El pacifismo impenitente corona esta orientación. El VIII° Congreso se rasga las vestiduras porque en El Ferrol la dictadura fue la “única” en recurrir a la violencia. Y en lugar de sacar conclusiones para que las masas no vuelvan a quedarse inermes, insiste, con acento episcopal, en la necesidad de evitar enfrentamientos con las “Fuerzas Armadas de España”: “ninguna violencia contra nadie”. Para organizar su lucha y defenderla, las masas tendrán que esperar que el PCE haya convencido al Ejército con sermones. Así, a la necesidad de transformar la resistencia masiva espontánea a los ataques represivos, en organización de la autodefensa de masas, la dirección estalinista opone la negativa a la propaganda y práctica

de los piquetes de defensa de las movilizaciones y la preparación de destacamentos de combate. Difunde, en cambio, toda clase de ilusiones sobre los cuerpos represivos especiales y sobre la regeneración del Ejército por el camino de la propaganda y el pacifismo.

**45.** Dentro de los proyectos a los que nos hemos referido, ciertos políticos burgueses “liberales”, desearían un incremento de la influencia de la socialdemocracia en el movimiento obrero para contrabalancear la hegemonía del PCE. Piensan que esto permitiría a la oposición “democrática” un juego más ágil con las organizaciones obreras y, sobre todo, ofrecería a las direcciones tradicionales múltiples coartadas para dividir a la clase y frenar sus luchas.

Pero la dirección del PCE frente al PSOE (al que trata con obsequioso oportunismo), la CNT y cualquier dirección reformista que pretenda entablar competencia, se erige como único “interlocutor válido” ante el gran capital. Si los demás quieren avalar otras alternativas “democráticas”, el PCE pregunta: ¿Y a ellos quién les avala? Parapetado tras el aparato de CCOO, afirma que sólo él tiene las riendas del movimiento obrero.

Sin embargo, los efectos de la profundización de la crisis social sobre las organizaciones obreras son contradictorios. El incremento de la influencia del PCE es inseparable de la agudización de una crisis que pone al descubierto cada día la fragilidad de su control sobre las movilizaciones, que el aparato no siempre controla de entrada, así como las proporciones de su enfrentamiento con la vanguardia. Y no sólo en la juventud estudiantil (como lo expresa la incapacidad del PCE para recuperar sustancialmente posiciones perdidas en la universidad, para imponer sus proyectos de organización del medio, subordinadas a las “mesas” y “coordinadoras” del Pacto). Se abre también una fisura profunda entre la dirección stalinista y sectores combativos de la vanguardia obrera, manifestándose en formas muy desiguales, que van desde las desmoralizaciones a las rupturas abiertas, que alimentan un proceso de continuos desgajamientos de militantes del PCE y las CCOO controladas por él, siguiendo una trayectoria de radicalización que ha penetrado incluso en los feudos de tradicional preponderancia stalinista. En la base de estos conflictos se sitúan las negativas a las exigencias más visibles de los combates actuales y la preparación de la Huelga General, enumerados antes. (cf. P. 42)

La caja fundamental de resonancia de estos conflictos son las CCOO. El PCE no puede romper formal y abiertamente con su carácter unitario y democrático (que las constituye precisamente en el centro de reagrupamiento del grueso de la vanguardia), sin debilitar en forma

decisiva sus lazos con el movimiento obrero. Pero tampoco puede evitar que sea el punto neurálgico donde se centra más crudamente la contradicción entre las exigencias de un combate de clase contra clase y la línea del Pacto para la Libertad.

También en el propio seno del PCE adquiere virulencia la crisis, azuzando nuevas escisiones y rupturas en las que, junto con el rechazo de la política del Pacto para la Libertad cobra relieve importante la reivindicación de las normas leninistas del centralismo democrático. Esta crisis interna no ha que medirla exclusivamente por las rupturas consumadas, sino también por el distanciamiento creciente entre la dinámica de la base y la de la dirección, expresado en las burdas justificaciones que tiene que dar ésta para explicar su política.

Como consecuencia de todos estos procesos, es frecuente que la dirección del PCE y de CCOO deban maniobrar para desviar el curso de las luchas sin aparecer como abiertamente y frontalmente opuestas a ellas, incluso (a nivel de comités inferiores) tengan que dar pasos que hubiera preferido evitar en el impulso de la lucha, acumulando nuevas contradicciones. Aún así, no dejan de adoptar actitudes que son reconocidas por amplias franjas de vanguardia como directamente liquidadoras.

Esta dinámica constituye actualmente la dificultad fundamental del “Pacto para la Libertad” y similares. Mucho más importante que el miedo de los “demócratas” burgueses al fantasma de Praga. En efecto, significa que el aval de las direcciones tradicionales, incluso el PCE, no tiene solvencia para el gran capital. Pues en la crisis que atraviesa toda la sociedad en el Estado español, tampoco el PCE tiene una caución sólida y firme de las masas.

**46.** Mientras el timonel estalinista trata de torcer el rumbo para evitar que los vientos de la crisis arrastren al movimiento obrero al puerto de la revolución, aparecen diversas “alternativas de recambio”, diversos delfines saltarines que flanquean el barco, bien por la derecha bien por la “izquierda”, bien por el centro mismo de la estela.

La LCR, desde su fundación, ha desplegado posiciones enfrentadas de modo sistemático a las orientaciones basadas en un posible curso “evolucionista” del franquismo, bajo la batuta del capital financiero, defendidas por la línea que va desde las organizaciones FRENTE y ACCIÓN COMUNISTA, hasta BANDERA ROJA, y cuyo máximo exponente teórico ha sido Fernando Claudín. Esta corriente, reduciendo la

crisis actual a una “crisis de las formas políticas franquistas”, de la “forma franquista de dominación política del gran capital”, atribuye a éste unos márgenes de maniobra que le permitirían ir encajando de forma progresiva un proceso limitado de legalización o reconocimiento de hecho de parte de las formas organizativas del movimiento de masas actual, i incluso avanzar, mediante algunos reajustes en la superestructura, hacia un período de dominación democrática estable. El abandono del objetivo de derrocamiento del franquismo por la Huelga General es consecuencia obligada de estas posiciones.

Alguna de estas posiciones, que en gran medida constituyen una crítica derechista al PCE, reconocen en un ala “lúcida” del gran capital una disposición a “democratizar” por exigencias del propio funcionamiento del “capitalismo monopolista de Estado.”

BANDERA ROJA, se distingue por la fruición con que abreva en las tradiciones del menchevismo para defender la posibilidad de una “etapa republicana”, coincidente sin duda con los proyectos de algún sector pretendidamente democrático de la burguesía, “etapa” a la que intenta subordinar, en la medida de sus fuerzas, las tareas del movimiento de masas. Se trata de recortar sus objetivos, formas de lucha y exigencias organizativas, y, por supuesto, liquidar la propia perspectiva de preparación de la Huelga General. De aquí, que si se plantea la lucha generalizada, es en términos de jornadas aisladas; si se plantea el trabajo en CCOO, es concibiéndola su construcción bajo la dictadura como un sindicato, enlazando así con las diversas corrientes sindicalistas, de las que siempre se ha alimentado esta línea.

Otras posiciones, hablan de la Huelga General apoltronadas en un confortable espontaneísmo, que les permite contar con la perspectiva de un hundimiento desde dentro de las partes constituyentes de la dictadura, e incluso la disolución de ésta como un azucarillo en el agua, bajo la avalancha de una movilización generalizada de golpe a todo el país, que explotaría uniformemente y en cualquier momento. La práctica que estos planteamientos tienden a justificar es la renuncia pura y simple a la intervención militante a la lucha de clases, el combate real contra las traiciones con que las direcciones reformistas obstaculizan el avance hacia la Huelga General. Como ésta ya se halla en marcha, “larvada”, los “revolucionarios” pueden sentarse a la puerta de su casa a ver como viene capitulando totalmente ante la política de colaboración de clases y cubriéndola con frases rimbombantes. En última instancia, deben terminar insinuando la existencia de un ala democrática de la burguesía y de una política de las direcciones tradicionales favorable al derrocamiento del

franquismo. Tras delegar, de hecho, a esas direcciones, la aplicación del programa del derrocamiento de la dictadura, es obvio que cualquier esfuerzo real por la construcción del partido revolucionario tiene que dejarse para más adelante. En el cuadro de la crisis de la LCR tuvo lugar el surgimiento de posiciones de este tipo. Rápidamente ligadas a la defensa de un circulismo liquidador, desembocaron en el rechazo teórico y práctico del marco centralista democrático, por lo que fueron excluidas de las filas trotskystas.

Pero no son más eficaces las “alternativas” de signo contrario, de corte voluntarista y subjetivista, que hacen depender el derrocamiento del franquismo de la construcción de la dirección revolucionaria.

Son corrientes que, partiendo de una profunda desconfianza pequeñoburguesa en la movilización de las masas, reducen de hecho la lucha de clases a un torneo entre el aparato militar de la burguesía y los aparatos reformistas de un lado. Y el aparato “revolucionario”, que es preciso construir, de otro. Para estas posiciones, todo el impulso revolucionario procede de una “factor externo”, de unas esencias revolucionarias que revolotean de forma superpuesta a la lucha de masas, y que van cristalizando un bando “de los revolucionarios”, al margen del grueso del movimiento obrero (incluido en el bando del “reformismo” o del “revisionismo”). En el mejor de los casos, la lucha de clases se convierte en un instrumento, en el terreno para experiencias “ejemplares” que los “revolucionarios” pueden utilizar para llevar adelante su “tarea aparte”: “construir nuestra organización”. Esta es convertida en coartada para abandonar el movimiento a “su propia suerte”, que es seguir dócilmente a las direcciones traidoras, en tanto que no haya surtido efecto la magia revolucionaria que deshará el hechizo.

Las posturas más consecuentes dentro de esta corriente, protagonizadas por algunos mao-stalinistas, ignoran pura y simplemente la perspectiva abierta por el paso de la lucha generalizada desde 1970 y la profundidad de la crisis del capitalismo y la dictadura que se bien desarrollando bajo sus golpes. Desconociendo las tareas impuestas por el período de la Huelga General, su “intervención” no tiene otro sentido que la de afirmarse como “revolucionarios”, de forma que puedan construir el partido hegemónico del proletariado, el “Frente Único Antifascista y Antiimperialista”, el “Ejército del Pueblo”, sin los cuales la dictadura de Franco durará eternamente.

Algunos harapos de trotskysmo permiten a otros (entre ellos la fracción “en marcha”, escindida en el 72 de la LCR), reconocer de forma esquemática

ciertos rasgos del período de la Huelga General. Pero es para fetichizarlos, convirtiéndolos en temas de propaganda maximalista.

Así, confunde alegremente el derrocamiento de la dictadura con la Insurrección General armada. Refugiándose de este modo en la afirmación de las condiciones necesarias para el triunfo de la revolución proletaria, pueden desentenderse de las exigencias actuales de una línea de masas y encerrarse en sus “acciones revolucionarias” o “ejemplares”, en su “campañas” descolgadas de la lucha de clases. Sospechando que si llevan consecuentemente este planteamiento hasta el final, haciendo del partido hegemónico del proletariado el punto cero de la lucha revolucionaria de masas, les va a ser difícil “cambiar la relación de fuerzas entre revolucionarios y reformistas”, se contentan con afirmar que el desarrollo de unas “nuevas vanguardias” y nuevas “extremas izquierdas”, estimulado por las “iniciativas en la acción de los revolucionarios”, podrá suplir la incapacidad del movimiento obrero y agenciar algún “instrumento adecuado” que, por fin, de algún modo, haga posible el derrocamiento del franquismo y la revolución.

**47.** En realidad la crisis social que fermenta, abriendo el período de la Huelga General, se anuncia claramente como resultado ineluctable de un proceso de agudización de contradicciones a todos los niveles, que se amplificarán conforme avance la nueva etapa de deterioro de la economía imperialista, haciendo salir a la superficie todos los problemas, económicos, sociales y políticos que la dictadura ha pretendido congelar o que, al abordarlo, ha implicado en contradicciones nuevas, agravadas por las formas específicas del poder político.

De este modo las condiciones petrifican a la dictadura en su descomposición, son las mismas que imponen a las masas las vías de una lucha generalizada para la consecución de las reivindicaciones más elementales que aceleran la maduración de una situación prerrevolucionaria.

Esta maduración se manifiesta en la incorporación de la acción de extensas masas de los más diversos estratos de la clase obrera y la población oprimida; en un auge extraordinario de la actividad reivindicativa, abarcando las más variadas gamas de exigencias y en el salto a objetivos económicos y sociales que, impugnan las bases mismas del sistema, entrelazados con una acentuación de los objetivos políticos dirigidos a la destrucción de la dictadura y con una radicalización de los métodos de combate por el camino de la acción directa. En la fuerza con que se afianza

la disposición a llevar adelante la generalización de las acciones, como forma central de la lucha de masas en el crepúsculo del franquismo.

Y, por otra parte, la crisis de la dictadura y el auge de las luchas son demasiado amplios para que, en esta fase, el desarrollo de la vanguardia obrera, de la juventud y de diversos sectores de trabajadores, puede verse afectada de modo decisivo y duradero por las traiciones de las direcciones reformistas y las deformaciones que impone, en el ala que ha roto con ellas, el predominio de las posiciones centristas e “izquierdistas”. En particular, hoy maduran amplios sectores de vanguardia del proletariado en unas condiciones de lucha que no sólo facilitan la destrucción de muchas de la ilusiones legalistas y pacifistas dominantes en el período anterior, sino que además, permiten conectar con mayor rapidez que en el pasado las exigencias del combate cotidiano con los interrogantes en torno a la cuestión del poder. A través de choques continuos con la brutal explotación y opresión franquista, se refuerza su voluntad de acabar con la explotación que la dictadura respalda y cambiar radicalmente de vida.

En su corriente fundamental, la emergencia de los nuevos sectores de vanguardia proletaria se expresará al calor del movimiento de las asambleas y en el reforzamiento en la base de los organismos tipo comisión obrera. La hegemonía de las posiciones de la fracción stalinista en las CCOO seguirá determinando, como hasta hoy, graves distorsiones, continuos estallidos, divisiones y, en cualquier caso, su incapacidad para ponerse plenamente a la altura de las exigencias del período. Pero los obreros no han hallado otras “soluciones” que la anquilosis de los tinglados “sindicales clandestinos”, viejos o nuevos, o de las alternativas centristas e “izquierdistas” a la crisis de CCOO, que han tenido ya sobrada ocasión de demostrar su impotencia. Frente a la estrechez de todas estas fórmulas, la vocación unitaria y el carácter abierto de las CCOO, que la política estalinista no ha llegado a destruir a los ojos de grandes sectores obreros, sigue haciendo de ellas los organismo más aptos para encuadrar flexiblemente la cristalización de la vanguardia amplia de la clase obrera.

En el avance hacia la Huelga General, las estructuras de tipo comisión obreras se demostrarán cada vez más necesarias, tanto en el proletariado como en otros sectores. Pero, a la vez, la amplitud del movimiento de masas y las características de las luchas, las hacen ya insuficientes. Exigen el surgimiento de los comités elegidos y revocables en asambleas, tanto a nivel de empresa, frente a los enlaces y jurados, como para organizar la lucha generalizada contra la dictadura del gran capital. Los combates obreros contra la dictadura y los que abrirá su derrocamiento proporcionarán sin duda una gran envergadura al desarrollo de estas formas

de democracia obrera, en modalidades más o menos “puras” y extendidas a los sectores sociales más dispares, su coordinación entre sí, etc.

Todavía caliente el rescoldo de diciembre del 70, la LCR preveía una sucesión de explosiones generalizadas y su transformación en el método de combate de crecientes sectores obreros y populares. Hoy, la experiencia del otoño de 1971, de Ferrol, Vigo, Besós y Pamplona, confirmando de la manera más rotunda aquellas previsiones, muestra con nitidez cada vez mayor los rasgos esenciales del avance del movimiento de masas hacia la Huelga General.

Este proceso no tendrá nada de lineal. El proletariado, a la cabeza de las masas oprimidas, lo recorrerá de forma desigual, a través de bruscas explosiones y fases de recuperación de fuerzas. Bajo el signo general del impulso ascendente, se irán descomponiendo los mecanismos de control burocrático de la dictadura, que no dejará de defender de cada ataque del movimiento volcando su aparato represivo y asestando golpes cada vez más duros.

Hasta su último estertor, la dictadura seguirá impidiendo la estabilización duradera de formas organizativas de masas del proletariado y otras capas. Pero esos mismos enfrentamientos alentarán al proletariado a levantar una y otra vez en el curso de las movilizaciones los organismo democráticos y unitarios de su combate sobre la base de las asambleas y a familiarizarse con ellos a través de experiencias de creciente alcance ligadas a la forja de destacamentos capaces de dirigir los choques armados con el aparato represivo, sentando las bases de las futuras milicias obreras (éstas, sin embargo, sólo pueden adquirir un desarrollo estable y generalizado a partir del derrocamiento de la dictadura).

De este modo, incubándose al calor de la agravación de la crisis capitalista, en el término del desplazamiento de la relación de fuerzas entre clases cuya dinámica hemos descrito, la Huelga General debe verse como la culminación de experiencias de acción directa de amplias masas (buena parte de las cuales comparativamente apenas han empezado a agitarse); de un formidable reforzamiento de la vanguardia, y notable extensión de la influencia de las organizaciones con arraigo en la clase; de una profundización de los procesos de radicalización que enfrentará un debilitamiento no menos profundo del control sobre las masas y la vanguardia por parte de las direcciones tradicionales.

Sin embargo, los enfrentamientos de la Huelga General Revolucionaria no serán la simple culminación automática de esos procesos. Requerirán un

esfuerzo específico de centralización, que es preciso preparar desde hoy y que se dará, más que nunca, contra la resistencia abierta o encubierta de la dirección del PCE y de todos los aparatos reformistas en general.

En ese esfuerzo jugará un papel no despreciable buna parte de la vanguardia organizada al margen de esas direcciones. Pero sólo quienes suelen identificar al proletariado con ellas pasa por alto el que numerosos militantes y organizaciones del PCE, así como de los diversos núcleos reformistas y sindicalistas, serán ganados por la radicalización, participarán en primera fila en los combates de la Huelga General Revolucionaria, desbordando la política de su dirección, aún sin haber roto con ella. Una correcta intervención de los trotskystas, empeñada desde hoy en el impulso de una orientación de Frente Único de clase, dirigida a despejar las vías de generalización de las acciones, sin duda contribuirá a la aceleración de esos procesos, favorecerá la maduración de una amplia vanguardia, así como la envergadura y profundidad de los mismo combates de la Huelga General. De este modo, la extensión entre las masas y la vanguardia amplia de todo un conjunto de objetivos y experiencias de lucha de clases, no dejará de incidir, de modo inmediato o diferido en la situación política subsiguiente al derrocamiento de la dictadura.

Así hay que concebir el curso hasta la explosión o encadenamiento de explosiones revolucionarias generalizadas, incluyendo ocupaciones de fábricas, centros de estudio y tierras, así como choques insurreccionales con el aparato militar, por los que definimos la Huelga General Revolucionaria.

**48.** Lejos de las ilusiones de “recambio” más o menos accidentado de la dictadura, con el que la burguesía pudiese conseguir establemente su dominación dentro de una “etapa” de reformas democráticas, hemos afirmado que el derrocamiento del franquismo por una movilización revolucionaria de amplias masas supondrá la desintegración de partes importantes del aparato represivo, amenazando los mismo cimientos de la propiedad capitalista.

Con ello adquirirá una expresión clara la dinámica de las fuerzas motrices del proceso revolucionario que fermenta en el Estado español, tal como ya se anuncia en los combates actuales.

Las conmociones sociales operadas bajo el franquismo han sentado las bases de un transcrecimiento del papel que deberá jugar el proletariado, más allá de la función dirigente que le incumbía ya antes de la guerra civil.

El papel de clase dirigente y fuerza motriz fundamental del proceso revolucionario. Flanqueado por la movilización de la juventud, de grandes sectores de capas urbanas asalariadas (técnicos medios, administrativos, empleados de comercio, personal de servicios, funcionarios inferiores, núcleos de las profesiones liberales, etc.), y sin que haya disminuido la carga de contradicciones objetivas que pueden empujar a extensas franjas de la pequeña burguesía urbana tradicional al choque con el gran capital. El proletariado agrícola y un campesinado pobre brutalmente expoliado siguen constituyendo, dentro de su notable reducción numérica, fuerzas explosivas.

Este creciente peso del proletariado no autoriza ninguna de las variantes de obrerismo pseudos-revolucionario. Por el contrario, aumenta las responsabilidades del proletariado revolucionario en orden al desarrollo del liderazgo de la clase sobre el conjunto de los oprimidos.

La decadencia imperialista produce infinidad de opresiones monstruosas. La democracia burguesa se convierte, incluso en los países donde la dominación del capital cuenta con bases más fuertes, en el cobertor ajado de la ley y el “orden” de los gánsters monopolistas, que transgreden todas las libertades democráticas formalmente afirmadas.

Los portavoces del Régimen no dejan de tener cierta razón, pues, cuando baladronan que la Europa capitalista y el mundo se han acercado a las concepciones franquistas de la “democracia”. En realidad, al exacerbar la secular tradición opresora de las clases dominantes para mantener el reino del capital en uno de sus eslabones más débiles, la dictadura de Franco, sostenida por todas las fuerzas de la reacción internacional, constituye una de las manifestaciones más desnudas de la suerte reservada a las masas en el seno de la vieja sociedad podrida. Y el combate del proletariado en el Estado español por poner fin a la opresión franquista, se sitúa en lugar destacado en la lucha de masas trabajadoras de Europa contra esa suerte.

Este combate se ha hecho más acuciante con la agravación de la crisis del Régimen. Los “desarrollos milagrosos” de los años 60 no han permitido al capital financiero prescindir de las formas más repugnantes de opresión, subproductos de una revolución democrático-burguesa tiempo ha atragantada. La intensificación de las relaciones e intercambios internacionales a todos los niveles, los procesos de modernización de sectores industriales, los cambios profundos del mapa social, no han suavizado las aristas de la opresión, ni han insensibilizado a las masas ante la misma. Por el contrario, esta ha venido a ser más intolerable para las nuevas generaciones de combatientes, que constatan la impotencia de las

clases dominantes para el recambio de una dictadura que, al lado de parrafadas “europeístas”, rezuma el oscurantismo más degenerado.

No es casual que la movilización más importante hasta hoy contra la dictadura, fuese la lucha contra unos Consejos de Guerra que pretendían asesinar a unos luchadores nacionalistas.

Ni es casual que le proletariado jugase un papel de vanguardia en esas movilizaciones. Las condiciones de la dictadura despiadada que han hecho imposible la rebelión de ninguna capa pequeño burguesa si no es sobre los lomos de los combates obreros, se han combinado con la debilidad del control reformista sobre los mismos para impedir que los aparatos, pese a las desigualdades que imponen al desarrollo de las luchas, pudiesen empañar la extraordinaria simplicidad con que destaca el protagonismo de la clase. El proletariado ha debido llevar adelante su reconstrucción como clase vinculando la acción por sus reivindicaciones económicas y sociales, a un combate sin tregua contra los zarpazos de la represión, por las libertades sindicales y las reivindicaciones democráticas generales, destacando sectores de vanguardia obrera cada vez más sensibles a la necesidad de afirmar el liderazgo de la clase obrera contra toda forma de opresión.

Esta experiencia ha contribuido a poner de manifiesto ante toda una franja de vanguardia obrera la estrechez miserable del sindicalismo, pretendidamente “apolítico”, del economismo y obrerismo en todas sus formas. Del sectarismo que propugna una “lucha obrera” o de “clases”, “pura” despreciando el potencial revolucionario del combate por las reivindicaciones democráticas; del gradualismo que, contra toda evidencia, afirma que el proletariado no está “sensibilizado” para asumir su lugar de vanguardia en ese combate. Todos ellos atentan contra la posibilidad de que el proletariado avance en la afirmación de su papel dirigentes. No sólo renuncian a arrastrar a la pequeña burguesía, sino incluso a masas atrasadas del proletariado. Renuncian realmente a destruir las ilusiones democráticas, pues esto sólo es posible a través de la lucha consecuente por las reivindicaciones democráticas que abandona los “demócratas” de todo tipo, y que exige el desarrollo de métodos de combate, organismo y consignas transitorias más amplias. Dejan la bandera de esas reivindicaciones en manos de los oportunistas que cabalgan a la cola de políticos burgueses “democráticos” y nacionalistas.

Pero los defensores de la existencia de una “etapa democrática” aislada, previa a la revolución socialista, tienen también una idea demasiado “pura” de ésta, son otros revolucionarios de palabra. Estos oportunistas coinciden

con los sectarios en afirmar la existencia de sectores de la burguesía con iniciativa democrática consecuente. Mientras los primeros renuncia a luchar por esas reivindicaciones “para no ser integrados”, los oportunistas se supeditan a ese supuesto sector democrático y con ello, como los primeros, vienen a renunciar a la revolución y, por tanto, a la democracia.

“Las fórmulas de la democracia (libertad de asociación, de prensa, etc.) no son para nosotros sino consignas pasajeras y un nudo corredizo anudado alrededor del cuello del proletariado por los agentes de la burguesía (¡¡España!!). Tan pronto el movimiento tome carácter algo masivo, las consignas democráticas se mezclarán con las consignas de transición” (“Programa de Transición”, 1938)

Apoyándose en la múltiple opresión ejercida por el franquismo, el proceso monopolista y la intensa penetración de capital extranjero, subordinando todos los aspectos de la sociedad a la decadencia imperialista, agrava las condiciones de vida de las masas en todos los aspectos. En consecuencia, la lucha del proletariado y de cualquier sector de la población oprimida, por las reivindicaciones económicas y democráticas más urgentes, apuntan inexorablemente contra la propiedad capitalista y el Estado burgués.

De ahí que la misma experiencia de la lucha de clases que desautoriza al sindicalismo, contribuya a desconsiderar el planteamiento de una conquista de reivindicaciones “mínimas”, aisladas en sí mismas, como proponen los estalinistas de todo pelaje.

Sólo el proletariado demuestra un interés vital en terminar con toda la opresión y represión, en el mismo camino por el que acabará con la explotación capitalista. Sólo él demuestra capacidad para combatir contra ellas hasta el fin. Para ello, debe ir mucho más allá de los programas “mínimos”, hacia la destrucción completa del franquismo y la imposición de objetivos democrático-revolucionarios que los “demócratas” burgueses no aceptan porque cuestionan su Estado, su centralismo burocrático y su Ejército; hacia la imposición de las medidas anticapitalistas indispensables para satisfacer las reivindicaciones elementales de todo tipo. Sólo los métodos de combate proletarios muestran una eficacia plena, siendo adoptados por otros sectores de la población oprimida para una acción que empieza ya a recurrir a las armas proletarias por excelencia que despejan el camino de la Huelga General.

Con el derrocamiento de la dictadura, las masas exigirán la satisfacción del conjunto de necesidades por las que viene luchando en su larga marcha bajo el franquismo, ampliadas y exacerbadas en el curso de los combates

grandiosos de esta fase. Esa satisfacción no es posible sin enfrentarse al poder del gran capital para imponer amplias medidas de explotación sin indemnización, de bancos, monopolios y latifundios, control obrero sobre la producción, monopolio del comercio exterior, fuertes impuestos sobre los ricos, armamento masivo del proletariado mediante milicias, etc. El respeto a la propiedad privada abriría paso a la liquidación de la revolución y a la vuelta a la más negra reacción. Para imponer sus reivindicaciones de todo tipo, para defender sus conquistas, para impedir el golpe contrarrevolucionario, las masas deberán atacar a las mismas bases del poder burgués.

El fomento de las ilusiones democráticas resultará tanto más liquidador en la próxima crisis revolucionaria, cuanto mayor es el peso del capital financiero actualmente. Las transformaciones sociales operadas por el franquismo han ensanchado el peso de medidas socialistas que el proletariado y las masas oprimidas deberán acometer para defenderse de la carga de explotación y opresión que arroja la crisis del imperialismo sobre sus furgones de cola, medidas que exigen la destrucción total del Estado burgués, y el establecimiento de la República Socialista. A su vez, para privar de apoyo a la resistencia del enemigo de clase y fortalecer el nuevo poder frente a la contrarrevolución interna e internacional, habrá que profundizar esas tareas socialistas.

**49.** A diferencia de la IIª República, que se autocalificaba “de trabajadores de todas clases”, y del franquismo, que pretendía “superar la lucha de clases”, la República Socialista será el primer poder estatal que en nuestro país proclame abiertamente su carácter de clase: será la dictadura revolucionaria del proletariado.

Esta dictadura revolucionaria juzgará insuficientes como formas estatales del poder proletario, las formas de democracia que han sido el máximo lujo que ha podido permitirse la burguesía de ciertos países gracias a una gran acumulación interior y que hoy recorta a marchas forzadas, en su carrera hacia el Estado “fuerte”. Incluso en estos países, la destrucción de la maquinaria burocrático-militar burguesa significa para el proletariado la destrucción de las barreras que el capitalismo en decadencia y cualquiera de sus formas “democráticas” oponen a la verdadera democracia. Es la condición del paso de una democracia restringida y limitada a una democracia completa, totalmente nueva, no exterior y separada de las masas, sino basada en su auto-gobierno. En el Estado español, está meridianamente claro el significado contrarrevolucionario de las pretensiones de “utilizar” para la “marcha hacia el socialismo” un Estado que el franquismo ha moldeado con rasgos demasiado sustanciales como

para que puedan evaporarse de un solo plumazo. Se planteará con urgencia agudísima la necesidad de destruir ese aparato y poner en pie el Estado proletario: la más amplia democracia para los explotados y oprimidos, la dictadura sobre las fuerzas capitalistas y de reacción.

La República Socialista tendrá por cimiento las formas superiores de democracia, las formas de que se habrán dotado las masas en su lucha por el poder: la democracia directa de los consejos obreros, capaces de vertebrar la hegemonía del proletariado y permitirle desarrollarla educando al resto de los trabajadores, la juventud, el campesinado pobre, etc., mediante su inserción, en grados y formas flexibles, en las tareas del Estado obrero.

La planificación imperativa y democráticamente elaborada, permitirá un gigantesco progreso, cuantitativo y cualitativo, de las fuerzas productivas, liberadas por la socialización inmediata de los grandes medios de producción y de los servicios fundamentales.

Pero este proceso no puede convertirse encerrado en los límites de la “construcción del socialismo en un solo país”. La puesta en pie de un aparato productivo potente y armonioso no puede tener otro sentido que colocar y consolidar la política del proletariado en el puesto de mando. Tendrá como objetivo el desarrollo de las bases materiales que permitan la participación creciente de las masas en la gestión del estado y el impulso de la revolución mundial.

La consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa adquiere la máxima vigencia en esa perspectiva. Frente a los stalinistas, reformistas de toda laya y centristas de diversas especies, que en último término aceptan para las masas del Estado español el papel de carne de cañón en la Europa de los truts, los trotskystas afirmamos que el triunfo de la revolución en el Estado español hay que entenderlo como parte inseparable de la lucha del proletariado y las masas de Europa contra los truts y la burocracia.

No se trata de una utopía, sino de la única meta realista de los obreros del continente ante la crisis actual. La convergencia de la revolución socialista en Europa occidental y de la revolución política en Europa oriental, es el único camino para resolver todos los problemas que provocan convulsiones crecientes en todos los países. Creará la primera potencia industrial del mundo capaz de poner en práctica las medidas más audaces en la vía hacia el socialismo: paso a jornadas reducidas de trabajo, comienzo de la desaparición de las categorías de mercado, etc. Extenderá una ayuda desinteresada a todos los pueblos coloniales y semicoloniales, ganando así

la alianza de los dos tercios de la humanidad. Consolidará una base invencible para el socialismo, demostrando prácticamente que, en su seno, cada trabajador puede gozar de derechos y libertades infinitamente más amplios que en las “democracias imperialistas”. Los avances en ese combate apuntarán una contribución decisiva al avance de la revolución socialista en USA. Esta es la “utopía” que oponemos a los “realismos” burgueses y pequeño burgueses; ayudar a los trabajadores a alcanzarla exige construir la IV Internacional.

Así, por las grietas que abre el crepúsculo del franquismo, las viejas tareas pendientes se plantearán con expresiones nuevas, que les añaden virulencia, y se entrelazan estrechamente con el amasijo de contradicciones engendradas por el desarrollo capitalista bajo la dictadura.

Ello implica su reforzamiento cualitativo del contenido fundamental, proletario y socialista de la revolución, respecto al que ya tenía en los años 30; del papel del proletariado en la misma; del encadenamiento de sus tareas democráticas y socialistas en un proceso que ligará las actuales movilizaciones con el derrocamiento de la dictadura por la Huelga General y con la necesidad de avanzar hacia la demolición del poder burgués; de la profunda articulación internacional de todo este proceso.

**50.** Esta será la dinámica objetiva puesta sobre el tapete por la Huelga General. Porque si el torrente revolucionario desatado por el derrocamiento del franquismo cuestionará una y otra vez sobre la propiedad privada, ésta seguirá todavía en pie. El Ejército se hallará gravemente afectado por los golpes de la Huelga General, pero mantendrá aún intactas fuerzas esenciales. Las instituciones más odiosas del franquismo habrán sido barridas y el conjunto de la maquinaria estatal desbordado, pero no destruido.

A la vez, esta misma situación significará para el gran capital la imposibilidad de desencadenar de modo inmediato las medias de liquidación de la vanguardia y destrucción de las organizaciones obreras, vitalmente exigidas para asegurar su dominación, dando un vuelco radical a la correlación de fuerzas instaurada con el derrocamiento del franquismo. Significará, por tanto, la necesidad del gran capital de lanzarse desde el primer momento a la preparación de las condiciones que le permitan asestar el golpe. Es por ello que la situación de libertades democráticas subsiguiente a la caída de la dictadura debe ser considerada como un subproducto de la movilización de las masas y, a la vez, como el lastre soltado por la burguesía para contener y desgastar al máximo el impulso

proletario y popular con la ayuda de sus direcciones tradicionales, mientras prepara el recurso supremo y decisivo: el aplastamiento del movimiento obrero y popular.

La LCR ha destacado repetidas veces que la agudeza de las contradicciones económicas y sociales será el determinante fundamental de la provisionalidad de esta situación. Sin embargo, sería mecanicista deducir directamente de ello la duración de ese interregno democrático.

Los trotskystas somos adversarios irreconciliables del “insurreccionalismo” fraseológico que proclama su desprecio por las tareas de preparación consciente del proletariado y las masas para la insurrección armada y la guerra civil revolucionaria, confiando en que su movilización, a la vez que consigue retrasar la contrarrevolución por la sola acción de su amplitud, irá segregando espontáneamente los instrumentos militares precisos para destruir el Estado burgués. Estas posiciones suelen emparentarse con un espontaneísmo y oportunismo liquidador ante la cuestión de la conquista del Ejército.

Sin duda, los combates del derrocamiento de la dictadura y posteriores alentarán factores de disgregación del Ejército. Pero el avance de esos factores tiene un valor contradictorio. Por un lado, facilitará una mayor amplitud y audacia de las movilizaciones y agudizará las divisiones en el seno de los mandos militares. Pero al mismo tiempo, el mismo auge de las masas impedirá que la intervención armada pueda retrasarse indefinidamente. Lo más probable es su desencadenamiento cuando la movilización revolucionaria disloque gravemente el estatus quo del interregno, ante todo dentro del Ejército mismo, precisamente como medida de los Estados Mayores de la reacción para evitar que la agravación de las fisuras en las fuerzas armadas alcance un nivel que las inutilice totalmente. La presencia de bases yanquis en la península y el enclave estratégico que ésta supone para el imperialismo, operan en el mismo sentido.

En suma, el desarrollo de los planes reaccionarios y la dinámica que empuja a su brazo militar a la intervención se hallan íntimamente ligados a la orientación de las masas. Esto es, precisamente, lo que también desconsidera las tesis que hacen del Ejército un aparato autónomo respecto de los procesos sociales, impermeable a sus contradicciones, al que habría que contrarrestar mediante la creación de un “Ejército revolucionario del pueblo” igualmente “autónomo” (respecto de la lucha de masas).

De aquí que, en este cuadro de movilizaciones de masas, empujadas por contradicciones que se elevarán al paroxismo, penetrando todos los resquicios de la sociedad, el centro de gravedad de la situación se concentra en la crisis de la dirección revolucionaria. En gran medida podemos afirmar que, en este contexto, el intervalo democrático no podrá tener otra duración ni estabilidad que la que le proporcione la capacidad del [sin finalizar en el original, N d. E.]

**51.** La liquidación de la dictadura descargará sobre el PCE y el resto de direcciones pasadas del lado del orden burgués las tareas de tender una colchoneta democrática que salve provisionalmente a la dominación capitalista de la dislocación general.

El freno del impulso de las masas requerirá que la dirección del PCE no se limite a apoyar un gobierno burgués, según las actuales propuestas de “Pacto para la Libertad”, sino que deba participar en él, mediante alguna fórmula gubernamental de coalición con la burguesía. Llevando a la culminación su actual política, la dirección stalinista deberá empeñarse a fondo en la lucha por limitar y desviar la movilización revolucionaria de las masas y por encuadrarlas en un marco de idílica convivencia “democrática”. Es lo que el programa del PCE llama “profundizar la democracia hasta llegar al socialismo”. En realidad, esta política, provocando el freno y desmoralización de las masas, no puede facilitar otra cosa que la preparación y cobertura de las maniobras de acción agazapada a la espera del mejor momento para “hacer volver las cosas a su sitio”.

En el cumplimiento de su compromiso contrarrevolucionario, la dirección del PCE se esforzará por explotar la confianza que le otorgarán inicialmente grandes masas lanzadas al combate por la caída de la dictadura.

En efecto, los comunistas debemos comprender claramente que, si bien las actuales condiciones obligan al proletariado a improvisar método de lucha y formas de organización avanzadas, en una dinámica de desbordamiento práctico de los aparatos, que los trabajadores de los países con democracia burguesa pueden tardar más en recorrer, estas mismas condiciones tiene su reverso de la medalla. Dificultan que, no sólo las masas, sino incluso gran parte del proletariado militante, puedan ni siquiera acceder a un conocimiento superficial del significado de las alternativas del PCE (mientras que, en aquellos países, tal maduración puede tener lugar en forma más orgánica). Por el contrario: grandes sectores de las masas y militantes de vanguardia boratados de los grandes combates que se avecinan depositarán su confianza en lo que aparecerá ante sus ojos como

la dirección del partido obrero perseguido con mayor saña por la dictadura franquista durante décadas como la dirección de unas CCOO que han constituido el eje de la reconstrucción del proletariado. Ello alzarán al partido estalinista y los organismos controlados por él como los principales beneficiarios del ascenso, por delante de los esfuerzos por poner pie otros aparatos de colaboración de clase, fundamentalmente a partir de reestructuraciones de la corriente social-cristiana bajo la égida de DC y de recomposición de la socialdemocracia que hoy es aún difícil precisar.

Los comunistas debemos desechar el razonamiento izquierdista según el cual la extensión de las formas organizativas de democracia directa de masas que comporta ese proceso, significará automáticamente una evaporación de la influencia de la ideología burguesa y un debilitamiento del PCE. A través de estos organismos, y también por otros canales, sectores de trabajadores se dirigirán al partido estalinista viendo en él un arma de lucha por su liberación. Apoyándose en esta confianza, la dirección del PCE desencadenará la lucha más feroz por paralizar las iniciativas de los organismos autónomos y preparar su disolución, intentando utilizarlos entretanto como vehículos de una política de subordinación al Estado burgués contraria a su significado profundo.

Pero los comunistas debemos ir más lejos y más firmemente aún en la comprensión de esta dinámica. La permanencia del proceso revolucionario en nuestro país tiene una de sus expresiones más significativas en la cuestión sindical. La conquista de las libertades sindicales exigen una movilización revolucionaria del proletariado y las masas oprimidas contra todo el aparato de la dictadura, que hará precisa y, a la vez, facilitará el desarrollo de comités elegidos y revocables en asambleas de fábricas, su coordinación, así como con organismos similares surgidos en otros sectores. La expansión de este organismo tras el derrocamiento de la dictadura no dejará, probablemente, ni tiempo ni ocasión para una consolidación profunda de los esfuerzos reformistas de alzar potentes sindicatos de colaboración de clases. Pero, por poco que se prolongue esta situación, tales intentos, que no faltarán, pueden ser capaces de operar como importantes instrumentos de división y entorpecimiento del movimiento obrero. Y no sólo se trata de las maniobras de la jerarquía eclesiástica y de la socialdemocracia, cuya política se orienta inequívocamente en esta dirección. Se trata, sobre todo, de que el partido stalinista utilizará cuantos resortes disponga de las CCOO en este sentido. Para ello se basará en la dinámica de esas CCOO en una situación de legalidad (transformarse en sindicatos) vehiculizando la necesidad que el proletariado tiene en este tipo de organizaciones.

En cambio, las posibilidades de desbordamiento del PCE serán mucho más amplias que en situaciones revolucionarias arrancadas en países con grandes tradiciones de organización obrera legal.

El mantenimiento actual de la dictadura para hacer frente a la generalización de las luchas, retrasa el desarrollo de los grandes enfrentamientos de clase. Pero, sin conseguir detener su fermentación, por el contrario, imponiéndoles el paso a niveles superiores, acumula cada día mayor peso sobre la carga de dificultades que se abatirá sobre las direcciones tradicionales del movimiento obrero con la liquidación del franquismo.

Ya en la actualidad, el PCE, mientras ve descartadas sus propuestas de “Pacto para la Libertad”, es desbordado a cada paso por las masas en lucha y obligado frecuentemente a “cabalgar el tigre” sobre sectores de CCOO y de sus propios militantes. Mañana, el capital confrontado al torrente revolucionario, descargará sobre el PCE la responsabilidad fundamental del mantenimiento del orden burgués en unas condiciones sumamente peligrosas. La Huelga General Revolucionaria, coronando un duro proceso de maduración de los métodos de acción directa de masas, abrirá cauce a un nuevo estado de movilizaciones mucho antes de que los aparatos reformistas haya podido consolidar instrumentos de control a la altura de las acciones del período. Estas no dejarán de sucederse como consecuencia de la agravación de la crisis social y de la escalada de provocaciones capitalistas, agudizando de modo extremo el filo de los enfrentamientos entre el movimiento de masas y la dirección del PCE, entre esta dirección y sus militantes. En esta forma concreta que asume en nuestro país la combinación de la crisis del capitalismo y el estalinismo, lo que permite prever el carácter probablemente breve y agitado de la situación de libertades democráticas abierta con el derrocamiento del franquismo.

**52.** Pero si este conjunto de condiciones hará explosiva la crisis del partido estalinista en modo alguno tal crisis puede, por sí misma, dar paso al surgimiento de una dirección revolucionaria brotada como resultado del descrédito y dislocación de los aparatos “ayudados” por la propaganda de los revolucionarios. Más aún: tal dislocación no puede culminar sin la existencia de un partido revolucionario ya capaz de ponerse a la cabeza del combate de sectores significativos de las masas obreras y populares. Esta ilusión espontaneista, como la que puede esperar una “izquierdización” de las direcciones oportunistas bajo la presión de las masas, deben ser combatidas frontalmente como directamente liquidadoras. Son las dos variantes fundamentales del liquidacionismo que ha golpeado

históricamente a sectores que habían comenzado siendo trotskystas, empujándolos al abandono de la construcción de la IV internacional.

Si los esfuerzos actuales del PCE por subordinar las luchas a los pactos de colaboración de clases entorpecen ya seriamente la dinámica de generalización de las luchas y la maduración de la vanguardia, tras el derrocamiento de la dictadura el alcance contrarrevolucionario de esta política será oponer obstáculos terribles a la unificación del proletariado como clase en la acción revolucionaria de conjunto, a la cabeza de las masas oprimidas. Los sectores más avanzados seguirán sin duda, manifestando su combatividad revolucionaria por diversas vías, cuya eficacia, sin embargo, se degradará si se desparrama día tras día, en un curso de acciones descoordinados, desprovistas de plan estratégico, o en manos del aventurerismo. Todo ello, combinado con la paralización impuesta por los aparatos en otros puntos, puede iniciar la introducción del desconcierto en sectores obreros y populares. En tal situación, la exasperación de las capas pequeñoburguesas, empezará a volverlas contra el proletariado, buscando soluciones por otras vías.

De este modo, el gran capital podría obtener un precioso margen de maniobra para la reconstrucción de algunas bases de apoyo y la mayor selección de sus fuerzas contrarrevolucionarias que, entretanto, habrá ido desarrollando de forma “espontánea”.

En cualquier caso, con la intervención contrarrevolucionaria armada se abrirá la disyuntiva fundamental: o el triunfo de la contrarrevolución militar, o militar-fascista, del gran capital y el imperialismo, a través de una cadena de golpes contra unas filas obreras y populares capaces de oponer una resistencia heroica, pero desarmadas políticamente por las direcciones reformistas. O una profundización del proceso revolucionario hasta la toma del poder por el proletariado y la instauración de la república Socialista, a través de una insurrección general de la clase obrera y el pueblo trabajador, que es de temer, se prolongará en una fase guerra civil, culminante en la destrucción total de todo el aparato burocrático del Estado burgués y su dispositivo militar.

Esta segunda salida exige necesariamente la existencia de un partido revolucionario de tipo leninista capaz de llevar adelante la movilización revolucionaria de las masas para la defensa y profundización de sus conquistas, extendiendo el combate por objetivos transitorios ligados a una elevación de las formas de luchas y organización partir de las ocupaciones de fábricas, fincas y centros sociales diversos, y su puesta a cargo de comités democráticos. Capaz de ir desvelando la negativa de los aparatos

reformistas a romper con el poder burgués y de estimular el perfeccionamiento y centralización de los organismos de democracia proletaria, como base de consejos obreros, erizados con una red de instrumentos de autodefensa armada y alzados como alternativa de poder. Capaz de impulsar una orientación que facilite la penetración de la lucha de clases en las fuerzas armadas. Un partido aún minoritario, construido sobre la base de un programa de independencia de clase, agrupando a cuadros prestigiosos y bregados en la lucha por la defensa, enriquecimiento e impulso de ese programa, hallará reunidas las mejores condiciones para guiar a sectores cada vez más amplios de las masas a través de enfrentamientos que les demostrarán la imposibilidad de otra vía de salvación que la toma del poder. Podrá empujar hasta el fin, en estos enfrentamientos, el derrocamiento de los aparatos reformistas y transformarse en la dirección que el proletariado precisa para levantar su dictadura revolucionaria.

Para ello es preciso la forja de los cuadros de tal partido desde hoy mismo, a través de los combates de mas contra la dictadura, que culminarán en la Huelga General. Solo así podrán reunirse las condiciones para la construcción de la dirección comunista capaz de ayudar al proletariado a enlazar la destrucción de la maquinaria represiva, de opresión y terror creada por el franquismo, con un nuevo impulso dirigido a la demolición de todo el poder burgués.

Es esta perspectiva la que ayuda a medir el alcance de la crisis de la LCR en 1972. En un contexto en el que se templan los resortes de las grandes movilizaciones que derribarán a la dictadura y plantearán, en toda su concreción política inmediata, la cuestión del poder, la crisis de la LCR y la escisión de una parte de la misma han acumulado graves dificultades para el recorte del retraso de la lucha por la construcción del partido que deberá ayudar al proletariado a culminar el arreglo de cuentas con las direcciones de la derrota en los años 30 y las corrientes que siguen sus pasos.

Pero, al mismo tiempo, esa crisis ha hecho salir a flote valiosos elementos de clarificación que hoy nos permiten afirmar que este partido sólo puede ser un partido trotskysta; que, si bien no podrá prescindir de los avances teóricos y prácticos que han hecho de la LCR el esfuerzo de mayor envergadura hasta el momento por la construcción de un partido revolucionario, ese partido sólo podrá ser verdaderamente edificado sobre la base del “Programa de Transición”, en ruptura con todas las concepciones que nos condenaban a oscilar entre el sectarismo y las adaptaciones a las presiones oportunistas.

\*\*\*

## 7) Construir el Partido sobre la base del “PROGRAMA DE TRANSICIÓN”

**53.** El II Congreso de la LCR afirma que la construcción de un partido revolucionario proletario de masas es la tarea central a la que se subordinan todos los esfuerzos, métodos y tácticas de los trotskistas. Sin él, la clase obrera no podrá imponer su salida a la crisis social global que madura, y de la que la bancarrota del franquismo es expresión y, a la vez, factor decisivo de la aceleración.

Pero, al mismo tiempo, niega que la edificación de ese partido sea la “tarea aparte” de unos “revolucionarios” que “construyen su organización” en un proceso “subjetivo”, exterior respecto de la evolución del conjunto de la clase, de sus necesidades y luchas, de su actual nivel de conciencia y organización. La construcción de la dirección revolucionaria es inseparable de la constitución del proletariado como clase frente a la burguesía y su estado, independientemente de todos los instrumentos y agencias del capitalismo, Es la culminación de un proceso de duros combates por los que “todas las fracciones del proletariado, todas sus capas, profesiones y grupos debe ser arrastrados al movimiento revolucionario” (“Programa de Transición”). De aquí nuestra defensa de la estrategia revolucionaria del Frente Único de Clase como orientación central de la lucha por la construcción del Partido.

El desarrollo actual de tal orientación comprende la concreción a todos los niveles de la propuesta de un pacto de unidad proletaria, dirigido a las organizaciones, militantes y luchadores del movimiento obrero. El contenido político de ese Pacto de Clase no puede ser otro que la línea de independencia proletaria. Para el impulso de la generalización de las luchas de la clase obrera y la afirmación de su liderazgo en el centro de la revuelta de las masas oprimidas por el camino de la Huelga General contra la dictadura. Para abrir a su derrocamiento la solución política de clase que lleve hasta el fin la destrucción del franquismo y expropie en beneficio de las masas y bajo su control a quienes lo han sostenido: los grandes terratenientes, los monopolios y la Banca, asociados al imperialismo.

Cuando alzamos la bandera del Frente Único contra la dictadura franquista, no incurrimos en un bandazo unitarista, expiación de pasados pecados sectarios. La línea de Frente Único de clase es, ante todo, la respuesta a las exigencias objetivas del período: las contradicciones del capitalismo, exacerbando las necesidades del proletariado y de las masas oprimidas,

fuerzan a sus luchas por las reivindicaciones más modestas a buscar las vías de la acción directa, pro encima de los cauces burocráticos, a extender el radio de acción de las movilizaciones frente a los golpes de los aparatos represivos. Ninguna organización, ningún luchador que se reclame del proletariado puede permanecer indiferente ante la aguda necesidad de unificación de las filas de combate obreras y populares contra cada refuerzo de la explotación, contra las andanadas represivas y las mil manifestaciones de opresión desatadas por el crepúsculo del franquismo. Ante las crudas exigencias que pesan sobre el proletariado militante, en orden a la extensión de las luchas obreras contra la explotación, para el sostenimiento del combate de otros sectores oprimidos, para el desarrollo del papel dirigente del proletariado en la movilización de los mismos que, al mismo tiempo, también precisan cerrar filas de modo cada vez más estrecho junto a la clase obrera.

Así, nuestra propuesta no se encierra en una estrecha perspectiva obrerista.

Refiriéndose al “Pacto para la Libertad”, afirma un documento del PCE “Este Pacto debe moverse forzosamente en el terreno de las libertades políticas: amnistía, libertades democráticas y nacionales. Cualquier intento de incluir formulaciones reivindicativas de fondo limita su extensión y, de hecho, su eficacia, pues anula las posibilidades de su realización.”

Por el contrario, lo que ponemos en primer plano los trotskistas es que, más que nunca, el proletariado debe hoy concentrar su acción en torno a sus objetivos de clase, sin excluir sus “comulaciones reivindicativas de fondo” y sin poner cortapisas a sus formas de las formas de lucha, pues la vía de combate independiente es la única que puede permitirle centralizar sus movilizaciones en golpes cada vez más duros contra la dictadura del gran capital y, con ello, alentar la movilización del resto de capas oprimidas. Esta es la conclusión que se desprende de todas las experiencias de lucha bajo el franquismo.

El triunfo del proletariado exige que pasen a su lado grandes sectores de las masas oprimidas, englobando a capas que apenas hoy empiezan a entrar en liza. Los campesinos pobres, estratos de funcionarios inferiores, de pequeños comerciantes que ahora dan ya diversas pruebas de solidaridad con la lucha obrera, etc., no van a seguir resignándose eternamente. Y no hallarán otro modo de combatir con eficacia que seguir las huellas de las actuales movilizaciones de la juventud estudiantil, del personal de la enseñanza, sanidad, etc.: apropiarse de los métodos de lucha del proletariado, recurrir a las formas organizativas basadas en la democracia

obrero y unirse a las luchas de la clase tras objetivos que ésta se ha mostrado dispuesta a llevar adelante con la mayor energía y contundencia.

Pero todo ello ser verá frustrado si el proletariado es desviado por caminos que sacrifican sus “formulaciones reivindicativas de fondo” y sus métodos de acción al programa de los políticos “democráticos” de la clase explotadora y opresora de la mayoría de la población. Si no consigue forjar en la acción un sistema de alianzas revolucionarias con los diversos sectores oprimidos, fundando en la lucha contra el gran capital y su dictadura, por medio de la persuasión y, al mismo tiempo, sin merma de su independencia de clase, sin concesiones en los métodos de combate ni confusión organizativa. Es decir, demostrando prácticamente su capacidad para alzarse como aspirante a la dirección de la sociedad, para su transformación en torno a un nuevo eje. Pues es cierto que el proletariado debe inspirar confianza a las más amplias masas oprimidas. Pero no podrá hacerlo jamás si él mismo no adquiere confianza en sus propias fuerzas.

Hoy, la orientación hacia el Frente Único de Clase puede apoyarse en la trayectoria de desplazamiento de la correlación de fuerzas que, a expensas de la dictadura del gran capital, engrosa sin cesar los batallones proletarios, de la juventud y las masas trabajadoras dispuestos a emprender los combates de conjunto: los combates que en 1970 detuvieron la mano asesina de la dictadura; que posteriormente han impuesto retrocesos a los planes de explotación de la patronal, a la política de convenios franquista y al intento de reprimir a numerosos luchadores obreros; que han entorpecido la aplicación de medidas discriminatorias y represivas de la Ley de Educación, etc., muestran que es posible vencer generalizando las luchas.

Se acumulan así las exigencias y posibilidades que subrayan la necesidad de la lucha por un Pacto de unidad proletaria dirigido, en primer término, a desbrozar las vías de generalización del combate proletario y de las masas oprimidas.

Cada acción en las fábricas, en los centros de trabajo y estudio, en cualquier sector, enseña que la máxima contribución a su eficacia, a la imposición de retrocesos parciales a la patronal y al régimen, pasa por la extensión de los combates a puntos nuevos, por la centralización de los movimientos dispersos, alentando objetivos unificadores y medidas encaminadas al desbordamiento de los aparatos burocráticos franquistas y a la defensa de las acciones frente a la represión.

Pero se trata de impulsar esas acciones de conjunto como momentos de la preparación del proletariado y las masas para la Huelga General que derrocará a la dictadura.

No puede existir un esfuerzo consecuente de estímulo a la lucha generalizada que, como condición de su avance sustancial frente a la escalada de respuestas capitalistas, no debe introducir en su dinámica el objetivo de la liquidación del franquismo, concentrándolo mediante reivindicaciones que apuntan a la destrucción de su maquinaria represiva y burocrática: articulando esas reivindicaciones con formas de lucha y organización capaces de coordinar las diversas movilizaciones hacia el torrente de la Huelga General, engrosándolo y transformándolo en el método de acción de masas cada vez más vastas, y consolidar cada una de sus experiencias entre los luchadores de vanguardia.

Y, en fin, nuestra propuesta no puede ignorar la necesidad de formular una salida de clase ante el reto que el derrocamiento de la dictadura dejará planteado: “si la clase obrera quiere vivir, el capitalismo debe morir”.

Sería de una irresponsabilidad criminal la renuncia, con el pretexto de “facilitar” las tareas de liquidación de la dictadura, a un esfuerzo infatigable por ir despejando las ilusiones del proletariado militante en los cantos de sirena de los “demócratas” burgueses, así como en la suficiencia de la Huelga General, por sí sola, para allanar el camino hacia la plena liberación de la clase. Un pacto de unidad proletaria debe contener las medidas de desarme económico de los explotadores y de desmantelamiento de sus instrumentos de represión y opresión que faciliten la satisfacción de las necesidades elementales y fundamentales pisoteadas por el franquismo y armen a las masas para la resistencia frente a la ineluctable contraofensiva de la reacción.

**54.** En los diversos episodios de la lucha de clases, los trotskistas subrayaremos que sólo la transformación de aquella resistencia en una movilización revolucionaria culminante en la destrucción del Estado burgués y la instauración de la República Socialista, podrá crear las condiciones para una satisfacción profunda y duradera de las necesidades de los trabajadores. No hay otra vía. La llamada “vía pacífica y democrática” no ha conducido nunca, ni puede conducir, a la liberación de los trabajadores, al socialismo. Solo prepara y conduce a las dictaduras terroristas y al fascismo.

Pero la propaganda por la revolución socialista y la dictadura del proletariado no es el medio de autojusticiación automantenimiento de un

asilo de doctrinarios divorciados del movimiento de la clase. Es la intervención de los comunistas, desde el primer momento, en cada uno de sus pasos, por modestos que sean.

En efecto: “Los partidos comunistas no pueden desarrollarse más que en la lucha. Aún los más pequeños de los partidos comunistas no deben limitarse a la simple propaganda y a la agitación. Tienen que construir, en todas las organizaciones de masas del proletariado, la vanguardia que muestra a las masas rezagadas, vacilantes, cómo hay que llevar la batalla, formulándoles objetivos concretos de combate, incitándolas a luchar para reclamar sus necesidades vitales y que, con ello, les revela la traición de los partidos no comunistas. Sólo a condición de saber ponerse a la cabeza del proletariado en todos sus combates y de provocar esos combates, pueden los partidos comunistas ganar electamente a las grandes masas a la lucha por su dictadura”. ([Tercer Congreso de la Internacional Comunista](#), Tesis sobre la táctica”).

La participación en las acciones cotidianas de la clase, por elemental que sea su inicio, la lucha por extenderlas, radicalizarlas y defenderlas, es el escalón básico desde el que los trotskistas podemos contribuir a la elevación de la combatividad proletaria y del nivel de independencia de clase, materializándolo orgánicamente en la creación de comisiones obreras unitarias y democráticas, el impulso de la experiencia de autogobierno de las masas en lucha mediante comités democráticos, etc. De ello resultará un aumento de la confianza de los obreros en sus propias fuerzas, de su disposición para luchas más audaces y una mejora de las condiciones para el avance en la construcción del Partido. Sólo por el aliento de combates que unifican parcialmente a los trabajadores contra la explotación y opresión capitalistas, aunque gran parte de esos trabajadores confíen aún en dirigentes reformistas, es posible avanzar hacia el frente único revolucionario dirigido por los comunistas.

Así, sin renunciar a las tareas de explicación, educación y propaganda en torno a los diversos lemas socialistas, los trotskistas trabajamos para que los trabajadores lleguen a considerarlos como algo realmente suyo y a dotarse de los medios para imponerlos. En esta dirección propugnamos la acción directa de masas tras un sistema de reivindicaciones económicas, democráticas y transitorias. Estas últimas, al igual que las reivindicaciones salariales o democráticas más elementales, constituyen objetivos concretos de lucha susceptibles de arrancar la movilización de masas. Pero, conforme se agudizan las contradicciones capitalistas, dirigen aquella movilización contra las mismas raíces del sistema y los pilares de su Estado, cubriendo una función preparatoria del proletariado para la conquista del poder.

El “izquierdismo” y el reformismo pueden coincidir en reprocharnos como incoherentes las desigualdades de los diversos contenidos reivindicativos incluidos en la orientación de lucha de clase contra clase que proponemos. Sin embargo, su carácter combinado es, simplemente, el reflejo de las contradicciones del desarrollo capitalista en nuestro país, que fundan su originalidad y cuya cristalización se ha expresado en una compleja amalgama de tareas democráticas y socialistas.

Los trotskystas denunciamos las traidoras mutilaciones que introduce en la lucha por las necesidades de las masas el intento de hacer de aquellas tareas el contenido distintivo de “etapas” separadas. Tales posiciones, concretizadas en los puntos del “Pacto para la Libertad” y el resto del programa del PCE, así como en las orientaciones de toda la corriente maoísta, no postulan otra cosa que una “etapa” de subordinación “democrática” (o “democraticopopular”) del proletariado a un sector u otro de la burguesía (“evolucionista”, “liberal”, “nacional”, “patriótica”, “antifranquista”, etc.). Pero afirmar que la superación de todas las contradicciones y problemas legados por el pasado se remite a la conquista del poder por la clase obrera, no puede conducirnos a incurrir en errores de tipo sectario. “Oponer pura y simplemente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos históricamente condicionados que impulsan actualmente a las masas hacia la senda de la insurrección, significaría reemplazar la comprensión marxista de la revolución por la bakuninista”. (L. Trotsky).

Es la comprensión marxista la que hoy nos indica el papel fundamental que debe desempeñar, en el avance de las posiciones del proletariado, la afirmación de su papel dirigente y la educación de su vanguardia, la lucha por todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente ya hasta el fin, ligadas al conjunto de sus reivindicaciones económicas y sociales.

La actual agudización de las contradicciones del capitalismo español, impone la organización de la lucha obrera de conjunto contra los ángulos fundamentales de la explotación (salario, empleo, condiciones de trabajo) incorporando en su punto de partida las diversas reivindicaciones económicas de tipo unificador popularizadas en los combates de los últimos años. Esta dinámica enlaza inmediatamente con al exigencia de la destrucción de la CNS para la satisfacción de todos los derechos sindicales, a los que abrimos la perspectiva de la Central Única de los Trabajadores y de las libertades democráticas en general. Proporciona, junto con los objetivos antirrepresivos, un primer nivel de confluencia de la lucha obrera

con la de vastos sectores de trabajadores, reforzado por la semejanza de la problemática laboral existente en muchos casos.

Paralelamente al combate en los centros de trabajo, se ha precisa la lucha contra la infame depauperación impuesta por el capitalismo en el terreno de las condiciones de vida, a sus esclavos.

En los años 72-73 las luchas masivas de la juventud escolarizada, las acciones en las barriadas, su enlace con las movilizaciones de sectores diversos del personal de la enseñanza y su culminación en jornadas de lucha generalizada contra la Ley de Educación, han señalado claramente las posibilidades de un frente de combate contra la rentabilización capitalista de la enseñanza, cuya forja consistente implica que la vanguardia obrera se vaya constituyendo en su columna vertebral. La negación de una asistencia sanitaria suficiente y de calidad, e incluso el desmantelamiento de algunos de sus sectores, han abierto otro foco de movilizaciones que es preciso profundizar. Pero es la situación de los servicios sociales en su conjunto (transportes, vivienda, urbanismo) la que, junto con el alza vertiginosa del coste de la vida, puede y debe constituir la base de amplias acciones de masas, englobando bajo dirección proletaria, a las más heterogéneas capas de la población.

Todo lo anterior es inseparable de un trabajo sistemático para preparar crecientes respuestas de masas a cada represalia de la patronal, a las agresiones de la dictadura contra las movilizaciones obreras, estudiantiles, de otros sectores que despiertan a la lucha, a la ocupación de los centros de trabajo y estudio, a los salvajes intentos de aplastar la agitación nacionalista, contra las jurisdicciones especiales de represión, etc. Así se amasará, cada vez más potente, la impugnación global de la dictadura. En las acciones generalizadas de El Ferrol, SEAT, Vigo, Central Térmica y Pamplona, el grito “¡Abajo la dictadura asesina!” concentraba las aspiraciones de grandes masas en lucha, centralizando a nivel político general la combatividad acumulada a través de anteriores regueros de acciones dispersas y movilizaciones sectoriales. A su vez, cada explosión generalizada contra los golpes represivos, ha sido seguida de nuevos ensanchamientos del torrente reivindicativo, de nuevas multiplicaciones de las luchas parciales, arrastrando a sectores antes inactivos. Esta vía fundamental de generalización de las luchas favorecerá sin duda la disposición de extensas capas del proletariado a cargar con el papel de vanguardia del combate contra cada una de las formas de opresión ensalzadas por el franquismo: la lucha hasta las últimas consecuencias por la libre autodeterminación de las nacionalidades, contra el yugo del Ejército de la guerra civil y los privilegios de la Iglesia de la “Cruzada”, por una

verdadera Asamblea Constituyente, elegida sobre la base del sufragio universal, directo y secreto, imposible in la total destrucción del aparato franquista, y cuya convocatoria sólo puede ser asegurada por un Gobierno de los trabajadores, un gobierno de las organizaciones de la Huelga General.

Creemos imprescindible una perseverante labor para incorporara a la solidaridad internacionalista efectiva, en apoyo de los combates del proletariado y de los oprimidos del mundo contra el imperialismo y la burocracia, a sectores más amplios que los de la juventud movilizados hasta ahora en este sentido.

La lucha de masas contra la explotación, por todas las libertades políticas y sindicales, contra las diversas manifestaciones de la opresión y los golpes represivos, por el cambio radical de las condiciones de vida, por una profunda reforma agraria, etc., irá elevando los enfrentamientos entre las clases a un nivel que, haciéndose absolutamente incompatible con la pervivencia de la dictadura, pondrá al desnudo toda la anarquía putrefacción del sistema. El combate por objetivos transitorios se planteará con carácter de extrema urgencia a grandes masas, que comprobarán cada día la insuficiencia de una lucha limitada a enfrentarse a las consecuencias del sistema de explotación capitalista, y a la necesidad de un ataque contra las propias bases del mismo, ataque que los obreros de vanguardia deben haber preparado. A nivel económico esos objetivos apuntan hacia el restablecimiento de una planificación al servicio de las necesidades de las masas, que deben participar democráticamente en su reelaboración y ejecución, a partir de la expropiación sin indemnización del gran capital y los grandes terratenientes, y el control obrero sobre la producción mediante comités de fábricas y el monopolio estatal del comercio exterior. A nivel político se centran en la necesidad que la caída de la dictadura impondrá a los obreros en orden al establecimiento de su propio Gobierno: necesidad a la que se opondrán ferozmente las direcciones pasadas del lado del orden burgués.

No perderemos de vista que, conforme se extiende la lucha por las reivindicaciones económicas inmediatas y democráticas según formas generalizadas, se amplia la posibilidad y la necesidad de los métodos de combate y de organización basados en la acción directa y la democracia proletaria de masas, la mejor palanca para el desarrollo de la acción por reivindicaciones transitorias.

Toda experiencia de la lucha contra el franquismo confiere un relieve extraordinario a la línea de la Internacional Comunista de Lenin y Trotsky, expresa en planteamientos como el siguiente: “

Todas las conquistas de los obreros están en relación con la acción directa y la presión revolucionaria de las masas. Por “acción directa” hay que entender toda clase de presiones directas ejercidas por los obreros sobre los patronos y el Estado; a saber: boicot, huelgas, acción en las calles, manifestaciones, ocupaciones de fábricas, oposición violenta a la salida de los productos de las empresas, levantamiento armado a otras acciones revolucionarias aptas para unir a la clase obrera a la lucha por el socialismo”. ([Tercer Congreso de la Internacional Comunista, “La Internacional comunista y la Internacional Sindical Roja”](#))

En el lugar de los métodos legalistas y pacifistas, consustanciales a la política del “Pacto para la Libertad” y otras vías de unificación “democrática” de los obreros con la burguesía, la línea de Frente Único de clase implica el impulso de los métodos de acción directa del proletariado, que han constituido el motor fundamental de la generalización de sus luchas, desde las grandes huelgas de Asturias, en 1962, hasta nuestros días. Abrir paso a las acciones de conjunto que hagan hincar la rodilla a los patronos y su régimen, exige el desarrollo de las formas de combate dirigidas a desbordar los mecanismo burocráticos de control y división (CNS, política de convenios, etc.) y propulsar la organización democrática de las masas en la lucha, en la línea de los comités elegidos y revocables en ellas y su coordinación, a caballo de la lucha generalizada, preparando así las formas de centralización soviética del movimiento revolucionario de masas que emergerá en toda su plenitud en el curso de las grandes batallas de clase disparadas con el derrocamiento del franquismo. Esta es también la línea del combate por le elevación de las formas de autodefensa desde el actual surgimiento de piquetes, en la perspectiva de la milicia obrera.

**55.** Así, el programa por el que luchamos los trotskystas y q1ue proponemos como contenido político indivisible de un Pacto de Clase contra la dictadura franquista, sin el que tal Pacto sería un chuchillo sin filo, es el programa de unificación del proletariado sobre las base de su movilización independiente.

Este programa nos opone irreductiblemente a todas las direcciones que porfiando por agarrarse a los faldones de la burguesía, entorpecen continuamente las luchas obreras y populares y terminan provocando de modo forzoso la división de las filas del proletariado militante, cuando no la liquidación de sus organizaciones. La realización de ese programa en el

cuadro de los Consejos Obreros, forma orgánica superior de Frente Único, se identificará con la conquista de la mayoría de la clase por un parito construido e expensas del desenmascaramiento hasta el fin de la incapacidad de las organizaciones tradicionales para romper sus lazos con la burguesía. “La realización del Frente Único (señalaba Trotsky a los comunistas de nuestro país) sólo es concebible bajo la bandera del comunismo.”

Los trotskystas no albergamos la más ligera esperanza en que el Pacto de Frente Único que proponemos pueda ser aceptado en su globalidad por el resto de organizaciones que se apoyan en el proletariado. Con cada traición de esas organizaciones a las necesidades de la lucha de clases, realzaremos implacablemente ante los trabajadores las razones profundas de nuestra absoluta desconfianza en aquella posibilidad: desconfianza que podemos y debemos motivar ampliamente a partir de toda la experiencia histórica del movimiento obrero, en nuestro país y a escala internacional.

Desde un principio, los trotskystas afirmamos nuestra candidatura a la dirección del proletariado, apoyando en el marxismo revolucionario la propagación y defensa de la línea que permitirá forjar su Frente Único de clase contra las direcciones actuales. Liberar al proletariado de esas direcciones es una dimensión esencial de las tareas revolucionarias generales sobre cuya base nos constituimos en organización distinta y opuesta al resto de organizaciones que se reclaman de la clase obrera, en la lucha por la construcción de la IV Internacional.

Pero ello no significa que podamos ignorar el papel que juegan esas organizaciones en el terreno de la lucha de clases, único terreno en el que los trotskystas, que hoy formamos sólo un embrión del Partido que el proletariado necesita para unificarse, podemos llegar a construirlo.

A pesar de los lazos traidores que sus direcciones mantienen con la burguesía, organizaciones como las CCOO o el PCE, no dejan de ser la cristalización de prolongados esfuerzos del proletariado por afirmarse como clase, que grandes sectores obreros pretenderán utilizar como instrumentos de lucha contra el franquismo y el capitalismo. Lejos de insultar a esos obreros hablando de su “espontaneidad estalinista” (o “sindicalista”, o “socialdemócrata”, etc.), como hacen algunos pseudotrotskystas, comprendemos el proceso por el que amplias franjas de luchadores conformados en los grandes enfrentamientos que se avecinan, no podrán prescindir de las organizaciones que han vertebrado la

reconstrucción de la clase obrera bajo la dictadura y que se hallan bajo el control de los aparatos, ante todo del estalinista.

La influencia de masas, capacidad de movilización de sectores de las masas y arraigo en el proletariado de vanguardia, que los trotskystas podemos conquistar a lo largo de los próximos enfrentamientos (y que nos permitirán ya contribuir de modo significativo a su extensión y radicalización) no permitirán aún al grueso de los luchadores puestos en pie por esos mismo combates, disponer de elementos de contrastación práctica suficiente para afluir de golpe hacia la organización trotskysta, pasando por encima de un partido con raíces mucho más profundamente hundidas en el proceso de reconstrucción del proletariado. La agravación de sus contradicciones y su notable debilidad en muchos puntos, no le impedirán en la próxima fase seguir centralizando a escala de Estado los principales recursos organizativos de que disponen los trabajadores, entre ellos los medios de coordinación de CCOO, deformados y confundidos con el aparato del partido.

Es precios comprender además que, si bien las contradicciones del período y la intervención de los comunistas pueden avivar de modo notable el ya continuo proceso de rupturas de sectores militantes con el aparato, lo fundamental de la franja ya controlada por éste no abandonará fácilmente a la dirección que le ha suministrado los primeros elementos de cultura política. Sólo puede hacerlo a través de su propia experiencia: si en el transcurso de combates que deben conmover a la mayor parte de la clase y que, por ello, más allá del derrocamiento del franquismo, se extenderán hasta la misma crisis revolucionaria, los comunistas demostramos prácticamente nuestro derecho a la dirección.

Es por esto que los trotskystas desechamos como pueril cualquier posición que espere desacreditar a las direcciones traidoras mediante improperios o afectando ignorarlas. Ni siquiera esperamos que, aún siendo necesario, resulte suficiente oponer a las traiciones del reformismo, una labor sistemática de denuncias y propaganda comunista. Cuanto más arrecian los combates que va a permitir la confrontación creciente de los programas a escala de masas, mayor es nuestro interés y nuestra voluntad de dar a todos los luchadores, a los que se incorporan por primera vez a la acción y a los que se hallan ya organizados por las direcciones reformistas, provisionalmente estafados por ellas, la posibilidad de juzgar en los hechos la política divisora de colaboración de clases del estalinismo y los oportunismos que los secunda, y la línea unificadora de lucha de clases por la que combatimos los trotskystas.

**56.** Por ello, desde un principio, el avance en la construcción del Partido exige oponer a todos los niveles la divisa del Frente Único de los obreros a la línea conciliadora de unión de los obreros con la burguesía. Exige un esfuerzo constante por hacer defender las necesidades de la lucha contra los capitalistas y la dictadura a la franja más activa y consciente del proletariado, su vanguardia organizada, mediante consignas, métodos tácticos y medidas de organización encaminadas a oponer a cada golpe el enemigo de clase, el bloque unido en la acción de las organizaciones y militantes obreros.

Esta orientación se impone hoy a los revolucionarios con la mayor necesidad y con un creciente alcance práctico. Cuando los trotskistas adoptamos un curso hacia las masas, levantamos acta de reconocimiento del retraso profundo de nuestras tareas de reconstrucción de la organización comunista de combate, respecto de las posibilidades del período. Posibilidades materializadas en las poderosas fuerzas sociales liberadas por la agravación de la crisis paralela del imperialismo y el estalinismo en nuestro país: en la extensión de procesos de radicalización que han alzado ante los trotskistas el reto y la ocasión de desarrollar crecientes capacidades de dirección en la revuelta masiva de la juventud, en el mismo desarrollo de una orientación global que permita tejer lazos ya importantes con sectores de vanguardia del proletariado y con diversas capas combativas de las “nuevas clases medias”.

El papel que han podido desempeñar diversos grupos críticos del PCE, entre ellos la LCR, en el impulso y politización del movimiento universitario y en su amplificación a los bachilleres y centros de formación profesional, así como el peso de los jóvenes trabajadores radicalizados en las explosiones de lucha que han estallado intermitentemente en las barriadas populares, constituyen reflejos, más o menos deformados, de la carga de radicalización que fermenta en la juventud.

Pero esta radicalización se ha extendido mucho más allá de los sectores escolarizados, de los aprendices y jóvenes de pequeños talleres.

Las múltiples luchas “duras” de empresa que arrancaron de la gran huelga de AEG, en 1970, precediendo a la explosión de diciembre de ese mismo año y que, estimuladas pro ella, se multiplicaron y alentaron el amplio ramalazo de agitación radical en torno a las elecciones sindicales de 1971, revelaban las excepcionales posibilidades de propagación de una línea de lucha de clases y sectores masivos del proletariado, de la radicalización de nuevas generaciones de obreros avanzados. Posteriormente, en la sucesión de acciones de conjunto que, desde la lucha de SEAT, en 1971, se

desarrollan hasta la Huelga General de Pamplona, la juventud obrera, que generalmente ocupa la primera fila en el enfrentamiento con la CNS y la policía y en el desbordamiento de las directrices de colaboración de clases de los aparatos, se constituye en poleo de transmisión del ímpetu de combate radical a capas más amplias del proletariado, dentro de una dinámica que se desplaza hacia los grandes centros fabriles.

Por otra parte, la influencia que han podido alcanzar ciertas corrientes centristas en movimientos de desarrollo reciente, como es el del personal de la enseñanza y, con menos envergadura, el sanitario, señala otros de los eslabones débiles de la malla de control del PCE, al mismo tiempo que acusa el retraso de una respuesta marxista revolucionaria.

Todo este proceso ha confirmado con neta claridad que la carga de impotencia y desarme arrojada en el camino de cristalización de la vanguardia por la política de colaboración de clases, topa con resistencias cada vez mayores en su intento de hacer retroceder experiencias arraigadas en las más vitales necesidades de las masas y adquiridas en el curso de duros combates. Los aparatos no pueden impedir el aumento de la receptividad hacia diversas consignas y métodos de combate que hallan pleno sentido de la línea de lucha de clases que sólo los trotskystas habíamos defendido en el último período. Hoy resulta mucho más difícil para las direcciones oportunistas del movimiento obrero confundir a los luchadores con falsificaciones y patrañas acerca de las propuestas de los revolucionarios. Con cada paso delante de la bancarrota de la dictadura del gran capital, se refuerza la necesidad y la decisión de las masas de lanzarse por la senda de la acción generalizada y la exigencia de unidad del frente proletario es más vivamente interiorizada por los militantes de una vanguardia extremadamente atomizada. Y en esta misma dinámica se amplían las posibilidades del combate de los revolucionarios por ayudar a los trabajadores avanzados a ir comprendiendo que el único camino realmente enfocado hacia la unificación proletaria contra los capitalistas y su Régimen es la línea de independencia de clase. En este combate, tensando la agitación de los trabajadores tras sus objetivos de clase y exacerbando su presión sobre las direcciones, para situarlas al máximo ante la disyuntiva de “ir más lejos de donde quisieran” o revelar crudamente su traición a los más elementales intereses de clase, crearemos las mejores condiciones para demostrar que sólo los comunistas, aun siendo hoy una fracción minoritaria dentro del movimiento obrero, hacemos cuanto está en el límite de nuestras fuerzas por defender prácticamente aquellos intereses.

En suma, la comprensión del carácter contradictorio, de la evolución de la conciencia de clase a través de la lucha y el reconocimiento del papel de las

organizaciones en la misma, no nos conducen en momento alguno a confundir a los trabajadores con sus direcciones traidoras. Frente a posiciones que incurrieran en este tipo de errores, y que se manifestaron en nuestras propias filas, los trotskistas hemos afirmado: “ya hoy, en el actual movimiento de los obreros, sabemos distinguir que, junto a las indudables ilusiones que muchos de ellos se hacen acerca del carácter revolucionario de su dirección, otros acerca del carácter “táctico” de la política de la misma, o de la posibilidad de reformarla, etc., se desarrollan aspiraciones de contenido profundamente proletario y revolucionario, reforzadas conforme avanza la crisis del franquismo y el capitalismo, a medida que se incorporan al combate nuevos sectores del proletariado y las masas oprimidas...”

**57.** Es por todo ello que los trotskistas no dejamos por un solo momento de basar nuestra política en las condiciones objetivas, tomando en consideración para aplicarla el grado de conciencia y organización de la clase, cuando insistimos en que el frente único de las diversas fracciones y organizaciones del proletariado (y no la alianza bastarda de esas organizaciones con la burguesía), abrirá la posibilidad de apretar en un poderoso puño el impulso de fuerzas cada vez más amplias y combativas de la clase, y de aglutinar en torno suyo las aspiraciones progresivas del resto de capas oprimidas, en la lucha común contra el Régimen del gran capital, responsable de la explotación y opresión que se abaten sobre conjunto de las masas.

Pero nos preguntarán los oportunistas, ¿Y las “fuerzas democráticas”? ¿Y los sectores burgueses “de oposición”? Es claro, reapoderemos nosotros, que el proletariado no puede sino beneficiarse de la unidad en la acción con cualquier partido, organismo, “personalidad”, etc., cualquiera que sea la clase social a que pertenezca, dispuestos a combatir consecuentemente las agresiones de la dictadura, contra la opresión nacional, por la libertad de los presos políticos, por cualquier medida progresiva, etc. El proletariado, afirmamos con Trotsky, no prohíbe a nadie que luche a su lado. Sólo exige una cosa: que efectivamente luche. Y lo que demuestra toda la experiencia, una y otra vez, es que esas “fuerzas democráticas” y “de oposición” a quienes tanto cortejan los oportunistas, en modo alguno están dispuestas a luchar junto al proletariado, siquiera por la más elemental de las reivindicaciones democráticas. En cambio, se muestran cada vez más dispuestas a obstaculizar que el proletariado luche, supeditándole a programas de impotencia burguesa gracias a los pactos y alianzas “democráticas” que sellan con las direcciones del movimiento obrero.

Consecuentemente, a todas las organizaciones que hablan en nombre del proletariado, a las que se sumarán las organizaciones representativas del combate de otras capas oprimidas, les planteamos, ante los ojos de las masas, la necesidad de unificar esfuerzos para tomar las iniciativas de movilización independiente de los trabajadores que éstos exigen.

¿Qué esperan las organizaciones para impulsar la lucha obrera contra la brutal agravación de la explotación y opresión capitalistas? ¿Qué esperan para preparar esa lucha con los objetivos de clase, métodos de acción y formas de organización unitarias y democráticas, que vastos sectores de las masas están ya poniendo en práctica, avanzando por el camino de la huelga general?

Así, sin dejar de impulsar del modo más intransigente una línea de independencia de clase, a que apunta sistemáticamente a remover los obstáculos opuestos la generalización de las luchas por la dictadura y prolongados por la política de los aparatos, confrontamos a estos, en tanto que direcciones de las organizaciones que los obreros han construido, con las exigencias impuestas por la crisis actual y las emplazamos ante las responsabilidades que les confiere el contar con la confianza de la mayoría del proletariado militante.

Con toda probabilidad, para soslayar la necesidad de unidad del frente proletario, los aparatos explicarán a los militantes que nuestras propuestas son simples maniobras. La respuesta a estas explicaciones defensivas es clara:

“Los trotskystas estamos dispuestos a ocupar nuestro puesto en el frente único contra la dictadura del gran capital. Queremos la acción contra ella junto con el resto de organizaciones obreras. Y es esta acción común, es la conducta en relación con la misma por parte de las diversas organizaciones, lo que decidirá si nuestras propuestas son “maniobras” o si reflejan, como afirmamos, la necesidad de defender las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores con la acción directa generalizada; la necesidad de hacer de esos métodos el arma de educación del proletariado y las masas oprimidas para la Huelga General que derroque a la dictadura; la necesidad de orientar ese combate hacia la imposición de un gobierno de frente único proletario, sin ningún representante de la burguesía, condición indispensable para emprender las medidas que corresponden a las aspiraciones profundas de las masas explotadas y oprimidas.”

“Así, no os proponemos la unidad para luchar por la revolución socialista, por la dictadura proletaria, lucha para la que os creemos incapaces.

Simplemente os preguntamos si estáis dispuestos a dar respuesta a las necesidades vitales de la clase obrera en este período, el período de la Huelga General. Si os pronunciaseis por el frente único y combatiésetis consecuentemente en esa dirección, la clase obrera vería extraordinariamente facilitado su camino, cerraría filas en torno a sus organizaciones y multiplicaría el ímpetu de sus acometidas contra los capitalistas y su Régimen. Entonces dejaríamos de juzgaros según los hechos que se desprenden de vuestro terrible pasado y presente de traiciones. Nos atenderíamos a los hechos nuevos, pero estos hechos no se han producido. Mientras así sea, seguiremos combatiendo por el Frente Único, apoyaremos los pasos parciales en esa dirección con la mayor frialdad y la más profunda de las desconfianzas, que intentaremos inculcar a todos los luchadores, convencidos de que os vamos a ver traicionar una y mil veces. Es por esto que no podemos aceptar compromiso alguno que nos arrebatase el derecho a denunciar antes, durante y después de las acciones cualquier atentado contra las exigencias del combate de clase. Pero como este recrudecimiento de nuestras críticas no puede resultar más que de la acción, y como la acción común es una necesidad de la lucha obrera y popular, nos seguimos pronunciando por la acción común”.

Dentro de esta orientación se sitúa el combate para que las CCOO y organismo parecidos se alcen como base orgánica fundamental del impulso del Pacto de Clase que proponemos, combate que comprende un tenaz esfuerzo sobre la base de las formas originales de democracia obrera de las que se ha dotado bajo el franquismo, cuya experiencia debe ser extendida a la vanguardia de las diversas capas oprimidas que entran en lucha.

Esta propuesta constituye el eje del desarrollo de los métodos tácticos del frente único, sin excluir por ello la potenciación de otros cauces de unidad de acción que, como es el caso del frente único de partidos, grupos políticos y organismo “sindicales” que suelen ser sus apéndices, tendrán forzosamente un carácter circunstancial y limitado, en objetivos y alcance.

Descarta, como fundamento, los retratos impresionistas de los altibajos del movimiento obrero en una fase o lugar determinados, retratos que sucesivamente han empujado al rechazo “izquierdista” de las CCOO a las que se juzgaba pasadas de moda y al “regreso” oportunista a las mismas, una vez constatado el “reformismo” de las masas.

Por el contrario, se apoya en la dinámica de la crisis de la dictadura, en las condiciones específicas de la reconstrucción del proletariado bajo la misma, en las exigencias y tradiciones fundamentales de las luchas obreras y populares desde finales de los años 50 y en las contradicciones a que se

enfrenta la política de colaboración de clases en sus intentos de controlar esas luchas (ver puntos 20, 42 y 45).

El impulso de la acción generalizada de las masas, y la centralización de la voluntad de combate de amplísimas franjas militantes, hacen cada día más necesario que las CCOO rompan con los obstáculos opuestos al desarrollo de su vocación de formas democráticas de frente único de la vanguardia amplia del proletariado, con la que éste las creó, y que está dispuesto a llevar adelante, como lo prueba el proceso de resurgimiento y extensión de comisiones obreras a nivel de fábrica en un buen número de localidades durante los últimos tiempos, así como la apropiación desigual de estas formas por los luchadores que figuran a la cabeza del despertar de diversas capas oprimidas de la población. Hace precisa la lucha por la construcción, refuerzo y regeneración de las CCOO, contribuyendo a su irradiación como organismos auténticamente unitarios y representativos, abiertos a los nuevos combatientes de la clase, y hace preciso el trabajo permanente que llevamos adelante los trotskistas, como palanca del impulso de la movilización independiente de los trabajadores, alentando el desarrollo de una ala izquierda en el seno de CCOO, cada vez más consciente de la necesidad de ponerlas a la altura del papel de organismo representativos de la lucha de clases en todos los aspectos del combate contra la explotación, la opresión y la represión que exige el período de la Huelga General.

No vamos a ser nosotros quienes neguemos que el surgimiento y desarrollo de las CCOO se apoya en la necesidad permanente de impulso de tareas sindicales, de resistencia a la explotación, inseparables de la exigencia de plenas libertades sindicales y políticas. Más aún, nuestras tesis sobre la cuestión sindical responden a esas necesidades, a través de una reapropiación el significado profundo del nacimiento de CCOO (la independencia de clases, contra la CNS fascista, íntimamente ligada a la exigencia de unidad para la acción de masas, por encima de la impotencia y división de los “sindicatos” clandestinos); “¡Que las CCOO tomen la iniciativa en el impulso de la lucha contra la CNS y la dictadura, de la que la CNS es pilar fundamental, avanzando en el impulso de Congresos, a todos los niveles, de delegados de CCOO y de las organizaciones obreras sindicales en presencia, hacia un Congreso General que decida acerca del sindicato que precisan los trabajadores!. En este proceso, los trotskistas defenderemos la necesidad de una **CENTRAL ÚNICA DE LOS TRABAJADORES, INDEPENDIENTE DE LOS CAPITALISTAS, DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA, BASADA EN LA DEMOCRACIA OBRERA**”.

Pero el cumplimiento de tales tareas y el avance hacia los mencionados objetivos en un período como el actual, de bancarrota profunda del franquismo y, detrás de la misma, de todo el edificio burgués, se opone frontalmente a posiciones mantenidas por Bandera Roja, grupos sindicalistas diversos, etc., que pretenden reducir el papel de CCOO al de una organización sindical reformista por añadidura. Sectorializándola al máximo según una óptica corporativista, limitan su nivel programático a las reivindicaciones económicas, libertades sindicales y añadiendo, en el mejor de los casos, algunas exigencias democráticas generales. Todo ello con la esperanza, utópica y liquidadora, de una “masificación” lineal de las CCOO y, sin duda, de su legalización o tolerancia de hecho.

La dinámica de unidad e independencia de clase inscrita en la experiencia de CCOO, englobando la cuestión sindical, debe ir forzosamente mucho más allá. En realidad sólo puede hallar expresión ajustada como respuesta proletaria a todas las cuestiones, elementales y fundamentales, ante las que se hallan confrontadas las masas explotadas y oprimidas por la crisis del franquismo y del capitalismo. Las CCOO para impulsar cualquier lucha por las reivindicaciones económicas más urgentes, deben abordar todos los problemas que plantea, de modo inmediato, el enfrentamiento con el aparato burocrático y represivo de la dictadura. Las grandes acciones de los últimos tiempos, arrancadas de conflictos por reivindicaciones económicas y democráticas elementales en algunas empresas, han puesto a CCOO ante la responsabilidad de dar soluciones en el terreno de las consignas y de los métodos de lucha y organización del proletariado capaces de armarle y ponerle al frente de otros sectores para una movilización que entraba vertiginosamente en choque frontal con la dictadura, abriendo la perspectiva de la Huelga General. Estas soluciones, que las corrientes dominantes en CCOO se negaron a dar, exigían haber organizado las luchas anteriores del proletariado sobre la base de planes de conjunto que, a la vez, le preparasen para asumir la defensa de las reivindicaciones progresivas de otras capas oprimidas. Exigían la extensión de la lucha directa de masas obreras mediante consignas enfocadas a impulsar la ruptura con los “cauces” franquistas; su centralización mediante el impulso de formas superiores de democracia obrera, a partir de las asambleas y de la elección de comités revocables por ellas, como máxima dirección de la lucha, facilitándole los primeros medios de coordinación. Exigían aportar y centralizar los efectos fundamentales de la organización a sus organismos de lucha. Exigían aportar y centralizar los efectivos fundamentales de la organización de la autodefensa.

Conforme avancen esas acciones, crecerá también el número de luchadores conscientes de tales exigencias, que CCOO deben asumir. Se intensificará

la búsqueda de respuestas ante la imposibilidad de una defensa real de los intereses más vitales de las masas, que no pase por el combate hacia la Huelga General para la destrucción del franquismo y la imposición de medidas incompatibles con el mantenimiento del poder del capital, que no pase por la alternativa política global del proletariado a la crisis presente, que CCOO deben encabezar.

Pero, en este período, la dirección del PCE, en sus intentos desesperados por tender cables de salvación al gran capital, debe empeñarse en un esfuerzo no menos desesperado por arrebatarse al proletariado la iniciativa en la lucha de clases. Como hemos demostrado, en las actuales circunstancias la subordinación de CCOO a la línea del “Pacto para la Libertad”, implica segar, desde la misma raíz y a todos los niveles, cualquier posibilidad de que puedan impulsar la acción generalizada de las masas y jugar en ella un papel de primer plano. Implica reducir las CCOO, por abajo, a una función de “oposición social” (dentro de los “cauces” de la legalidad franquista, reconstruyéndolos si es preciso); por arriba, insertándolas burocráticamente como “apéndices obreros” de las masas, asambleas, coordinadoras, etc. Del “Pacto”, organismos a los que corresponde el protagonismo “político” y las funciones de coordinación en base al programa burgués de “oposición democrática”. Como explica francamente Santiago Carrillo, “la cuestión consiste en que, sin inhibirse, las CCOO no necesitan ni deben situarse en primera línea de la lucha política”. Insiste en que “es en ese terreno ‘social’ en el que CCOO deben desplegar primordialmente su acción y, desde él, incidir eficazmente en la lucha política como una fuerza de oposición.”

En pocas ocasiones el centrismo y el “izquierdismo” han mostrado tan claramente su función objetiva de carabineros fronterizos de los aparatos como ante estas cuestiones. El momento en que el VIII Congreso del PCE lanzaba estas tesis, era el mismo momento en el que los más diversos grupos extremaban sus líneas sectorialistas en la juventud, entre el personal de la enseñanza, etc., desligando sus movilizaciones de las luchas obreras. Era el mismo momento en que “descubrían” la necesidad de encerrar a las CCOO en las “reivindicaciones cotidianas”, su “carencia de alternativas globales” o incluso formalmente o de hecho su carácter sindical, etc., para preconizar “mesas de grupos políticos”, “comités nacionales de huelga” y demás tinglados impotentes o fantasmagóricos, como “nueva” y “verdadera” forma de dirección y coordinación del movimiento de masas. Los trotskistas, en cambio, constatábamos que el sentimiento unitario y de independencia de clase de grandes sectores de vanguardia a una política de frente único con la burguesía, no podía llevarse adelante sin desencadenar graves contradicciones, incidiendo en la capacidad de control de la dirección del PCE sobre el movimiento obrero.

Al mismo tiempo que no subordinamos la batalla por la unidad de toda la vanguardia obrera en CCOO y por la unificación y centralización de éstas, a ninguna consideración previa que no sea la democracia obrera, afirmamos que ningún progreso en esa dirección se hallará asegurado sin el desarrollo, al calor de la lucha, de la línea de independencia de clase que impulsamos los trotskystas, a expensas de la línea de colaboración de clases defendida por la fracción stalinista, principal responsable de la situación de desmantelamiento y fragmentación que aquejan a los organismos de coordinación de CCOO y de los obstáculos con que éstas topan para su arraigo en los centros de trabajo en un período de amplio ascenso.

En esta perspectiva, los “cálculos” basados en la envergadura puntos de apoyo fundamentales de COO que puedan ser arrebatados al control de la fracción stalinista en los plazos que abre la crisis del franquismo, son especulaciones oportunistas ajenas a los revolucionarios.

Lo único que estos toman en cuenta es el papel que, por todo lo expuesto deben desempeñar CCOO en el impulso de la acción de masas hacia la huelga general, en la concentración orgánica del flujo de luchadores de vanguardia, en su maduración política, que los trotskistas empujaremos hasta la ruptura con los aparatos, en un combate que nos hace posible avanzar en la construcción del Partido. Lo único que tomamos en cuenta, es que esta orientación constituye la única forma concreta, enraizada en la experiencia de las luchas cotidianas, de facilitar al proletariado militante el avance hacia una alternativa de frente único obrero a la crisis de la dictadura del gran capital, alternativa contrapuesta a todos los niveles de la política de conciliación de clase y sus centros orgánicos.

**58.** Esta orientación es inseparable de la lucha más tenaz por la ruptura de las organizaciones obreras de todos los lazos que las atan a la política burguesa.

Los trotskystas no tenemos nada que ver con los pedantes que desprecian la influencia de los pactos de las direcciones reformistas con los políticos burgueses “que no representan a nadie” (como a nadie representan los políticos republicanos que, sin embargo, presidieron en 1936-39 el desastre del proletariado). Cualquiera que sea la entidad actual de las concreciones del “Pacto para la Libertad”, esas concreciones resultan ya una máquina de guerra contra el avance de la lucha de las masas hacia la Huelga General revolucionaria. La “Asamblea de Catalunya”, las “mesas” y “coordinadoras democráticas” y organismos similares, son expresiones de

una alianza entre las “sombras democráticas” del gran capital (que, en general, suelen presentarse como adalides “del pueblo” y, más concretamente, de las capas medias, sin que haya que olvidar la presencia de entronques directos con la banca) y la dirección del PCE y otras direcciones reformistas del movimiento obrero, flanqueadas por los organismo tipo comisiones obreras o de otras capas que controlan. Según los lugares y momentos, la incorporación de grupos pequeñoburgueses radicalizados, de centristas como Bandera Roja o incluso “izquierdistas” arrepentidos, puede aportar cierta animación a esas “mesas”, “asambleas” o “coordinadoras”. Pero lo esencial es que, en la alianza que reflejan, si la influencia de masas corresponde a las organizaciones de la clase obrera, el programa es el de la oposición burguesa “liberal” (del que las direcciones reformistas pretenden dar la versión más consecuente), a la que corresponde la hegemonía política.

Este es el contenido de clase de tales organismos. Y hay un verdadero torneo entre diversos grupos centristas por ver quien lo enmascara mejor. Algunos definen la “Asamblea de Catalunya” como un conglomerado de fuerzas pequeñoburguesas “democráticas” y “antifranquistas”, más o menos paralizadas por la política del PCE, a la que sería preciso “contrarrestar” dentro de ese organismo. Otros, dando igualmente la espalda al marxismo, toman como punto de referencia el carácter de clase que, como organización obrera, tiene la fuerza impulsora principal de la “Asamblea de Catalunya”, el PCE.

Los programas “mínimos” de estos organismos de colaboración de clases, traducen el empeño de aislar algunas libertades democráticas y reivindicaciones elementales, excluyendo no sólo las reivindicaciones transitorias de tipo económico y políticos, sino incluso diversos objetivos democráticos de corte radical. La prosternación ante la propiedad privada y el Estado burgués es el juramento ante la biblia de esos organismos, y eso comporta necesariamente el abandono de cualquier pretensión de demoler el franquismo. Los “demócratas” burgueses no están dispuestos a la disolución de todos los cuerpos represivos especiales. Se niegan a exigir responsabilidades por los crímenes de la dictadura y, en su lugar piden “amnistía para los dos bandos”. Son partidarios de mantener todos los pactos militares firmados por la dictadura, y enemigos acérrimos de la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, en cuyo rostro escupen promesas de “concederles” Estatutos de autonomía para mantener la violencia y la opresión sobre esos pueblos. Este es el programa al que se adaptan las direcciones reformistas, haciéndolo suyo. Cuando propugnan, sobre estas bases, unas elecciones “libres” y una “libre” Constituyente, hay que entender esas reivindicaciones dentro del marco del mantenimiento,

intacto, del aparato de represión y opresión forjado por la dictadura, en el que un “Gobierno Provisional” sin signo institucional alguno”, formado por representantes del gran capital y de su Ejército de guerra civil, podrían convocar “elecciones” cuando les pareciese dominar la situación con el aval de las direcciones del proletariado.

Este programa comporta graves consecuencias prácticas. Su más inmediata expresión es el combate contra la Huelga General que desarrolla la dirección estalinista: las direcciones reformistas que promueven esos organismo y participan en ellos, no pueden dejar de llevar a la práctica de la lucha de masas los programas y los métodos de combate que corresponden a las exigencias de esos políticos burgueses cuya alianza estiman por encima de todo, interponiendo obstáculos fundamentales en el camino de la Huelga General. Nada obsta para ello la “nula representatividad” de sus componentes burgueses, su “nula fuerza”. Por el contrario, esa misma “debilidad” comporta mayores esfuerzos por parte de las direcciones reformistas para mostrar su “buena voluntad” frenando las luchas, en orden a desarrollar y ampliar clientela burguesa de tales conchabamientos. Si la intervención de esos organismo a veces se reduce aparentemente a sacar algunos comunicados es porque, entretanto, dejan el papel de portavoz fiel de las posiciones burguesas a la dirección y, sobre todo, a su fracción en CCOO. Una vez estas direcciones han hecho todo lo posible por ahogar el impulso de las masas cortando las vías de generalización de las luchas, en el momento de descenso de las movilizaciones, las alabanzas a la combatividad de los trabajadores orquestan los festivales “democráticos” con los que los órganos del pacto tratan de capitalizar las acciones precedentes.

Por tanto, los trotskistas tenemos una actitud completamente opuesta a quienes pretenden combatir la “pasividad” de la “Asamblea de Catalunya” con iniciativas para convertirla en un centro de movilización. Afirmamos que esos organismos vienen estando muy presentes en las movilizaciones y, precisamente por ello, ocupa un lugar fundamental la lucha contra esta alianza de traición, la lucha por que las organizaciones obreras rompan todos sus lazos con la burguesía, por la unidad de las filas proletarias basada en la independencia respecto del enemigo de clase. Y esta lucha es tanto más importante, por cuanto esos órganos constituyen ya embriones de la alternativa gubernamental de coalición de las organizaciones con la burguesía que ésta necesitará con la liquidación del franquismo para detener a las masas. Por su composición, su programa y sus métodos, constituyen la garantía ofrecida al gran capital de que la acción de las masas será contenida al máximo y evitando el derrocamiento revolucionario del franquismo. Pero, al mismo tiempo, anudando desde hoy

mismo un lazo “democrático” en la garganta del proletariado, tienden ese lazo para que el gran capital pueda aferrarse a él en un momento determinado.

Pero los trabajadores, aun teniendo confianza en las direcciones conciliadoras, sienten una desconfianza instintiva hacia los burgueses, los explotadores, un odio profundo hacia los obispos (por “postconciliadores” que se los pinte), hacia los generales (por progresistas que se les declare). Por nuestra cuenta corre el atizar incansablemente esa desconfianza y ese odio de clase, con una agitación y propaganda incansable por la ruptura de las organizaciones obreras con la burguesía, ligada la denuncia, paso a paso, del nexo fatal existente entre los pactos “democráticos” con la burguesía y el saldo de división del proletariado y desarme de sus luchas que le imponen el abandono de los objetivos de clase, el legalismo y el pacifismo inherentes a tales pactos. Naturalmente, el fin de toda esta labor es demostrar a los trabajadores que las direcciones en presencia están del lado del orden de los burgueses, los obispos y los generales y no del lado de los trabajadores.

Nosotros estamos por un pacto de todos los militantes, organizaciones y luchadores que se apoyan en la clase, en torno a un programa de reivindicaciones económicas y sociales elementales, democráticas y transitorias dirigidas contra todos los ángulos de la explotación, opresión y represión, para impulsar la acción directa de las masas hasta la Huelga General y la satisfacción de todas las necesidades escarnecidas por la dictadura, satisfacción que sólo puede garantizar un gobierno de los trabajadores. Este es el único pacto que responde a los intereses del proletariado y las masas oprimidas,. Exige inmediatamente que la vanguardia obrera rompa todos los lazos legalistas pacifistas y “democráticos” con la burguesía y se unifique sobre bases democráticas en CCOO, haciendo de ellas el centro impulsor de la alternativa de Frente Único de clase: que integre en esa alternativa a los organismos representativos de los diversos sectores oprimidos de la ciudad y del campo; que estimule la experiencia de los comités elegidos y revocables, su coordinación entre sí y con las CCOO, así como la forja de destacamentos de autodefensa en los centros de trabajo y estudio y su centralización progresiva. Exige que todos los partidos y organizaciones obreras impulsen y apoyen ese programa en las CCOO y fuera de ellas, entre el proletariado y en las capas oprimidas de la población. He aquí la propuesta que defenderemos sistemáticamente los trotskystas, en bloque y apoyando cualquier paso, aun limitado, en esa dirección, oponiéndola a toda forma de frente único con los explotadores, a sus “programas mínimos”, a la cobardía pequeñoburguesa de los “métodos de lucha” que promueven, a sus

“mesas”, “comités”, “frentes”, “asambleas” y “coordinadoras”, a sus “gobiernos de amplia coalición” ...

Los fórmula del Gobierno de los trabajadores basado en los órganos de la Huelga General (cuya explicación se asocia al papel de las CCOO y organismos similares, en el proletariado y en las masas oprimidas, a los comités elegidos y revocables en asambleas, a los órganos de autodefensa dependientes de los anteriores, etc.) es una consecuencia lógica de toda nuestra orientación de Frente Único. La propaganda por la misma evita tanto en constituirla en sinónimo de la dictadura del proletariado o de los Consejos Obreros, como el sembrar ilusiones acerca de la eventualidad de un gobierno de las organizaciones obreras establecido pro vías parlamentarias tras la caída de la dictadura, variante que la experiencia internacional ha revelado como excepcional. Como consigna transitoria, culmina la línea de clase contra clase a un elevado nivel político, contribuyendo a resaltar la necesidad e que el proletariado, a la cabeza de las masas asalariadas, de la juventud, del campesinado pobre y de los estratos más oprimidos de la pequeña burguesía urbana tradicional, emprenda la lucha por su propio poder, apartándola de cualquier solución gubernamental burguesa o de coalición de las organizaciones obreras con representantes capitalistas. Facilita la explicación de que una salida gubernamental de coalición no puede tener otra función que la de contener la avalancha proletaria y popular desatada por la caída de la dictadura dentro del cuadro de la preservación del orden burgués, operando como pantalla de los preparativos de la contrarrevolución.

**59.** No ignoramos que la decantación revolucionaria de las fuerzas desprendidas por la agravación de la crisis conjunta del capitalismo y el estalinismo no pueden constituir un proceso lineal, que se dirija de una salto hasta las puertas mismas de la organización trotskista pasando, por sí solo, por encima de todos los obstáculos sedimentados por una desmesurada prolongación de la crisis de la dirección revolucionaria, por encima de todos los retrocesos teóricos y políticos que el estalinismo ha impuesto al movimiento obrero.

El grueso de la corriente militante que ha roto en los últimos años con los aparatos, comenzó creyendo expresar esa ruptura a través de las posiciones “izquierdistas” de una amplia constelación de grupos que, en su mayoría de tipo local, se diferenciaban del PCE y del sindicalismo vaticanista mediante un conjunto de temas tácticos (posiciones “duras” frente a la CNS, la política de convenios, etc.), acompañados por algunos lemas de

propaganda revolucionaria general (dictadura del proletariado, insurrección armada, revolución socialista, etc.), enfocados de forma maximalista.

Esta corriente nacía cortada de toda tradición marxista revolucionaria. No puede despreciarse el hecho de que, hasta 1968, el trotskismo fuese identificado en nuestro país con el pensamiento Juan Posadas o con las imposturas centristas de círculos como “Acción Comunista”. En la mayoría de los casos, este corte radical fue cubierto con apresurados brochazos de barniz “internacionalista” aportados por el maoísmo. La máscara “izquierdista” del maoísmo de la “Revolución Cultural” estaba entonces en su apogeo, preparando el ingreso de la burocracia pekinesa en la “coexistencia pacífica” a tres bandas. Esta máscara fue considerada por casi todos los grupos como el rostro fidedigno del auténtico marxismo de nuestro tiempo. Sin embargo la agudización de las contradicciones de clase bajo la dictadura no facilitaba el progreso de las sectas mao-estalinistas ortodoxas, como el PCE (m-l), cuyas posiciones etapistas y “democrático-populares” aparecían sospechosamente como una caricatura desaforada de la línea del PCE. El maoísmo fue incorporado fundamentalmente a través de variantes más “heterodoxas”, en unos casos de tipo espontaneista y populista, en otros mezclado con el descubrimiento de los dogmas ultraizquierdistas del llamado “tercer período” de la Internacional Comunista bajo Stalin.

Pero muy pronto resultó evidente que el mismo proceso que constituía a estas corrientes en expresiones de la permanencia de la revolución proletaria y de la crisis del estalinismo en el estado español y a escala mundial, las precipitaba en un torbellino de contradicciones y desgarramientos.

El motor de esta crisis permanente ha sido indudablemente la agravación de las contradicciones del capitalismo y de la dictadura franquista y al ascenso de las masas según métodos de lucha generalizada. La expresión de esa crisis ha sido la impotencia para lazar una respuesta consecuente con las exigencias de un período que situaba del modo más candente en el puesto de mando la estrategia de la revolución permanente y las tareas de construcción del partido proletario de tipo leninista en el impulso de un combate de clase contra clase.

Por el contrario, el empirismo y el impresionismo (favorecidos por las estrecheces localistas), se constituyeron desde un principio en el “método” del curso interminable de rectificaciones y parches, desconectados de todo horizonte estratégico coherente y mínimamente alternativo al PCE, que

jalonaron el ascenso y la crisis del ultraizquierdismo y el espontaneísmo nacidos a finales de los 60.

La incomprensión del valor de las reivindicaciones democráticas del papel de las organizaciones de la clase, de las relaciones entre el proletariado y las direcciones, la confusión de la crisis de la política estalinista y sindicalista en las CCOO con la crisis irreversible de éstas y los intentos de “superarlas” mediante experimentos organizativos “más revolucionarios”, etc., formaban parte, en dosis variables, del bagaje de casi todos estos grupos. Bagaje que fue haciéndose añicos ante la dura prueba de los hechos.

Por otra parte, esta corriente osciló entre un estancamiento circulista y economicista, y los intentos voluntaristas de superar estas mezquindades mediante sectarias autoproclamaciones vanguardistas, protagonizadas principalmente por el PCE (i), el grupo COMUNISMO y el primer período de la LCR, surgida de ese grupo.

Si ya la oleada de luchas de fines de 1970 convulsionó varios de esos grupos, fueron prácticamente todos ellos los que se verían posteriormente arrastrados por una vía salpicada de crisis y escisiones y que, en algunos supuestos, debería culminar en el estallido total o la disolución en el movimiento de masas. El ultraizquierdismo más consecuente se había forjado en 1968-69, en un momento de breve retroceso de las luchas obreras, en el que el nuevo ascenso de la revolución mundial concentrado en el Vietnam, el mayo francés y la primavera checoslovaca, aceleró intensamente la radicalización del movimiento estudiantil y de algunos sectores de jóvenes trabajadores. Su bancarrota, coincidiendo con el nuevo ascenso de las luchas obreras en el Estado español desde comienzos de la presente década, fue seguida en algunas localidades por una experiencia centrista “de izquierda” en la que confluían sectores provenientes de la crisis del “izquierdismo” con sectores militantes sindicalistas radicalizados.

Estas posiciones daban continuidad a parte de los temas de lucha directa que, de modo deformado, habían popularizado los grupos ultraizquierdistas, combinándolos con intentos de adaptación “a las masas, impuestos por el inicio del nuevo ascenso y el aumento de la presión unitaria. Esta corriente consiguió en algunas zonas canalizar la voluntad de combate contra el capitalismo y de ruptura con el reformismo de sectores importantes de la vanguardia obrera, a los que al mismo tiempo condenó a una lamentable confusión, paralizándolos dentro de los esquemas de una política tradeunionista radical y de un fetichismo unitarista de las llamadas “organizaciones de clase” (“Comités de Empresa” de Euskadi y

“Plataformas de CCOO” de Barcelona). La táctica de “luchas ejemplares”, empresa por empresa, fue una de las manifestaciones más características de esta línea, que desconocía totalmente, aun después de los combates contra los Consejos de Guerra de Burgos, el terreno de la lucha específicamente política. Frente a la necesidad de Comisiones Obreras unitarias y democráticas, que el PCE desnaturalizaba, preconizaban unas “organizaciones de clase” clandestinas tanto para la policía como para los nuevos luchadores, que debían agrupar con carácter permanente a los elementos más avanzados de la vanguardia obrera, sobre la base de un “programa mínimo” de tipo sindical radical, acompañado de vagas alusiones al socialismo y de críticas al PCE. Además de oponerse al reagrupamiento amplio de los luchadores de vanguardia, sin más condiciones que la de la democracia obrera, estos montajes centristas manifestaban una oposición casi “de principio” al impulso de comités revocables por las asambleas, a la organización autónoma y democrática de las masas en lucha y, en algunos casos, se concebían a sí mismo como “embriones” de un nuevo partido revolucionario. El balance de esta corriente en Bilbao y Barcelona muestra su total incapacidad para afrontar las exigencias de un período en el que se abre paso la tendencia a la generalización de las luchas e incluso, su fracaso a la hora de dar respuestas en el propio terreno en el que se habían acantonado, el terreno de un impulso organizativo y defensa eficaces de los combates de empresa. El corporativismo “rojo” que proyectaron en el movimiento estudiantil los apéndices de estas corrientes, sufrió la misma suerte desastrosa.

A partir de aquí se confirma la existencia de una tendencia general en la evolución tanto de esta franja centrista de izquierda como de los grupos izquierdistas residuales. Esta tendencia, claro desde 1972, es la de un desbordamiento de las gesticulaciones extremistas, de las arrogancias más sectarias hacia la clase obrera, paralelo a un proceso de abandono de las posiciones parciales de lucha de clases, de las que, aun con graves desenfoques, se habían hecho abanderados en el período anterior. Este proceso que prosigue en nuestros días, expresa una desigual dinámica de marginamiento de todo un conjunto de objetivos y métodos de lucha que antes, durante y después de la gran experiencia del boicot a las elecciones verticalistas de 1971 han constituido vehículos fundamentales de radicalización de la vanguardia obrera y de su enfrentamiento con la dirección estalinista.

Es evidente que tal tendencia se ha venido abriendo camino de forma muy desigual según los casos, tanto en lo referente a los ritmos, como a los contenidos. Pero obedece a unos mismos mecanismos.

Con cada avance de la lucha generalizada y de la agravación de la crisis de la dictadura, aumenta la exigencia de definición de una estrategia. La inmensa mayoría de los grupos, empezando por los grupos de referencia maoísta, o maoizante, ha respondido a tales exigencias intensificando la utilización de las posiciones de la revolución por etapas y de las alternativas frente-populistas en todas las modalidades, que a veces solo difieren de las del PCE por una mayor inconsecuencia y pobreza de argumentos. Pero esta importación oportunista se refleja de modo más general en posiciones ambiguas o francamente claudicantes ante cuestiones fundamentales, como la actitud frente a los organismos del “Pacto para la Libertad”. Por otra parte, este proceso comporta una acentuación de los rasgos de adaptación directa a objetivos y métodos diversos de la política de colaboración de clases, o de reblandecimiento de posiciones sistemáticas y firmes en este terreno. La mayoría del centrismo y el viejo “izquierdismo”, lanzados a la cuenta por el ascenso de las luchas, incapaces de explicarse las relaciones contradictorias que tal ascenso mantiene con las direcciones reformistas, tratan de “ligarse a las masas” bajando la guardia en buen número de cuestiones importantes ante las presiones oportunistas.

En muy corto espacio de tiempo se ha producido una profunda “rectificación” de estos grupos ante la cuestión de las CCOO. Debe verse como un fruto de los avances de la combatividad del proletariado y del reforzamiento de su presión unitaria sobre toda la vanguardia. Pero, en la medida que tal rectificación “unitaria” refleja, por lo general diversos grados de capitulación seguidista, no deja de favorecer desde múltiples ángulos a la política del PCE dentro de las CCOO.

Este giro se expresa entre la juventud escolarizada a través de las regresiones corporativas más primarias.

Sin embargo, si bien las posiciones “izquierdistas” y centristas de izquierda más cerradas, ya desde los inicios del presente ascenso, condenaban a estas corrientes a la marginación, su posterior dinámica de correcciones oportunistas las coloca en una postura muy difícil ante sus militantes, que se han agrupado precisamente en ellas en busca de una alternativa de ruptura con los aparatos de colaboración de clases. De aquí que cada paso en la claudicación en el plano estratégico y programático debe combinarse, para salvar la cara ante los luchadores radicalizados, con diversas actitudes de “desmarque” artificial o lateral respecto del PCE y del sindicalismo, fundamentalmente en el plano de las formas de lucha y de las propuestas organizativas (planteamiento de acciones minoritarias de la vanguardia, o

incluso crispaciones terroristas; acotamiento de sectores de CCOO respecto de los controlados por el PCE, etc.).

Con todo ello ha tenido lugar el reforzamiento del ala más derechista y aferrada a las posiciones oportunistas del maoísmo; reforzamiento al que no es ajeno la política izquierdista de la LCR hasta 1972, su posterior escisión y las aberraciones de otros grupos que se autotitulan trotskystas. Se ha estructurado así una corriente engrosada con numerosos militantes resabiados por la experiencia ultraizquierdista, más dóciles a los “giros” y “rectificaciones”. Acomodada con dosis variables de confusión a la política de la burocracia de Pekín, cuando ésta mostraba más abiertamente su carácter contrarrevolucionario, debe recurrir a las más sofisticadas argumentaciones para seguir deseducando a los militantes.

Todo ello refuta las posiciones que, incurriendo en un error característico del POUM respecto de la dirección anarquista, concebirían al desarrollo “progresivo” de estas corrientes, su adaptación “positiva” a las exigencias del combate del proletariado y las masas oprimidas, como una realidad estructural permanente del período. La única realidad puesta manifiesto hasta el momento es que el “izquierdismo” y el centrismo han operado cada vez más como purgatorio del infierno oportunista.

El resaltar unilateralmente los “aspectos positivos” del centrismo, sin tomar en consideración la trayectoria global y la función objetiva que debe cubrir en el presente período, es precisamente, un error centrista. Como se afirma en la resolución sobre la crisis de la LCR:

“Estas corrientes vehiculizan la ruptura de una franja de militantes con el aparato estalinista; franja que, dados los ritmos de la crisis del partido trotskysta, puede alcanzar una relativa importancia numérica. La evolución de esos militantes comporta un alcance progresivo general, en las condicione de inexistencia de un partido revolucionario (o ante los errores de los revolucionarios que lucha por la construcción de ese partido). Pero esa evolución no sólo es fijada en los límites de la ruptura, sino además deformada por ideologías que no son sino subproductos de la regresión impuesta por el estalinismo al movimiento obrero. En un período de agudización de las contradicciones de clase, cada día que la “progresividad” de estos grupos sigue encerrada en el marco centrista, aumentan los riesgos de su transformación en su contrario. Estos grupos congelan la evolución de sus militantes impidiendo que desemboque en una ruptura consecuente con la política de los aparatos reformistas, los

condenan a la parálisis total en momentos decisivos (...) y los lanzan a la vuelta a la desmoralización e incluso a la vuelta al redil reformista.”

“Conscientes del espacio político que llena esta corriente en el actual período, los comunistas no determinamos nuestra política respecto de la misma por consideraciones psicológicas (...), sino por el papel objetivo que cubre en la lucha de clases: el de cobertura “de izquierdas” de los aparatos y obstáculo para la construcción del Partido.”

Evidentemente no podemos incurrir en un doctrinarismo que pretenda derivar mecánicamente de la trayectoria global y de la función objetiva del centrismo en general a escala del período, la táctica en cada momento respecto de las diferentes manifestaciones de esa corriente. En tal método sólo puede basarse una política sectaria, irresponsable hacia los militantes de los grupos centristas e izquierdistas, que equivale al abandono de todo intento de liberarlos de esas políticas (por lo contrario, las refuerza), al tiempo que erige una defensa reaccionaria de las direcciones tradicionales del movimiento obrero.

El combate contra estas posiciones exige un análisis circunstanciado de cada uno de los grupos que las expresan y de sus contradicciones. Implica desplegar una crítica implacable de sus evasivas y vacilaciones, del confusionismo que extienden, del oportunismo con que prolongan la política de los aparatos. Crítica que debe ser clara, sin concesiones, y a la vez, basada en una completa honestidad. Paralelamente, ante cada pasito adelante a que se ven obligados estos grupos, es preciso cogerlos por la palabra para emplazarlos ante las tareas que exigen una ruptura consecuente con los aparatos, partiendo de la voluntad revolucionaria de sus militantes y de las franjas de vanguardia que controlan para agudizarlas sobre la base de la política de frente único. Esta actitud, clavando una cuña en la adaptación oportunista cada vez más acusada del centrismo, es la única que permitirá incidir en la agravación de sus contradicciones y avanzar en las tareas de clarificación a favor del trotskismo.

**60.** La experiencia de la LCR en 1971-72 demuestra cuán ilusorio es creer (y dejar creer) que el más pequeño avance en la construcción del partido revolucionario pueda pasar por una línea de concesiones al ultraizquierdismo y al centrismo, claudicando ante sus veleidades en aras del ensanchamiento de un “campo de los revolucionarios” a expensas del “campo de los reformistas”. La ruptura de cuajo con estas ilusiones vino a ser vital para franquear el camino a las tareas centrales para cuya resolución se había fundado la LCR: camino obstaculizado por una línea

que quizá podía ayudarnos a construir un aborto centrista, pero no a edificar el Partido de la IV<sup>a</sup> Internacional.

Ello ha significado descartar muestras posiciones originales, que marginaban la necesidad de oponer una alternativa de Frente Único de Clase a todos los niveles en que se estructuran las estrategias de frente único con la burguesía y desconfiaban, por tanto, de la posibilidad de ir avanzando en la construcción del Partido en el mismo curso de los combates cotidianos, no viendo otro medio de ganar influencia entre los militantes de vanguardia y de acentuar el descrédito de los aparatos, que una carrera de artificios “ejemplares”.

Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con las salidas oportunistas a que ha dado lugar la crisis de la mayor parte de organizaciones surgidas a comienzos de la década, ni la crisis de nuestro ultraizquierdismo se salda echando por la borda las posiciones de lucha de clases que habíamos venido avanzando desde la fundación de la LCR, ni la crisis de nuestras autoproclamaciones vanguardistas desemboca en la renuncia a la construcción de la organización leninista de combate.

Para ello nos fue preciso combatir, con el mismo vigor con que habíamos erradicado nuestros iniciales errores, una reacción oportunista a los mismos que, partiendo de la debilidad de nuestra dimensión actual, terminaba reconociendo de hecho en las actuales direcciones a las únicas posibles, y tras delegarles todas las responsabilidades en la lucha de clases, concluía refugiándose en una propaganda a favor de la “unidad” de esas organizaciones bajo su programa, por un lado, y en el cultivo de una secta “trotskysta” por otro.

Tener plena conciencia de que nuestra intervención no será absolutamente determinante en los próximos enfrentamientos entre las clases, significa desechar cualquier tipo de orientación que encubra las responsabilidades fundamentales que traicionan cada día las direcciones tradicionales. A este encubrimiento conducía nuestra renuncia a poner bajo la bandera del frente único las tareas del impulso de una línea de independencia de clase, por ilimitado que pudiese ser su alcance en un momento dado.

Pero nuestra plena conciencia de que hoy sólo constituimos un embrión del partido comunista, no es una coartada para justificar (ya sea con nuevas cabriolas “ejemplares”, ya sea mediante un propagandismo pasivo) el incumplimiento de las tareas por las que avanzaremos en la construcción de ese Partido, asumiendo las responsabilidades que ya nos incumben en la organización práctica de los combates de sectores de las masas, en la lucha

por impulsarlos y por ganar su dirección efectiva. Ello significa que no desertaremos en nombre de subterfugios izquierdistas ni subordinaremos a la respuesta de nadie nuestro deber de llevar lo más lejos posible el combate por hacer pasar al terreno de la acción de los trabajadores el programa de independencia de clase en cada uno de los episodios del período.

Pues sí depende de ese combate la extensión de objetivos de clase y de consignas de acción directa y democracia obrera a vastos sectores de trabajadores, de la juventud, y de otras capas oprimidas, consignas y objetivos que no dejarán de repercutir en la amplitud y profundidad de los enfrentamientos de la huelga general.

Sí depende de ese combate la maduración de una franja extensa de jóvenes radicalizados, obreros avanzados y luchadores de otras capas, y la conquista en su seno de la autoridad y fuerzas militantes que permitan un alcance creciente al desarrollo de los métodos de frente único con las organizaciones dirigidas por el estalinismo y el reformismo. La vía que ni sustituye a esas direcciones, liberándolas de sus responsabilidades ante los ojos de los trabajadores, ni subordina la lucha por el programa revolucionario, hace posible avanzar en forma cada vez más profunda en el enraizamiento en la clase y en la demostración práctica del carácter traidor de tales direcciones, aunque aún consigan imponer sus orientaciones sobre el conjunto del movimiento a lo largo del país. Así, contribuiremos a la agudización de los procesos que están estallando en el seno de las organizaciones tradicionales, capitalizando crecientemente crisis ya significativas, aunque no decisivas, todavía a que dan y darán pie los enfrentamientos de la huelga general. Sólo así ganará eficacia nuestra labor sistemática de confrontación de los luchadores sometidos a la influencia del centrismo y el “izquierdismo” con su impotencia a la hora de combatir realmente a los aparatos.

Sí depende, en definitiva, de ese combate, la mejora constante de condiciones que permitirán atraer a la política y la organización trotskysta a los elementos más conscientes y abnegados de la vanguardia obrera y popular, forjando sobre esta base el armazón de acero del partido leninista de masas que, a través de los agudos choques entre las clases impulsados por la caída del franquismo, llegue a constituirse en factor absolutamente determinante de la situación, decidiendo aquellos choques a favor de la toma del poder por el proletariado.



IIº Congreso - VOLUMEN Iº.

**Hacia la  
República  
Socialista  
Por el  
Partido  
de la  
IV Internacional**

Edita: LIGA COMUNISTA

Precio: 40 pts.

Edita:  
**GRUPO  
GERMINAL**  
*(en defensa  
del  
marxismo)*

Para contactar  
con nosotros:

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Visita nuestra  
página:

[www.grup-germinal.org](http://www.grup-germinal.org)